

Ánimas del Purgatorio

Daniel B. Gallego

Ánimas del Purgatorio

© Daniel Bernardo Gallego Londoño, 2018

Ilustración y diseño de portada: el autor

Diseño y diagramación interior: Sebastián Gómez G.

Contacto: juanse419@hotmail.com

Primera Edición

Medellín · Colombia, 2018

ISBN: 978-958-48-5285-4

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin la previa autorización por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Hecho el Depósito Legal que marca el Decreto 460 de 1995

Impreso y hecho en Medellín / Printed and made in Medellín

Índice

Capítulo I	9
Capítulo II	11
Capítulo III	17
Capítulo IV	23
Capítulo V	33
Capítulo VI	41
Capítulo VII	55
Capítulo VIII	61
Capítulo IX	71
Capítulo X	77
Capítulo XI	85
Capítulo XII	95
Capítulo XIII	105
Capítulo XIV	117
Capítulo XV	123
Capítulo XVI	131
Capítulo XVII	141
Capítulo XVIII	153

A todos los vivos que hoy son fantasmas

Capítulo I

—Recuerdo a ese hombre cuando trabajé en la selva —dijo el fantasma de John Jairo de la Cruz Mosquera. Tal vez fue la letra de la canción que lo obligó a esculcar en su memoria—.

El pobre estaba delirando al borde de la muerte, diciendo que después de todo su sufrimiento se sentía tranquilo porque pronto vería la luz al final del túnel. Nunca se me olvida su cara llena de esperanza, pensando que esa luz serían las puertas del cielo abriéndose. Pero se equivocaba el muy optimista, porque en realidad ese resplandor no serían más que sus recuerdos. ¡Cuáles puertas abriéndose! ¡No, qué va! esa imagen es la que él y todos nosotros vimos el día que nacimos. Lo que ocurre es que cuando la Parca nos llama a lista, nos regala un último suspiro para que podamos ver un resumen completo de nuestra vida, y eso incluye retroceder hasta el día en que dejamos la oscuridad del vientre. Yo lo comprobé, mi querido Chatarra, el día que me metí ese trabuco en la boca y jalé del gatillo para reunirme con mi adorada madre.

—Ja, ja, ja —contestó con una mueca que mostraba, sin dientes delanteros, el fantasma de Margarita Mejía Botero—. A este Negro sí se le perdió la última tuerca que le quedaba. ¡No Chatarra! Yo estoy segura que vivir consiste en ir cambiando de cuerpo como de traje viejo. Y tengo pruebas. Fue la noche antes de irme a las misiones cuando mi madre se sentó a un lado de mi cama para despedirse y me contó con nostalgia y lágrimas que mientras me tuvo en su vientre, comenzó a tener sueños

muy extraños. Sueños en los que veía gente que nunca había conocido y lugares en los que nunca había estado. Me dijo que para ella todo había sido tan real que aseguraba no ser un engaño de la mente. Estaba convencida de que yo era la que le estaba transmitiendo esas imágenes a través del cordón umbilical. Luego, cuando me quedé sola en mi cuarto y recosté la cabeza en la almohada, todavía anestesiada y dolorida por el efecto del perfume que me había tomado, entendí que nuestros cuerpos son solo vehículos que sirven para transportarnos y que uno ya lo pilota desde que es un feto, y si no, ¿por qué entonces la memoria no siempre depende de su dueño? Porque a veces lo abandona antes de tiempo para ir a meterse en otro cuerpo nuevecito.

—¡Pero mire quién habla! Definitivamente la desgracia más grande de un loco sí es dar con otro loco. ¡Qué va Chatarra! No le coma cuentos a este par, cuando nos morimos nos morimos bien muertecitos y punto. Eso es todo, el resto son inventos de los curas o de viejas esotéricas como esta, para vender biblias o toda clase de ungüentos. A la muerte no hay que echarle tanta mente ni tenerle miedo porque igual no tiene remedio. Eso sí, su importancia es inmensa para la vida, porque sirve para darle sentido a todo lo que hacemos. ¿Usted se imagina qué ocurriría si no nos muriéramos como le pasó a Peraltica el del cuento, que mandó a la Parca a vivir en un palo de aguacates? ¿Cómo quedaría de devaluado el valor del amor y del tiempo?

Eso agregaba, manteniendo su mirada ausente, el fantasma de Rogelio León Montoya.

Capítulo II

Y aunque John Jairo de la Cruz Mosquera, más conocido como el Niche en el mundo de los espectros, aseguraba con frecuencia estar bien muerto porque él mismo se había encargado de eso un treinta y uno de diciembre, no sabía decir muy bien dónde lo habían enterrado ni cuánto llevaba arrastrando ese cuerpo inmundado por las calles. Podrían ser años o quizás décadas. —Porque para qué saberlo cuando nadie te está esperando en casa —me decía con frecuencia sin yo preguntárselo y luego se ponía a cantar con los ojos cerrados y entonado acento:

Hola soledad
no me extraña tu presencia
casi siempre estás conmigo, te saluda un viejo amigo,
este encuentro es uno más

Hola Soledad
esta noche te esperaba, aunque no te diga nada
es tan grande mi tristeza ya conoces mi dolor
Yo soy un pájaro herido que llora solo en su nido
porque no puede volar
y por eso estoy contigo... soledad yo soy tu amigo
Ven que vamos a charlar

Sus zapatillas salseras de charol rotas le dejaban los dedos del pie descubiertos. Y su ropa, que cada vez le quedaba más grande, olía a grasa corporal añeja y a berrinche. Como se creía

invisible, a veces se las meaba esperando en que el olor también lo sería. Había perdido tanto su sentido común que pensaba que un gas también cumplía las propiedades de la materia. Su pelo, que parecía una esponjilla de alambre vieja, de esas que de niño yo despelucaba y les prendía candela para después volearlas pegadas a una pita de cometa, olía a perro sucio y húmedo. Su piel negra como el betún destilaba un olor característico, tan penetrante, que se confundía con la breva caliente. Él compartía la habitación ocho de la cueva con Canela, Chatarra, el Mocho, La Loca del cochecito, El Ciego de Arrabal y yo, y sus únicas pertenencias eran una caja de galletas con las cenizas de su madre, el cuaderno donde escribía sus canciones y unas gafas de carey cuadradas y sin lentes, como las que presumía Lavoe. Un escapulario que por un lado tenía a La Milagrosa y por el otro el escudo rojo y azul del “Poderoso DIM”, y un lorito de pilas que no desamparaba ni de noche ni de día, —hasta que me ponga en paz y alegría con todos los santos, Jesús, José y María— replicaba.

Cuando John Jairo era una persona normal, muerta, pero del cansancio, pensaba como aquel hombre al cual vio estirar la pata en la selva, que luego de morir se le abrirían esas puertas de madera gigantes con las que chantajea a los cristianos. Y que si se portaba bien, encontraría allí su madre cosiendo en una máquina Singer, sobre una nube y junto a su abuela, oscilando con las piernas estiradas y sus várices curadas, sentada en una silla mecedora sosteniendo el control del televisor en la mano. Al menos eso creía él que significaban las palabras del cura, cuando este, levantando las manos al cielo, decía en los entierros: “dale señor el descanso eterno”. Pero ahora que se había convertido en un fantasma, comprendía que eso no era más que un formalismo fúnebre del cura y respuestas que cuando niño le daban los profesores de catequesis en la escuelita de su Urabá querido

—Pobres vivos, ilusos e interesados como siempre, creyendo que por arrodillarse en una banca incomoda de madera y regalarme unas monedas a la salida se van a ir pa'l cielo. ¡Ay donde

supieran lo que les espera!... Si después de que llenan ese hueco con tierra para que no se escapen los aromas nauseabundos de los gusanos defecando, es que la lucha apenas empieza. ¡¿No ve Chatarra que hasta en los cementerios separan los muertos ricos de los pobres?! El que es miserable, lo es hasta después de la muerte. Dígamelo a mí que nací negro como el firmamento por la noche. Imagínese qué tanto nos desprecian a nosotros los negros que el fin del mundo llegará cuando el Papa sea negro. ¿Y sabía que hay bancos de semen en los que usted no puede hacer sus donaciones solo por ser color de llanta? —escuchaba yo que le decía el Niche a Chatarra sentados ambos en el atrio de la iglesia mientras esperaba la salida de los feligreses que adentro ya movían los talones impacientes con ganas de irse—. De todas formas, hay que cogerlos con el corazón recién desinfectado, así les da más miedo del infierno y regalan más platica. Esa es la enseñanza.

Era habitual que el fantasma del negro se energizara con cargas negativas y liberara su resentimiento lanzando palabras como granadas. Ya estaba bastante exhausto de cargar con el peso de su destino y de su condición de ultratumba, cruz de acero que arrastraba a cuestas. Era horrible, porque según él no podía morirse dos veces y tampoco encontraba una forma de dejarla tirada en el camino. Por eso en las largas noches de tertulia que teníamos en su colchón de la pieza ocho repasaba una y otra vez todos esos recuerdos de la vida y se preguntaba cuál fue la estupidez que lo llevó a meterse ese trabuco hechizo en la boca, probar su sabor a oxido con la lengua... y ¡bum! Y no lo comprendía, porque a pesar de que en su duro viaje por la Tierra se le acabó la gasolina una y otra vez, John Jairo de la Cruz Mosquera siempre había sido un luchador, un obrero del arte, pero sobre todo un profundo enamorado de la vida. Un soñador desde niño que gracias a su madre había heredado la facultad de comunicarse con el universo a través del baile y la música.

Él tenía su personalidad que como la marea del lugar donde nació y se crió, también cambiaba de la noche a la mañana. Por eso luego de lanzar esas granadas en desorden contra la iglesia

y sus feligreses, la tempestad cesaba y su semblante siempre terminaba siendo un mar en calma que apenas lograba humedecer la playa. Entonces aprovechaba la tregua para ausentarse del espacio y del tiempo, dejando que sus ojos negros y redondos, clavados en unas profundas cuencas, hablaran por él. Su mirada se ponía taciturna como la de aquel que contempla la llama de una fogata. Entonces lo que generalmente hacía en esos momentos era buscar con paciencia esa pieza importante del rompecabezas que le faltaba en su cabeza: la imagen del cementerio donde su cuerpo reposaba, la lápida sobre su tumba, la penumbra del ataúd donde lo habían empacado para que se pudriera. Y al encontrar su mente vacía le pedía auxilio al oído, pero tampoco lograba escuchar los palazos y la tierra golpeando la madera del cofre. Y a mí me daba lástima verlo haciendo esa tortuosa búsqueda, porque ese trabuco del que siempre hablaba no era más que un pedazo de cañería vieja que cargaba en su costal.

—Sé que al menos debo recordar un momento de oscuridad total, porque de la oscuridad venimos y a la oscuridad volvemos, pero no sé porque no lo recuerdo —decía mientras se pasaba inquieto la mano por la nuca—. Tal vez fue que me incineraron en esos hornos del infierno y por eso tengo mi pelo siempre chamuscado.

Poco después de convertirse en un fantasma, como habitualmente le ocurría a todos los que pernoctaban en la cueva, Mosquera quedó atrapado en las mismas calles que yo, en un barrio ubicado en pleno centro de la ciudad, cerca al cerro Nutibara, la plaza de toros y el palacio de los eventos, lugar donde a propósito trabajaba con Canela, su compañera inseparable. Decía el Niche, por dar una dirección más exacta, que ese alfoz de mala muerte estaba ubicado a un lado de la carretera y a unos pocos metros antes del infierno. Y como él mismo coreaba para explicarlo mejor, a la vez que mordía con las muelas el lápiz amarillo con el que escribía sus canciones: “¡En la dirección correcta, parceró! Porque después de vivir en este antro el infierno debe de ser lo más de placentero”. El barrio lo conformaban en su mayoría construcciones de ladrillo que no cumplían las mínimas

especificaciones técnicas, además de casas coloniales agotadas a punto de desplomarse. Allí no quedaban rastros de familias, porque casi todas las casas habían sido convertidas en talleres y almacenes de repuestos automotrices. Durante el día sus calles se abarrotaban de gente porque no podían usar las aceras invadidas por esqueletos de motores, transmisiones, llantas, charcos de aceite, vendedores de placas, chalecos y cascos para motos. Al terminar las horas laborales esas calles se volvían peligrosas y los vivos las desocupaban, cediéndole así el espacio a las criaturas de la noche. Era fácil adivinar que no fue por decreto de ningún alcalde que a ese conjunto de calles delimitadas por un río color pantano que olía a huevo descompuesto, con un puente de seis carriles y tres avenidas ruidosas, las bautizaran Barrio Triste.

En una de sus esquinas, camuflada entre negocios donde todo lo que se compra o se vende se entrega sin recibos ni facturas, estaba la casa donde yo llegaría a compartir pieza con los fantasmas. A primera vista parecía otra propiedad abandonada debido a la putrefacción de su fachada y porque permanecía con las ventanas y puertas cerradas, pero luego de uno enterarse de las cosas que adentro ocurrían el lugar se tornaba tenebroso, ideal para asustar a cualquier transeúnte y llenar de pánico a niños de mal comportamiento. Sin embargo, y a pesar de su estado, no siempre fue ese mamarracho lleno de telarañas y paredes picadas. Hace poco más de un siglo, cuando los ricos todavía vivían en lo que ahora es el centro de la ciudad, y antes de que el Estado con sus trucos de sellos y firmas le quitara la propiedad a su último dueño, habitar esa casa debió ser algo idílico. No era difícil adivinarlo por su cercanía al río que en ese entonces transportaba en sus aguas el sonido arrullador y efervescente de la vida, ni por su fachada de dos niveles que ocupaba media cuadra por cada arista. Una mezcla de lujos y exageraciones escondidas que daban fe del buen gusto de su arquitecto. En el balcón exterior que recorría los dos lados de la casa había diez ventanas dobles y una baranda de roble y sándalo importada de India. En su patio interior, custodiada por

dos guayacanes, había una fuente adornada con azulejos traídos de la Córdoba islámica. Esa era la joya de la corona que en ese entonces latía cual corazón alegre. El interior de la edificación estaba rodeado por corredores amplios de baldosas rojas, verdes y amarillas, habitaciones que se comunicaban entre sí y seis baños comunes. En el primer nivel una cocina con poceta y fogón de leña labrada por artesanos locales con piedras extraídas del río. En realidad, la edificación fue un albergue levantado por españoles para hospedar a los ingenieros ingleses que llegaron a construir la primera curtiembre y fábrica de telas al otro lado del río Medellín.

Pero ahora los únicos recuerdos vivos de aquel pasado glorioso eran los dos ancianos cansados que por fortuna todavía hacían la fotosíntesis, las vigas y las columnas que resistían con orgullo a la impiedad del tiempo, el hambre de las ratas y los saqueos de la gente. Porque hasta el cableado eléctrico, los sanitarios y el embaldosado habían desaparecido por completo. Por este motivo la casa que en los tiempos en los que se negoció la guerra a bordo del vapor Wisconsin, bautizaron como Hotel Alhambra Real, ahora los vivos la apodaban “la cueva” y los espectros como el Niche y yo la llamábamos hogar.

Por ese purgatorio vi pasar toda clase de almas en pena, desde las más bajas y zarrapastrosas sabandijas, hasta las más elegantes, como siempre lo ha sido el guante blanco. Sin embrago, y sin distinción de clases, todas tenían en común que terminaban perdiendo la cabeza: putas finas o de escalera, albañiles, capataces, ingenieros, abogados, arquitectos, profesores, deportistas, vagos hijos de papi, borrachines novatos y profesionales, gamines, intelectuales, artistas, políticos, hijos de esos políticos, escritores, delincuentes de profesión o en periodo de prueba, ciegos de Arrabal, locas de cochecito y, en general, todo aquel que por calamidades de la vida quiso o le tocó volverse un personaje etéreo, invisible. Un fantasma.

Capítulo III

Esa mañana, como de costumbre, vi que el Niche se despertó temprano, antes de que el sol se asomara tras las montañas todavía infestadas de lucecitas titilantes. Siempre lo hacía así para adelantarse al resto de fantasmas y poder rebuscarse el fiambre sin apuros. Sin embargo, esa vez esperó un rato extra en su colchón antes de incorporarse, porque al instante que fue consiente de la fecha, sintió el mordisco de la melancolía que desde esa hora andaba sin cadena merodeando por toda la ciudad. Y eso que a esa hora fue apenas un mordisco leve, más bien solo un rasguño, pero yo sabía que las cosas empeorarían a medida que se acercara la media noche. A pesar de su condición invisible, el Niche sabía que no tenía esquina donde esconderse, sombra donde camuflarse o hueco para refugiarse. Donde quiera que estuviese, aquella fiera amorfa lo olfatearía y lo encontraría para exprimirle las lágrimas que le quedaran. Por eso fue que permaneció estático en ese colchón con olor a tierra mojada que compartía con Canela, escuchando el ritmo de la gotera que golpeaba la ponchera de hojalata y preparándose para enfrentar el día del año que más detestábamos casi todos en la cueva: el treinta y uno de diciembre.

Luego de media hora, quieto como un maniquí y mirando la nada, comenzó a hacer el ejercicio de respiración que le enseñó un indio emberá en la selva, aquellos movimientos que él creía le ayudaban a controlar la mente. Una idea que desde ese en-

tonces lo venía engañando, haciéndole pensar que en realidad poseía el control de su cerebro y por lo tanto de su tesón. Inflaba los desgastados pulmones, contenía el aire y contaba hasta seis con grandes dificultades. Oxigenaba sus alveolos y luego se desinflaba lentamente. Cuando se sintió con algo más de energía y listo para pelear el día entero con el recuerdo de su esposa y su madre muerta, que el treinta y uno se le aparecían sin llamarlos, se fue levantando lentamente evitando despertarnos, pero se dio cuenta que Chatarra ya estaba estudiando con atención sus movimientos. Sacó el lorito y su costal con algunos enseres que escondía bajo la almohada y trató de salir como una sombra, acompañado por su cómplice.

—¿Madrugando para la marranada Niche? —escuché que le preguntó la Loca del cochecito sin siquiera darse vuelta sobre su cama para mirarlo.

—Vamos a desayunar —contestó el Niche susurrando y salió de la pieza seguido por Chatarra.

Todavía mudos, caminaron por los pasillos de la cueva y salieron a las aceras del barrio para dirigirse al río. Afuera todavía olía al diciembre, mes que se negaba a desaparecer de tajo como lo hacen el resto de meses en su último día, cuando simplemente se esfuman sin importarle a nadie. Pero un treinta y uno de diciembre todavía se pueden oler, inclusive con más fuerza, la fritanga, el árbol de Navidad postizo, un papel de regalo, la leña ardiente, las bolitas de cristal brillantes, las extensiones de bombillos verdes, los chorrillos, voladores, totes y todo en su conjunto mezclado y transportado por el aire fresco de la mañana. Todos esos olores característicos de la Navidad que a mí me encantaban porque de inmediato me recordaban a mi madre revolviendo la natilla en una paila grande, comiendo buñuelos calientes que al abrirse soltaban humo. Pero sobre todo porque podía jurar que ví al niño dios chiquitico, metiéndome los regalos debajo de la cama. En eso el Niche y yo éramos iguales. Recuerdo cuando me contó que él también vio al niño dios metiéndole bajo la cama unas zapatillas blancas que lo convirtieron en la atracción de todos los bailes. Y luego de la nada me

preguntaba: ¿qué es la melancolía? —pues lo que se obtiene de la tristeza y la alegría al mezclarse— se contestaba a sí mismo tras un suspiro grande y luego, por un rato largo, no volvía a hablarle a nadie, como era característico en él y sus prolongadas abstracciones.

El Niche y Chatarra siguieron caminando las calles aun manchadas por la luz ámbar que los postes derramaban sobre ellas. Luego de recorrer cuatro cuadras sin encontrarse una sola alma, vieron el primer par de fantasmas. Unos cuerpos cobijados con costales, usando botellas vacías y periódicos de reciclaje como almohadas que parecían no estar incómodos. Por el contrario, dormían profundamente acurrucados contra las rejas de los talleres como sucios fetos gigantes. Pasaron a su lado y el Niche tuvo que advertirle a Chatarra que no los despertara para poder prender el lorito en calma, arriesgándose, eso sí, a que aquellos u otros que aparecieran de la nada con una punta se lo robaran. Sintonzó El sonido de las palmeras, la frecuencia que siempre lo animaba, esperando escuchar los bálsamos sanadores de los timbales y las trompetas, pero para terminar de completar su desgracia, y como si se tratara de un mal chiste, de esos que la vida le gusta contar en el peor momento, una grave voz masculina acompañada por un coro de mujeres, cantaba por el parlante:

Las campanas de la iglesia están sonando
anunciando que el año viejo se va
la alegría del año nuevo viene ya
los abrazos se confunden sin cesar.
Faltan cinco pa' las doce el año va terminar
me voy corriendo a mi casa a abrazar a mi mamá

—¡Si ve Chatarra, al que no quiere caldo le dan dos tazas!
¡Qué hacen poniendo esto si faltan muchas horas pa' esa mierda!
¡Cuál será el afán de la gente de ponerse a llorar, y cómo se nota que el que compuso esa canción no sabe lo que es no tener mamá!
¡Sí, sin tilde, mamá!— dijo apagando la radio de nuevo.

Y no había terminado de completar su frase cuando el estallido de la pólvora en el cielo lo hizo brincar del susto.

Finalmente llegaron al camino peatonal que bordea el río, y que antaño fue una carrilera de tren. Allí, un carro de las Empresas Varias equipado con escobas giratorias destruía la calma de la madrugada con una alarma que anunciaba su existencia. Caminaron hacia el corazón de la feria navideña, el lugar donde en las noches los cardúmenes de turistas se concentran a comer, beber y a observar el espectáculo de figuras de alambre vestidas con bombillos de colores. Ese año el espectáculo fue titulado “Medellín un cuento de luz”. El Niche seleccionó algunos botes de basura recomendados por Chatarra y escarbó sigilosamente con sus manos evitando un corte o una punzada, pero esa mañana no los acompañaba la suerte porque les tomó más de dos horas encontrar una caja de arroz chino y una bolsa con algunos huesos de pollo que aún tuvieran carne. Chatarra se puso ansioso y sus ojos brillantes expresaban la sonrisa que por naturaleza no podía dibujar su cara. Los dos tenían tanta hambre que comenzaron a ponerse violentos. Se apresuraron para llegar al lugar habitual conocido como La Macarena, un lote olvidado y baldío que estaba ubicado a unas cinco cuadras de la cueva, diagonal al puente que conecta el centro con el occidente de la ciudad y frente a la plaza de toros de donde hurtaba su nombre. Allí, normalmente cuando encontraban carnes, calentaban la comida para evitar una purga en el estómago.

En ese peladero delimitado por una oreja de asfalto que le salía al puente, nos reuníamos siempre la nueva y la vieja guardia de los fantasmas. El Niche sabía con toda seguridad y debido a la tardanza que yo estaría allí pidiendo desayuno o cualquier veneno que me ayudara. Cuando llegaron, encontraron el problema de siempre: las pierdas que generalmente él sacaba con dificultad del río para usarlas como soportes del fogón ya las tenían ocupadas los caciques en una ronda de espectros reunida alrededor de una basura quemada que desprendía un humo negro con olor a plástico derritiéndose. El Niche me reconoció en el tumulto, también al Ciego de Arrabal y a la Loca del co-

checito, pero se mantuvo al margen porque ese treinta y uno se había propuesto evitar las alimañas. No quería hablar con nadie, porque como lo intentaba cada año sin éxito, le había prometido al alma de su difunta madre que estaría en sus cinco sentidos hasta llegar la media noche. Se acercó entonces a los dos únicos niños que generalmente se veían por allí correteando, dos pequeños a los que él llamaba Gan Gan y Gan Gon, los mismos que quemaron el sillón de mimbre. Estos jugaban con dos ladrillos pretendiendo ser camiones y uno sujetaba con sus manos una bolsa negra donde sumergía su nariz y boca para desayunar vapor en las inhalaciones.

—Buenos días Gan Gan, ¿será que compartimos los ladrillos, hijo? — dijo el Niche arrebatándole de inmediato la bolsa a Gan Gon. Los niños, al igual que él, tenían dificultad en comprender si lo que estaban viendo eran alucinaciones.

—Ja, ja, ja —logró musitar Gan Gon haciendo un esfuerzo para levantar sus párpados y mostrando su lengua seca y agrietada como un desierto. Mosquera volvió a prender el lorito a ver si la música le ayudaba a soportar semejante imagen que siempre le dejaba el alma como si se la hubieran destripado con una almádana.

No siempre gana distancia
el hombre que más camina.
A veces, por ignorancia,
andar se vuelve rutina.
No por gastar los zapatos
se sabe más de la vida.
Ni poco ni demasiado,
todo es cuestión de medida.

Afortunadamente esta vez sonaba esa canción que tanto le gustaba y le subió el volumen al máximo mientras iba cambiando su semblante. Era como si cada vez lo poseyera esa poesía de la calle mezclada con ritmos africanos.

—A ver pues campeones que vamos a comer bien —dijo mientras convertía los ladrillos en fogón y aseguraba el lorito sobre el costal para que no se le ensuciara.

Los niños permanecieron sentados en el suelo, entretenidos con la música y hablando con Chatarra que era un experto en entender a los pequeños en aquellas ocasiones. El Niche recogió unas ramas secas, unos periódicos viejos que volaban en un remolino debajo del puente y unos cartones que seguramente fueron la casa de alguien. Luego encendió el fuego con un fósforo que sacó de una cajita ilustrada con la figura de un rey de espadas, y del costal sacó una olla vieja a la que tuvo que rasparle el óxido frotándola con arena. En ella vació un par de latas de frijoles que era la sorpresa de treinta y uno, los huesos de pollo y la caja de arroz chino.

—Hoy sí vamos a desayunar como reyes —se dirigió a los dos chicos pilluelos mientras les sobaba el pelo. Y cuando el menjurje estuvo bien caliente comieron todos de la misma olla turnándose la única cuchara disponible. —A barriga llena corazón contento —remató diciendo el Niche mientras quebraba con sus muelas el último de los huesos para sacarle el poco tuétano que le quedaba.

Los niños se fueron tan pronto comieron, como el indio, y Mosquera, al igual que Chatarra, reposó la llenura recostado en el tronco de un árbol ubicado a un lado del peladero. Sin embargo, el Niche no pudo seguir tranquilo como hubiese querido, porque su cuerpo comenzaba a reclamarle por estar limpio tantas horas. Entonces se levantó comiéndose las uñas, con la certidumbre de que su derrota se aproximaba.

Capítulo IV

El sol ya calentaba tímidamente la V de cemento roñoso que canaliza el río. El Niche pensó que bañándose tal vez engañaría a su mente y cuerpo que ya comenzaban a reclamarle con más ahínco. Se levantó de la grama y vio la panza de Chatarra subiendo y bajando lentamente, con lo cual comprobó que aún dormía profundamente, pero los niños y el resto de la gente habían desaparecido de la Macarena. Entonces se preguntó si todo lo que vio fueron solo engaños de su mente descompuesta o si en realidad todos se habían ido tal vez a rebuscar el estrén del treinta y uno. Estudió la situación de los tubos que rompen las canales de cemento para arrojar agua de la ciudad al cauce del río, y ese día, como las fábricas se movían a media máquina por ser día festivo, el agua no estaba tan teñida de colores ni olía a pantano podrido. Era entonces el momento perfecto para darse un baño y comenzar la tarde limpio. Se remangó los pantalones, se quitó las zapatillas, la camisa, y los metió al costal de donde a su vez sacó un poco de detergente en polvo que guardaba en una bolsa plástica, además de una toalla pequeña que se colgó en el cuello como un entrenador de boxeo. Atravesó una cerca de madera ornamental que limita el paso de los peatones hacia el río y caminó por una manga con cuidado de no pisar una mierda o un vidrio.

Descendió por el cemento lamoso con cuidado de no deslizarse y descargó el costal en una pequeña playa de arena y cascajo, vestigios de materiales para construcción. Ese era el sitio perfecto para bañarse. Allí se represaba una porción del agua que vomitan

los tubos de las fábricas. Pararse sobre la arena húmeda con los pies descalzos lo obligó a viajar en el tiempo y le pareció estar viendo el río Atrato en miniatura. Recordó lo doloroso que fue su expulsión del campamento, y lograr llegar vivo hasta el río después de arrastrarse por los vericuetos de la selva padeciendo necrosis y luchando contra la dosis de veneno que le inyectó una mapaná equis con sus agujas hipodérmicas. Yo sabía su secreto porque el me lo había dicho: en realidad cuando iba a bañarse, lo hacía porque le gustaba sentir la arena húmeda y celebrar el día en que el destino le presentó la muerte por vez primera, él le estrecho la mano, le dijo su nombre y logró evadirla. Esos recuerdos sumados al estado deplorable de su cuerpo le daban una angustia severa y sentía que un pánico inexplicable lo apretaba por el cuello como si le estuvieran aplicando una llave, un apretón asfixiante que cada día se hacía más poderoso y permanente. El Niche sabía desde hace un tiempo que había tocado fondo.

—¿Hey Niche, le pasa algo? Parece que le va dar un babaío, está temblando.

La pregunta lo sacó del trance, y cuando miró bien a su derecha vio a un anciano en cuclillas que solo llevaba puestas unas botas y unos calzoncillos blancos bien curtidos. Estaba subido sobre una llanta carbonizada que exhibía su osamenta de alambre y que fumaba un cigarro tan pequeño que parecía estar carburándose las yemas de los dedos. Por su mirada felina postrada sobre los gallinazos y por la piedra que apretaba con la otra mano, se podía adivinar que estaba cazando. El Niche lo reconoció en el instante que regresó por completo al presente.

—Buenos días Toño. Disculpe, estaba tan distraído que no lo había visto. ¿Si le ha pegado a algo?

—Deje la bulla hombre, hable pasito que los espanta. ¿Sabe lo difícil que es cazar un gallinazo?

—No, pero me imagino. Más con una piedra y a la vez quemándose los dedos.

—¿Quiere?

—No Toño, gracias. Hoy quiero estar limpio para recordar a mi madre, se lo prometí...

—Cállese entonces que son bien ágiles y ariscos los pajarracos estos —interrumpió Toño sin importarle los planes que el Niche con orgullo y alegría quería compartirle. El par de aves salieron volando.

—¿Vio? ¡Le dije! Ustedes los negros siempre la van cagando. Si no es a la entrada...

—¿Y cuántos ha cazado? —preguntó el Niche ya acostumbrado a esos comentarios.

—¿Me ve con alguno en la mano? —Toño volteo su cabeza para mirarlo a los ojos y hubo un silencio prolongado que el anciano aprovechó para llenarse los cachetes de un humo denso.

—Pero toca seguir intentando a ver si comemos carne. ¡No ve que hoy es treinta y uno de Diciembre! —¡Hey, Niche! ¿No le sobró algo? El que come solo muere solo —finalizó Toño tosiedo por haber aguantado tanto tiempo el humo en los pulmones.

—Nada es nada, Toño —respondió el otro mostrándole las palmas de las manos vacías.

—Lástima... Oiga Niche, y ya que lo veo por estos lares, ¿sí es cierto lo que dicen.

—¿Qué dicen?

—Que en la pieza cinco ya picaron el amarrado que tenían ahí guardado. Dicen que salen bolsas de basura y que en vez de botarlas las recoge una patrulla de la policía.

—Yo con esas cosas no me meto Toño. Usted sabe que para vivir en esa cueva hay que cerrar los oídos, los ojos y la boca.

—Cierto, pero entonces dígame, ¿es verdad que hoy viene la patrona para hacer una marranada?

—No sé bien, pero parece que es cierto. Al menos algo de eso escuché esta mañana decir a la Loca del cochecito.

—¿Si es cierto puede llevarme? A mí ya se me olvidó lo que es comer buena carnita. ¿O usted creyó que en verdad iba a comerme un gallinazo?

—Pues... Hoy tengo planes muy importantes, como le dije. Hoy me salgo definitivamente de esta mierda.

—Ja, ja, ja. Sí, claro. ¡Como todos los años!

—Pero tranquilo, que si es cierto, eso cierran la cuadra y me imagino que comida habrá para todos.

—Yo creo que deberíamos ir, porque podría ser la primera y última celebración en esa casa.

—¿Por qué lo dice?

—Lo que me comentó el Ciego de Arrabal esta mañana, que a propósito lo estaba buscando, es que la vieja esa esta como loca porque esa casa la va tumbar el gobierno y se le va acabar el expendio. Por eso lo de la marranada. ¿Usted no sabe que toda esta zona la van a convertir en un centro internacional de la moda? ¡Maricadas de este alcalde nuevo que no quiere gente como nosotros merodeando en las afueras!

—¿Pero desde cuándo le hemos nosotros importado al gobierno?

—Pues solo cuando los ricos necesitan fumar las cucarachas.

Toño empuñó una metralleta imaginaria y comenzó a disparar a mansalva, como haciendo polígono cuando fue coronel del Ejército Nacional. El Niche terminó de secarse las orejas apurado. Recogió sus cosas y las metió en el costal, en silencio, porque cuando el viejo Toño se fumaba sus demonios le gustaba la violencia. Este, al igual que a Mosquera, se atormentaba por los disparos y los gritos que oyó en la selva. Entonces, apenas medio limpio y con su piel todavía oliendo a jabón de ropa, el Niche dejó al ex oficial hablando solo y salió de la canalización cargando el costal en brazos como a un bebé. Atento desde la cerca, Chatarra estaba esperando a que su amigo subiera, presto a defenderlo de cualquier ataque.

Cuando los dos iban caminando de regreso hacia la cueva, los alcanzó la música que desde lejos venía rebotando por los callejones. El Niche supo de inmediato que lo de la marranada ya era un hecho. Al doblar la última esquina que da a la puerta principal de la cueva, vio sobre la calle las estibas de madera que desechaban los talleres. Estaban apiladas como barricadas para obstaculizar el paso de los carros, si es que a alguno se le ocurría pasar por esa zona para despedir el año con un siniestro. En mitad de la calle, sobre las líneas amarillas, había una paila negra montada sobre

dos ladrillos. A su lado más estibas destruidas listas para arder con la candela. Una manguera verde desenrollada en el piso, dos costales llenos de helecho seco y una mesa de cantina con papas y zanahorias.

Apenas había trascurrido un poco más del medio día y ya había bastante movimiento frente a la cueva. Aquello explicaba la desolación de la Macarena. Los fantasmas se congregaban alrededor de lo que parecía ya una parranda. Incluso el par de harapientos que el Niche se encontró en la madrugada ya estaban bailando alrededor de la paila, siguiendo la música decembrina amplificada por unos parlantes más altos que el propio negro.

Tantas caleñas tan lindas que hay
y yo no sé a quién mirar
tanta guapita para besar
y yo no sé a quién llamar
las caleñas con su caminar
me hacen delirar
son rosas de un jardín de amor
que alguien plantó
las caleñas con su caminar
me hacen delirar
son rosas de un jardín de amor
que alguien plantó.

Al identificar la melodía amplificada hasta la distorsión, Mosquera sintió las mandíbulas de la fiera nuevamente, esta vez apretándolo con más potencia. Entonces, primero llegaron los buenos recuerdos, él y su madre escuchando esas mismas canciones decembrinas en un pequeño radio de pilas y ella diciéndole cuánto lo amaba, como solo las madres saben hacerlo, sin pronunciar palabra, solo sentados a la mesa frente a un plato de arroz con coco y pescado frito, sazonado con tanto amor y cariño que hasta sintió que podía olerlo y saborearlo. Cerró los ojos y también pudo sentir la inmensidad del Pacífico, que con su olor a sal y escamas se metía a su casa por las ventanas y la puerta que permanecían abiertas.

Pero no todos eran buenos recuerdos, porque él hurgaba una y otra vez entre ellos, retrocediendo en el tiempo hasta hacerse un niño, y no encontraba ninguna referencia de su padre sentado a la mesa con ellos. Dolorido por el mordisco, no le quedó más remedio que ceder y recordar lo que andaba esquivando el día entero, el rostro de su esposa Matilde Murillo Asprilla sonriendo tras un velo blanco. El amor de su vida que conoció desde pequeño cuando saltaban de un muelle de madera al río. Ella en pantis y él en calzoncillos. Esa misma niña que ya de adulta y después de jurarle ante un altar su amor eterno, lo abandonó cuando este decidió irse a buscar fortuna a la ciudad acompañado de unos pocos chiros. Observaba el Niche a los fantasmas harapientos muy contentos, disfrutando gracias al poder de la música. Y a su vez se veía a sí mismo junto a ella, empapados de sudor mientras bailaban en la plaza del pueblo, esperando impacientes que fueran las doce de la noche para recibir juntos el año nuevo y prometerse una y otra vez amor eterno, ritual que cumplían sagradamente gracias a que a él se le ocurrió la desafortunada y única idea de casarse un treinta y uno de diciembre.

Evitando enredarse más en ese matorral de recuerdos que lo obligaban a desesperarse y a meterse una fuerte dosis para escapar de ellos, aceleró el paso y entró a la cueva. Allí encontró una sorpresa tan rara que logró distraerlo por un momento. En el patio, alrededor de la fuente central, estaban reunidos algunos inquilinos y otros cuantos fantasmas que yo apenas distinguía. En el centro del corrillo estaba la dueña de la casa, o “la patrona”, como algunos la llamaban. Doña Loreta Cuevas hablaba a su público con ímpetu, pero a la vez con cierta tristeza. A pesar de sus carnes flácidas y la carga de los violentos años que la obligaban a encorvar su cuello y espalda, la señora estaba parada sobre unos tacones rojos y maqui-llada como una quinceañera. Usaba un sombrero para cabalgata y un vestido de jean apretado que por medio de un cierre en el centro de la espalda la empacaba. A su lado dos hombres callados y con cara de piedra la cuidaban. Las cachas de los revólveres sobre sus cinturas hablaban por ellos. La patrona alzaba la voz y agitaba su mano derecha como si fuera un político hablándole al congreso.

—Como ya todos ustedes saben —decía— esta casa es mi vida al igual que la de ustedes. Estas paredes le costaron a mi marido, muerto a filo de machete, pero el tiempo ha llegado y es hora de entregarla. Este gobierno lleno de ratas podridas va a venir a quitármela por las malas. Por eso quiero despedirme de ustedes, y como muestra del aprecio que les tengo, hoy les regalo esta marranada para que coman y se diviertan como Dios manda. Feliz año nuevo...

Yo saludé al Niche quien solo alcanzó a escuchar esas últimas palabras del discurso y a ver cómo la gente se alebrestaba con esa dramatización tan mala, porque de repente alguien interrumpió el discurso de la vieja. Se trataba de Pocillo, otro inquilino que había perdido una oreja en un incendio y solo le habían quedado el orificio. Este apareció señalando la puerta con el índice:

—¡Llegó, llegó, ya está afuera! —gritaba como un niño que acaba de destapar su regalo de noche buena.

Entonces los inquilinos se olvidaron de la patrona y la dejaron hablando sola para irse a formar un tumulto en la puerta. El Niche, también curioso como el resto, salió de último conmigo y con Chatarra. Afuera había un Renault 6 amarillo, y en su maleta un marrano rosado con manchas negras en el lomo que parecían mapas continentales. El animal tenía los ojos tristes y asustadizos. Llevaba una cabuya amarrada en el cuello y otra que le sujetaba las cuatro patas. La gente inquieta, como niños en recreo, se reunieron alrededor del carro y gritaban como si el animal fuera una especie de otro planeta. El conductor se bajó del carro con un cuchillo en la mano y alguna gente se asustó. Otros por simple reflejo también empuñaron sus latas listas para el combate cuerpo a cuerpo, pero fue solo una falsa alarma, porque el hombre solo abrió la puerta de la maleta y con el cuchillo le libero las patas al gringo, como ya habían bautizado al porcino por su color de piel. Contra su voluntad lo bajó del carro jalándolo del cuello, y lo arrastro sin piedad por el pavimento lastimándole las pezuñas que no encontraban a qué aferrarse en el asfalto. Era obvio que para ese hombre se trataba de una faena diaria, porque ni siquiera se inmutó con el chillido intenso del animal y que al

Niche le provocó ir a defenderlo. Lo amarró a un poste de la luz y lo dejó expuesto a la voluntad de los presentes.

Algunos de ellos solo le sobaban el lomo, otros más compasivos lo abrazaban y le hablaban levantándole sus largas orejas. Los que se creían más rudos se lucían con las mujeres pegándole patadas, y no faltó el experto que lo pellizcaba para comprobar la calidad de la carne. Fue Gabeto, el borrachín de la pieza cuatro que pintaba carros desde que tenía diez años, quien riendo a carcajadas sacó un aerosol de una bolsa para dibujarle obscenidades en las costillas y en la panza. Y como si no bastara con la bienvenida que le dieron al porcino, el animalito sufría en su interior viendo al frente suyo la paila que lo esperaba.

El Niche no pudo evitar sentir repugnancia y se fue a su pieza sintiendo lástima por el animalito, pero a su vez pasándose la lengua por los labios y pensando en el delicioso chicharrón que se comería. Entró y descargó su costal al lado de la cama. La Loca del cochecito estaba en su colchón presente de cuerpo, pero ausente de alma y anestesiada por los venenos que se había metido en la mañana. Canela estaba tendida sobre el colchón y él Niche finalmente se acostó a su lado.

—Siquiera Canela que usted no puede sentir nada —dijo cubriéndose ambos ojos con el interior del codo.

Chatarra también se acostó en silencio y el Niche comenzó a hacer sus ejercicios respiratorios hasta que rápidamente el sueño lo venció. Había dormido profundamente casi por dos horas, y pudo haberlo hecho por más tiempo, pero de repente, como también era habitual en su intelecto que no le permitía dejar de componer canciones, lo levantó una nueva idea que venía cocinando a fuego lento. Entonces sacó afanado el cuaderno de apuntes bajo la almohada antes de que la inspiración se le escapara. Buscó su lápiz en el costal y se puso a anotar unas palabras sentado sobre el colchón. Su cerebro era un motor trabajando a toda máquina y él le metió primera.

—La canción comienza conmigo a capela —le dijo a Canela mientras se golpeaba levemente en la cabeza con el borrador del lápiz, como si con cada golpecito las ideas le fueran cayendo

derramadas sobre el cuaderno. Entonces se despachó a escribir mientras tarareaba: “voy a contarles la historia de un sentimiento, estén bien atentos damas y caballeros, porque esta canción no es más que el sonido de mi corazón latiendo...”

Mientras escribía se imaginaba en el escenario empuñando un micrófono y haciendo un esfuerzo para ver a su madre y a Matilde entre las luces de los reflectores y los reflejos de la bola de espejos, ambas paradas en primera fila aplaudiendo y vibrando al oír su hermosa voz de negro enamorado de la salsa. Se imaginaba vestido con el traje que siempre veía exhibido en la vitrina de un almacén situado en Pichincha con Alhambra. Era de tres piezas, blanco, extremadamente limpio, planchado y oliendo a nuevo, con un pañuelo rojo asomado en el bolsillo del saco situado al nivel del pecho, sin medias y de zapatillas blancas de charol, tan relucientes como un espejo capaz de reflejar su cara cuando las miraba.

Tenía matemáticamente calculadas las estrofas, las percusiones y los vientos. Luego de su voz grave entraban el piano y el timbal. El Niche se apretaba con fuerza sus muslos como si fueran las teclas de ese piano imaginario que sonaba. Luego empuñaba el lápiz con una mano, como si fuera una baqueta, y le pegaba al aire para controlar las percusiones. Seguido a la introducción tenía planeada una descarga cuando se le unieran el bajo, las trompetas, las congas y la flauta travesa. —¡No, mejor sin flauta! —decía en voz baja—. Yo quisiera un ritmo más violento, que suenen solo los platillos y las trompetas.

Para ese momento el Niche ya le había metido quinta. Incapaz de quedarse quieto, se paraba cuaderno en mano y bailaba con ese ritmo construido solo dentro de su cabeza. Desde niño era capaz de imaginarse el sonido de cada instrumento por separado, o el de una orquesta completa perfectamente sincronizada. Iba a continuar escribiendo la letra de la canción, pero alguien tocó la puerta y esos golpes en la madera le despedazaron las ideas por completo. Chatarra se paró y miró la chapa de la puerta fijamente esperando algún movimiento.

—No puede ser. ¡Por qué en este preciso momento! —pensó el Niche dejando sobre el colchón el lápiz y el cuaderno para abrir la puerta.

—¿Niche, es usted? —dijo el Ciego de Arrabal —Siquiera que lo encuentro, es que se me quedaron las llaves adentro.

—Buenas tardes Ciego. Sí, soy yo, hágale pues pa' dentro.

—¿Le pasa algo? ¿Llegue en mal momento? Lo siento de mal genio.

—No, tranquilo Ciego. Todo está bien, solo estaba escribiendo pendejadas.

—¿Pero por qué tan amargado Niche? Venga para la fiesta. ¿O ya empezó con esa mierda del treinta y uno?

—Esta vez sí es en serio.

—OK. Si cambia de idea abajo hay ron y guaro. También de lo que sabemos. Hoy la vieja está dando buenos descuentos. Es más, para que vea cuánto lo aprecio, aquí le dejo esto.

—Gracias Ciego.

El Niche recibió sin quererlo una bolsita negra y pequeña que empuñó en su mano, feliz pero arrepentido de hacerlo.

—Es con mucho gusto. Guárdelo que no demora en levantarse la Loca del cochecito a pedirle algo, ya debió olfatearlo.

El Niche se sentó en el colchón. Se dio cuenta que todavía tenía empuñada la mano fuertemente con el producto adentro. La tentación lo acarició y lo sedujo por un momento. Entonces abrió la bolsa y luego de meter su nariz adentro dijo: —es del bueno Chatarra, es del bueno.

—¡Dios mío, ayúdame! —dijo mirando al techo, buscando más fuerzas, porque las que guardaba ya estaban agonizando. Entonces logró con sus manos temblorosas guardar la bolsita en el costal para concentrarse en el cuaderno. Quería volver a lo que estaba componiendo, pero...

—¿Qué tiene ahí Niche? —le dijo la Loca del cochecito que estaba despertando en cámara lenta— ¡Muestre lo que está escondiendo!

Capítulo V

Margarita Mejía Botero, más conocida en el mundo de los espectros como “la Loca del cochecito”, se levantó finalmente de su colchón mostrando una leve dificultad para moverse. Su problema no se debía al paso de los años, pues su rostro todavía mostraba algunos vestigios de juventud, sino tal vez a sus terribles hábitos de vida, que comenzaron el día en que su corazón se rompió en pedazos. Cuando estuvo de pie, comenzó a buscar desesperada algo dentro del coche de bebé que solía estar cubierto por una lona color azul cielo con ositos estampados, aunque ya no se sabía si en un principio había sido gris o negra. En ese cochecito de varillas y remaches de aluminio, de llantas pequeñas con cauchos irregulares y balineras chuecas, cargaba los chicles y cigarrillos que vendía a la salida del Palacio de los Eventos, lugar donde conoció al Niche. Luego me enteraría de que una noche este la siguió hasta la cueva buscando acceder a su sexo, y así fue como nunca más volvería a escapar de esa pocilga. Sin embargo, eso no era lo único que transportaba allí la hermosa Margarita. Camuflado entre trapos sucios también cargaba su infierno, su condena, la maldición que la sacó de una casa pudiente y religiosa —al borde del fanatismo— para dejarla deambulando por la cueva como cualquier otro fantasma en pena.

Derrotado, porque sabía que su inspiración lo había abandonado y que ya no iba a poder retomar lo que estaba componiendo, el Niche prendió su lorito, lo sintonizó y subió el volumen al máximo. Necesitaba distraer su cuerpo que comenzaba a

temblar y a sudar frío fruto de la corta abstinencia. Afortunadamente recibió una agradable sorpresa que le colaboró por un momento. El Joe cantaba una de sus canciones favoritas, una que siempre usaba de fondo cuando trabajaba con Canela a la salida del Palacio de los Eventos:

En los años mil seiscientos,
cuando el tirano mandó
las calles de Cartagena,
aquella historia vivió.
Cuando allí llegaban esos negreros,
africanos en cadenas
besaban mi tierra,
esclavitud perpetua,
esclavitud perpetua,
esclavitud perpetua.

—¡Esclavitud perpetua! —gritó el Niche con fuerza y sentimiento, pensando en la bolsita negra que había acabado de dejar en el costal.

—¡Mejor bailemos Canela que hace días no tiramos paso! ¡Estamos perdiendo la práctica, ya me estoy tullendo!

Mosquera la levantó de la cama para comenzar a bailar como bien sabía hacerlo, con el Pacifico y todos sus ancestros metidos adentro. Canela tenía puesto el vestido de gala, una blusa de licra negra muy apretada que le dejaba ver el contorno de sus senos exagerados, una chaqueta brillante como plata que le llegaba a la mitad de la espalda, y una minifalda de lentejuelas doradas. Él le tomó la mano y la puso sobre su cuello. Sus dedos adoptaron la forma de un rastrillo y le peinó bien su pelo rubio que estaba bastante descompuesto. Le acarició su rostro negro de ojos gigantes, nariz ancha y labios rojos. Le conectó los tacones a sus zapatillas y, antes de comenzar el baile, le dio un beso. —Gracias mi amor por todos estos años de trabajo duro —le dijo llevando un pie atrás y estirando el brazo como quien se dispone a bailar un tango. Luego contó hasta tres para coger el ritmo.

Cuando terminó la canción, el locutor en el radiecito anunció la hora y entró a comerciales. “Son las cinco y treinta y cinco, el Sonido de las Palmeras”, dijo. Mosquera tenía la camisa mojada por el sudor que le bajaba desde la frente hasta el pecho, y recibió con una venia los aplausos de la Loca del cochecito. Se soltó de Canela y fue a refrescarse con la ponchera recolectora de goteras. Allí, con su rostro reflejándose en el agua, se detuvo para ver un hombre derrotado por los químicos, pero a la vez vio también en ese reflejo la felicidad más pura y liberadora adquirida a través de la salsa y el baile, que en últimas también eran sus vicios. Esa fue una característica que marcó los últimos diez años de su vida, tiempo en que andaba tambaleándose por la cuerda floja que conecta los dos mundos. Desafortunadamente nunca lograba mantenerse en equilibrio y siempre terminaba cayendo hacia el vacío.

—Niche, regáleme pues algo —dijo la Loca del cochecito que se fumaba su dignidad en un pedazo de cigarrillo.

Y él, aun sabiendo que regalar esa bolsa negra era la mejor decisión, no fue capaz de hacerlo, simplemente cogió su costal, apagó la radio y se fue a la calle dejando a la mujer adentro.

Al salir de la pieza y bajar las escaleras, encontró algunos fantasmas de la cueva en un estado deplorable, regados por los corredores como si una macabra peste se hubiera posado sobre ellos. El Ñato, por ejemplo, le estaba armando camorra a los guayacanes con puñal en mano, y como era habitual, Cocoliso, con su delirio de persecución, andaba ocultándose tras las columnas de la casa, dejando ver solamente un ojo y media cara. Era evidente que ese treinta y uno la dueña había tirado la cueva por la ventana al repartir bolsitas negras por todas partes. El Niche cruzó la puerta y cuando salió a la calle, yo, que estaba tocando el esférico con Guanábana el de la pieza dos, vi que lo pescó con su silbido característico.

—¡Hey, Niche! ¿No va jugar? —le dijo lanzando la mirada entre las cejas mientras se amarraba el cordón de los Croydon que apoyaba sobre un Golty amarillo número cuatro —hágale que la patrona va patrocinar garrafa y caja de cerveza.

El Niche vio las porterías armadas con piedras y a los jugadores con cerveza en mano calentando los pocos músculos que apenas lograban forrarles los huesos. Pensó seriamente en jugar y vaciló un momento, pero el fútbol, según él pensaba, se jugaba en sano juicio o mejor no se jugaba. Entonces le hizo una seña a Chatarra y se fueron los dos de regreso hacia la Macarena, aparentemente buscando un poco de la tranquilidad que ya se le había perdido, aunque en el fondo Mosquera sabía que no era eso lo que encontraría. En realidad, quería destapar la bolsa sin que nadie le pidiera. Al llegar al sitio vio de lejos a una persona solitaria que parecía estar comiendo bajo el árbol donde a él le gustaba tomar la siesta. El Niche se acercó para confirmar que efectivamente se trataba de su amigo de la Ocho, Rogelio León Montoya, más conocido como el Ciego de Arrabal en el mundo de los espectros. El Ciego lo escuchó acercarse, y por el sonido que hacía Chatarra caminando y quebrando las hojas secas lo reconoció de inmediato.

—¡Qué hubo, Chatarrita! —¡Qué dice Niche! —dijo el Ciego ofreciéndoles una caja con papas cocinadas, mezcladas con arroz y carne.

—La verdad es que ya sí tengo hambre, Ciego, y ese marrano no lo matan hasta tarde.

—Bien pueda siéntese y coma para que luego escuchemos estallar los voladores y usted me ayude a imaginar los globos perdiéndose en el cielo. ¡Ármelo!

—No Ciego, eso no. Yo estoy tratando de...

—Usted y yo sabemos perfectamente a lo que vino. Si no, no estaría aquí conmigo...

—No Ciego, le juro que yo no vine a eso.

—No se haga el pendejo Mosquera. Cada fin de año con lo mismo. Y ahora que se despache en llanto no salga con el cuento ese de que se va pegar un tiro con ese pedazo de tubo viejo.

El Niche y el Ciego tenían los mejores recuerdos de la Navidad, pero en esa fecha específica de fin de año, cuando se dan por terminados los villancicos y los buenos deseos, a esas dos almas solitarias no les quedaba más remedio que juntarse en

ese peladero para compartir pesares y anesthesiarse hasta perder el sentido de la existencia y comenzar a decir incoherencias. El Niche con el cuento que se quería suicidar con un pedazo de cañería y el Ciego con lo de la pólvora. Por eso yo nunca supe bien a qué se refería el Ciego cuando escuchaba explotar los cohetes y decía que él sabía muy bien cómo se fabricaba la pólvora china, y menos le entendía cuando decía que él le había desprendido las barandas al puente de San Juan en una ocasión que quiso volarlo por los aires.

El Ciego, a pesar de tener sus lagrimales cauterizados por el accidente, sabía que a media noche trataría de llorar a cantaros para desahogar sus culpas. El problema es que sus lágrimas quedarían represadas y se transformarían en nuevas enfermedades que con el tiempo se sumarían a las que ya venía coleccionando. Según la Loca del cochecito el hombre era bien feo, me refiero al Ciego, claro. Le quedaban pocos pelos que le formaban una media corona en la parte trasera de la cabeza. Pelos grasosos y amarillentos que se negaban a desaparecer de su cuero y que él todavía se peinaba de vez en cuando con una peinilla plástica de bolsillo. El pobre se imaginaba más de lo que en realidad tenía. El hecho de que a sus pupilas se les hubieran difuminado la órbita, causaba en quien lo miraba a los ojos una impresión apocalíptica. Ese par de esferas amorfas podían llegar a ser terroríficas.

El Ciego de Arrabal siempre andaba con un bastón: la rama de un árbol con que se ayudaba para caminar por la avenida San Juan y llegar hasta el semáforo que marca la intersección vial con la calle setenta. En ese sitio se aprovechaba de la luz roja y de los carros parados para causarle pena a cualquier conductor con la capacidad de ver fantasmas y que le obsequiara unas cuantas monedas. Sin embargo esa tarde del treinta y uno, como era de esperarse, porque las familias comenzaban a reunirse en sus casas para celebrar, había pocos carros y las limosnas no llegaban. Lo único que pudo conseguir fue esa caja con sobrados que compartía con Mosquera y Chatarra frente a la Macarena. Desafortunadamente yo llegué cuando ya se la habían terminado.

Como el Niche lo supo desde un principio, y aunque peleó con toda su voluntad a lo largo del día, el contenido de la bolsita negra nos lo metimos por completo a los pulmones. Yo le ayudé con gusto acompañado por el Ciego, mientras el Sonido de las Palmeras sonaba en el lorito. Los tres quedamos completamente intoxicados por los venenos. Pasaron horas sin que pudiéramos siquiera hablarnos, solo destrozándonos las muelas y comiéndonos los uñeros mientras, postrados en la manga olvidamos quiénes éramos. Cumplimos nuestro objetivo. Ni siquiera pudimos levantarnos para ir a comer chicharrón, y la promesa del Niche de terminar de pasar el final del año limpio, al igual que cada año se fue al carajo. A las doce en punto, desde el cerro Nutibara, una pequeña protuberancia verde que la ciudad tiene incrustada en medio del asfalto, comenzaron con el lanzamiento de cohetes que pintaron el cielo de colores. Las detonaciones que parecían estallar justo sobre nuestras cabezas hicieron que Chatarra saliera corriendo despavorido y no regresara luego. También lograron que el Niche y el Ciego se despertaran del trance para abrazarse y desearse un mentiroso feliz y próspero año nuevo. Yo también lo hice luego. Entonces comenzamos todos, hombres fuertes y berracos, a llorar a moco tendido con la ciudad entera al unísono mientras que en el lorito y en cada radio del país sonaba esto:

Año nuevo, vida nueva
más alegres los días serán
año nuevo, vida nueva
con salud y con prosperidad...
Entre pitos y matracas
entre música y sonrisa
el reloj ya nos avisa
que ha llegado un año mas...
Las mujeres y los hombres
un besito nos daremos,
entre todos cantaremos
llenos de felicidad...

Mientras que el Niche contemplaba atónito la belleza de los colores en el cielo, logró ver, a pesar de tener todavía sus ojos empañados por las lágrimas, que la Loca del cochecito se aproximaba moviéndose más rápido de lo que su cuerpo daba. En ese instante un rojo que iluminó la escena permitió verle la angustia en su cara.

—John Jairo, muévase que pasó algo —dijo la Loca del cochecito respirando agitada —¡muévase, virgen santísima!

—¿Qué pasa, Margarita? ¡Cálmese!

—Fueron los de la trece, o los de la siete, no sé bien, yo solo los vi entrando a la pieza, todo estaba muy oscuro, no les pude ver las caras. ¡Estaban todos locos!

—¿Le pasó algo a Chatarra?

—No, a él ni lo he visto, fue a Canela.

—¿Canela? —el Niche se cargó de adrenalina al escuchar esa palabra —¿Qué paso con Canela?

—Se la llevaron de la pieza, la sentaron en una silla en mitad de la calle, le metieron pólvora por dentro y la prendieron.

El Niche comenzó a maldecir a medio mundo. Se postró de rodillas y se daba en la frente con la tierra cual mahometano en dirección a La Meca, mientras con sus puños llenos de rabia se daba golpes en el pecho.

—¿¡La prendieron como si fuera un muñeco de añoviejito los muy desgraciados!?

—Sí John Jairo, no pude evitarlo. Lo siento mucho.

El Niche corrió y corrió sin pausa hasta llegar a la esquina que daba a la cueva. Allí se detuvo al observar la imagen de Canela alumbrando con destellos y llenando de explosiones la cuadra entera. Tal como le dijo la Loca del cochecito, estaba solitaria en medio de la chusma como La Pola, la diferencia era que esta explotaba en mil pedazos, echaba humo blanco por su cabeza y ardía en llamas. Mosquera no podía creer que ese fuera el final de la compañera que estuvo a su lado en las buenas y en las malas durante tantos años, quien le había dado para comer y envenenarse por tanto tiempo. Lo peor era que él seguía ahí, estático, sin poder hacer nada más que contemplar la combustión

de su compañera. Quiso correr a buscar la manguera, pero eso, al igual que la paila, ya no estaban. Pensó en ir a la pieza por la ponchera de agua, pidió ayuda a gritos, pero nadie se conmovía, ni siquiera se incomodaban con su presencia. Los fantasmas de la cueva son gente que habita la tierra del no-me-importa-nada.

El Niche regresó a la Macarena sin poder levantar la cabeza y en un estado de conmoción severo. Nos encontró a la Loca del cochecito, al Ciego de Arrabal y a mí sentados, actuando como si no hubiera pasado nada. Esto se debió a que la Loca había conseguido otra bolsita negra que ya nos habíamos metido. Y no solo eso. Había aparecido con una botella de aguardiente robada. Luego supe que la había cambiado por Canela, pero es mejor no hablar de eso. El Niche se sentó cargando la derrota de otra batalla a cuestas. Se bebió media botella de un aventón y consumió lo que con tantas ansias el Ciego preparaba. Luego sacó de su costal la caja de galletas con las cenizas de su madre, la abrazó contra su pecho, se fue hacia el río y arrojó todo el contenido para que el viento y el agua se lo llevara. Regresó completamente desquiciado. Sacó de su costal el pedazo de tubería oxidada, consumió más veneno y se tomó el resto de lo que quedaba en la botella. Se metió el tubo de metal en la boca, bien adentro, lo mordió con fuerza y, según él, apretó el gatillo para terminar con esa maldita guerra que nunca ganaría.

Capítulo VI

“El Polvorero”, como apodaban en ese entonces a Rogelio León Montoya, sabía que por fin lo había logrado. Y lo sabía porque esa noche lluviosa del quince de enero del año 1991 acababa de salir del Tíbiri Tábara con un carriel lleno de dólares estampados con el rostro de Benjamín Franklin, personaje que le causó curiosidad, no por la cuestión de la cometa y los rayos, sino porque se parecía bastante a él. Sin embargo, y a pesar de ir levantando el trofeo, en el fondo no podía dejar de sentirse mal y con náuseas porque su alma ya le pertenecía al diablo. Había sido apenas unas semanas atrás, y justo después de un arduo trabajo que lo dejó alcoholizado y al borde de la demencia, que Rogelio pudo descifrar de manera empírica la fórmula y la técnica perfecta para compactar la pólvora, y para lograrlo, tuvo que sacrificar y dejar a un lado las tradicionales mezclas que le enseñaron a hacer su padre y sus abuelos en el rancho de Salinas, Caldas. Esa noche que caminaba con el carriel bien apretado bajo su brazo, todavía nerviosos y excitado al punto de llevar ensopadas las axilas. Mientras regresaba a su casa ubicada en el barrio Arrabal, su rostro sonreía hipnotizado por el olor a poder que desprendían los billetes, pero muy enterrado en su subconsciente el Polvorero sabía que debería estar llorando.

En algún momento de su trayecto, alcanzó a sentirse arrepentido por lo que había acabado de firmar con su palabra, y mientras se limpiaba con un palillo de dientes los restos de car-

bón y salitre de las uñas, pensó en regresar al Tíbiri para devolverle los “benjamines” a su dueño, pero sabía que si se atrevía a meterse en ese lío, mientras de fondo sonaba el *boogaloo*, le estallarían el tres ocho por debajo de la mesa en la cual negociaba su arrepentimiento. Y así, con un plomazo en los intestinos, terminaría su historia, con la gente viéndolo desangrarse como un perro callejero en ese sótano mal iluminado al cual le sudaban las paredes. Imaginaba en esa terrorífica escena sus palabras de auxilio atrapadas en el recinto al igual que los vapores producidos por los cuerpos que azotaban baldosa, pues ambos solo tendrían como único escape una ventanita de un metro cuadrado por la cual lograba verse a ras el asfalto de la carrera setenta, avenida de cuatro carriles y paseo peatonal con apenas un kilómetro de largo, un eje que conecta la Universidad Pontificia Bolivariana con el Estadio Atanasio Girardot.

En un pasado no muy lejano esta avenida tuvo sus minutos de gloria, aunque para los días en que Rogelio la recorría borracho podía irse pateando botellas de alcohol vacías y bolsas de basura acumuladas alrededor de los postes. Ya no eran las mismas calles residenciales de los setentas, no señor. En los noventas esas aceras fueron invadidas por hoteles, carros de frituras y comidas rápidas, casinos, charcuterías, bares y discotecas. Aquellos días en que las familias más pudientes de la ciudad salían a comer banano cubierto de chocolate en la tienda de los Uribe habían quedado lejos. Pero a pesar de las balaceras, el bullicio y el olor a berrinche acumulado en esas dos líneas paralelas, la setenta no dejó a un lado su importancia, solo que en la nueva década se hizo famosa por las transacciones macabras que se hacían bajo la luz de los *strobers* y el humo blanco con olor a chicle que envolvía como niebla las pistas de baile de todos sus bares y discotecas. En ese escenario, más específicamente en el Tíbiri Tábara, fue que un famoso candidato al congreso, de bigote tupido y peinado de lado, en calidad de representante legal del diablo en la Tierra, cerró trato con el Polvorero cuando le estrechó la mano diciéndole “no me valla a fallar con esta, Rogelio”.

Unos años más tarde la vieja guardia de la Macarena llamaría a Rogelio el Ciego de Arrabal, por razones físicas y por el lugar donde antes vivía: su apodo no era un apodo, era simplemente el desastre de su vida resumido en cuatro palabras. Arrabal estaba ubicado diagonal a la plaza de toros y separado de Barrio Triste por el puente y la avenida San Juan. Era un barrio pequeño apenas delimitado por cuatro o cinco cuadras. Se trataba de una especie de verruga de Barrio Triste. También estaba lleno de talleres, montallantas y acopios de carretas que conducían campesinos desplazados y sin empleo, dedicados a recolectar lo hallado en la basura para convertirlo en reciclaje.

Sin embargo, el ciego no era oriundo de esa verruga. Había nacido y pasado su niñez en Cielo Roto, como en términos bucólicos llamaban a los húmedos potreros de Salinas, Caldas, cuando este municipio apenas se componía de unas cuantas fincas, carreteras sin pavimento, un parque con dos cantinas y una iglesia que solo abría los domingos a las siete de la noche. Sus padres y abuelos eran campesinos reconocidos en la región porque supieron conservar una tradición polvorera que siempre les trajo el pan a la mesa y les proporcionó una forma decente de vida. Por este motivo, desde que Rogelio era un niño de cachetes rojos, sombrero aguadeño, azadón y botas pantaneras, aprendió a fabricar papeletas, tacos, voladores y recamaras, inclusive la pólvora china de colores, como redundantemente la bautizaron sus abuelos.

A sus ocho años Rogelio ya había dejado la primaria, no sin antes haberle enseñado a sus compañeritos cómo hacer cohetes con fósforos y pedacitos de papel aluminio. Su especialidad era mezclar carbón, azufre y nitrato de potasio. Poseía el talento innato de crear reacciones químicas así no entendiera de porcentajes ni fórmulas aritméticas. Todo lo desarrollaba con un sistema de medición basado en tazas de café. Y a pesar de no ser capaz de ubicar los elementos en la tabla periódica, memorizaba sus propiedades simplemente con llamar esos elementos por su color, y era posible que los identificara a distancia solamente por su olor. Gracias a esa tradición, considerada por él mismo

como su arte máspreciado, pudo sobrevivir a las dificultades cuando durante el gobierno de Laureano Gómez se hizo una “desinfección” del campo, de la cual resultaron sus padres acribillados dentro de su propio rancho, acusados de simpatizar con las ideas agonizantes del caudillo Jorge Eliécer Gaitán. Por eso Rogelio terminó a temprana edad sus tranquilos años de campesino, desterrado de su finca y viviendo como pobre en una casa de Arrabal, o más bien una pocilga que un viejo cliente de sus padres le rentó más por compasión que por negocio, cobrándole una miseria que apenas podía pagarle con lo único que sabía hacer, vendiendo explosivos de colores. Lo que nunca se imaginó el polvorero es que en esa pocilga que luego expandiría encontraría una efímera fortuna, y también que la fortuna no siempre significa alegría, como comenzó a entenderlo tras años de haberse convertido en ciudadano.

Con el pasar del tiempo Rogelio se hizo famoso en ese barrio porque a voz baja se comentaba que secaba la pólvora en el patio de la casa y que algún día iba hacer volar por las nubes la cuadra entera. La policía lo visito unas cuantas veces, y para tranquilidad de los vecinos, y frente a su puerta se veía la patrulla parqueada con las lucecitas de la sirena dando vueltas mientras los agentes hacían las pesquisas de rigor. Pero como no hay mal que por bien no venga, según decía el mismo polvorero, fue esa misma mala fama que recibió la que le sirvió para aumentar las ventas y pagar por debajo de la mesa los impuestos a los parásitos verdes, como llamaba Rogelio a los uniformados.

Gracias a la publicidad gratis y efectiva del chisme su pólvora no solo se hizo famosa en Arrabal sino en toda la ciudad. En los diciembres, cuando el canto de los villancicos era interrumpido por una explosión capaz de hacer vibrar las ventanas de la casa donde se rezaban las novenas, se solía decir que había sido “un taco de los de Rogelio”. Fue tan fuerte el rumor que voló por la ciudad y fueron tantas las exageraciones e inventos de la gente, que a comienzos de la década de los noventa, un nuevo cliente toco a su puerta.

—Don Rogelio, lo busca un cliente —le dijo Rosita, una de las cinco empleadas que contrataba desde noviembre y con la cual tenía un profundo romance que él creía secreto.

—¡Cuál cliente! ¿Serán los parásitos que ya vienen a cobrar? —dijo Rogelio sorprendido mientras ponía su encorvada espalda recta y dejaba al lado su copa de aguardiente—¡Pero si ya pagué todas las vacunas de este diciembre!

—No sé, este tipo de personas nunca lo había visto antes por aquí, pero parece gente importante. Hay tres camionetas grandes parqueadas afuera.

Rogelio, además de tapar la botella de aguardiente, no sin antes tomarse uno doble, hizo a un lado unos tubos de cartón que andaba relleno con pólvora, y se fue a mirar por la pequeña ventanita metálica de la puerta que servía para verificar la clientela. Ya lo habían visitado un par de atracadores antes, y con el efectivo que mantenía en la casa parecía que la situación iba a repetirse con frecuencia.

—A la orden, caballero. ¿En qué puedo servirle? —dijo Rogelio dejando ver solo sus ojos y la mitad de su pronunciada frente.

—Buenas noches, ¿usted es don Rogelio? —preguntó un joven de forma decente, pero metiéndole un tono contundente. Tal vez amenazante.

—Sí señor, el mismo. ¿Qué se le ofrece?

—Una cita de negocios.

—¿Qué sería? ¿Voladores, tacos, papeletas?

—No señor, el patrón quiere hablarle personalmente.

Y a pesar de la cara de sorpresa de Rogelio y de que sus cachetes se volvieron blancos y se enfriaron como la nieve, desde que Rosita le dijo que un cliente quería verle, ya presentía que su suerte iba a cambiar.

—Está bien —respondió Rogelio tratando en vano de parecer sereno—, ¿cuándo y dónde?

—Ahora mismo lo está esperando en esa Land Cruiser verde. Por favor salga y súbase.

—Ya salgo, un momento.

El polvorero de Salinas cerró la ventanita y también los ojos para masajearse los párpados haciendo círculos con el dedo pulgar y el índice.

—¿Pasa algo mi amor? Digo, don Rogelio — preguntó Rosita parada al frente y poniéndole una mano en el hombro.

—No Rosita, no es nada importante, encárguese del negocio que no me demoro.

Rogelio fue al baño, se lavó las manos y la cara con agua fría. Luego se dirigió a su habitación, sacó de su mesita de noche la billetera y de uno de sus compartimientos extrajo una estampita del Sagrado Corazón de Jesús, no sin antes darse la bendición con ella mientras le musitaba a ese papel plastificado: Dios mío, por favor, protégame. Volvió a su taller, abrió la botella y se tomó otro trago doble de aguardiente. Cuando le bajaba por la garganta escuchó la puerta nuevamente, esta vez los golpes sonaban más fuerte.

Al salir de la casa vio que la puerta trasera de la camioneta verde ya estaba abierta y se subió temblando, mareándose levemente con la mezcla de perfume y de ambientador para moteles atrapada en esos sillones.

—Buenas noches don Rogelio. Disculpe que haya venido así sin avisarle, pero yo soy un hombre que no se puede dar esas comodidades, ¿quiere? —dijo el hombre de bigote grueso, pelo negro y ondulado, peinado de lado, mientras le ofrecía un trago de whisky y abría una pequeña caja con una luz de neón adentro que iluminó los cubos de hielo. El polvorero se preguntó cómo era posible que un carro tuviera una nevera adentro.

—Dígame, patrón, para servirle —respondió el polvorero evitando toser, luego de beberse el trago de un solo golpe.

La camioneta encendió motores, algo inesperado que le explicó a Rogelio la verdadera dimensión del negocio en el que tendría que meterse en contra de su voluntad. El conductor se comunicó por medio de un *walkie-talkie* que no paró de sonar durante todo el viaje y se puso en marcha un operativo logístico que parecía diseñado para transportar al presidente de la república. Vio a través de la ventanilla oscura de la camioneta que

había otros hombres en motos de alto cilindraje, cada uno en diferentes esquinas del barrio, coordinando la interrupción del tráfico para que las tres camionetas pudieran pasar sin detenerse.

—Mire don Rogelio, voy a ser breve y directo porque no tengo mucho tiempo —dijo el patrón sirviéndole otro whisky— Me he enterado que lo han atracado un par de veces y eso sin contar los atracos y extorsiones de los tombos.

—Sí señor, más o menos dos veces por cada diciembre. Usted sabe que en esos casos ahí si la policía no aparece.

—Es que aquí la ley soy yo, y aparece donde yo la mande —contestó el hombre peinado de lado entregándole el whisky— por eso he venido, porque usted y yo podemos ayudarnos mutuamente. Yo puedo dar la orden ahora mismo, una llamada telefónica, y le garantizo que nadie le va volver a chupar la sangre, ni la policía, ni los ladrones, ni nadie. Pero a cambio necesito que usted me ayude, además que le voy a pagar muchísima plata en dólares.

—Sí señor. ¿Y qué se le ofrece? —respondió de la única manera posible.

—La Policía Nacional, bueno, nunca ha sido nacional, pero para que me entienda, ya son los gringos los que quieren joderme. Y ahora tienen nueva gente y perros bien entrenados. Estoy hablando de los verdaderos perros animales. Ja, ja, ja —los dos sonrieron con la broma y se relajó un poco el ambiente—. Los últimos dos atentados fallaron simplemente porque los perros olieron la dinamita y eso no puede seguir pasando, son demasiado grandes los explosivos que me toca mover. Además, ya no puedo confiar en mercenarios extranjeros, no con los gringos pisándome los talones.

—Pero patrón... —el polvorero quiso insinuar que no sabía de qué le estaban hablando. No podía creer que en menos de media hora, un campesino fabricante de tacos y voladores ya estuviera involucrado en asuntos internacionales.

—Silencio Rogelio, déjeme terminar que esto va ser breve. Necesito que me fabrique una bomba. Una que haga volar un puente y que la comprima tanto que pueda esconderla fácilmente.

—Eso es lo que iba a decirle patrón, con todo respeto, yo de estos temas no entiendo nada, a duras penas sé fabricar papeletas y voladores —dijo sabiendo que cualquier explicación sería inútil y viendo cómo la camioneta dejaba la setenta para voltear por San Juan y, por último, dejarlo en la puerta de su casa nuevamente.

—Eso no es lo que se dice en la ciudad de usted, Rogelio. Yo sé que usted sí puede, confíe en usted mismo —le dijo su nuevo jefe sobándole la cabeza medio pelada—. Usted sí puede.

Fue cuando Rogelio entendió que no le estaban proponiendo un negocio, le estaban dando una orden, una sentencia de muerte. Sin decir más palabras, porque Rogelio sabía que cualquier otro argumento estaría muerto antes de nacer, se bajó de la camioneta luego de estrecharle la mano al nuevo dueño de su existencia, sellando así su nueva posición como el artillero de la mafia. Al caminar de regreso hacia la puerta de su casa, vio a Rosita espiando por un espacio que abrió entre las cortinas. Por eso cuando iba a sacar las llaves para abrir la puerta esta se abrió automáticamente.

—¿Todo bien? —preguntó Rosita comiéndose el sobrado de uña que le quedaba en el meñique.

—Sí, todo bien —respondió Rogelio sin convencer a nadie.

Se dirigió hacia una mesa larga de madera que tenía en la última pieza donde preparaba sus menjurjes. Destapó la botella de aguardiente y bebió de ella directamente. Rosita, que venía siguiéndolo, cerró la puerta de la pieza y se recostó en ella mostrándole que estaba ahí para que el pudiera desahogarse.

—Le he dicho mil veces que no cierre la puerta, Rosita, que se acumulan los vapores. ¿O usted también quiere que volemos por los aires? —le dijo irritado, molesto.

Rosita abrió la puerta e iba a retirarse sin decir palabra, porque la actitud de Rogelio le dio a entender que no era el momento para abrir interrogantes, pero el hombre la detuvo simplemente pidiéndole disculpas. Ella comprendió que no era él quien actuaba, sino la presión que sentía. Por eso decidió abrir la válvula de escape.

—¡A ver, pues! ¡Cuente!

—No es nada, mi amor. Solo que me hicieron un pedido grande —dijo sabiendo que la mentira había germinado y que crecería descontroladamente. Sin embargo, dibujó en su rostro una maliciosa sonrisa—. Un pedido con el cual vamos a salir de pobres, y si todo sale bien, voy a poder regresar a la finca, vamos —corrigió abrazándola—. Por fin vamos a comprar una casa y después de esto nos retiramos a vivir tranquilos en el campo, donde yo siempre he querido. Pero le voy a pedir una sola cosa Rosita: nunca me haga más preguntas, es mejor que ni usted ni nadie se enteren de mis negocios.

—Yo solo le digo una cosa Rogelio, cuidado con lo que le pide al universo, porque eso puede venir y tocarle la puerta cuando usted menos lo piense.

—Además, quiero que a la niña no le falte nada cuando nazca, no solo cuando nazca, que nunca le falte nada.

—Deje la bulla Rogelio, este no es el lugar ni el momento para hablar de cosas como esas.

En vísperas y durante toda la temporada decembrina, en la casa de Rogelio se trabajaba veinticuatro horas, siete días a la semana. Las mujeres que despachaban y le ayudaban a fabricar la pólvora tenían que dormir por turnos, porque como el negocio era supuestamente clandestino, nunca había un letrero de cerrado colgado en la puerta, entonces los borrachines alebrestados podían llegar en la madrugada con el equipo de sonido del carro a todo volumen preguntando por docenas de voladores. Sin embargo, y a pesar del trabajo, Rogelio solía dormir como una piedra mientras Rosita se quedaba a cargo, pero luego del corto paseo que dio en esa camioneta verde con nevera, no se le vio dormir nuevamente. Detrás de las paredes de la cocina, o mientras se maquillaban en el baño, las mujeres se preguntaban entre murmullos si alguna lo había vuelto a ver tendido en su cama descansando, pero siempre concluían que el polvorero solo lograba dormir un par de horas sentado en la silla del taller, el resto del día se le veía paseando inquieto por la casa con su mente extraviada por las nubes, o por el infierno, ¡vaya usted a

saber qué pensaba el hombre! Nadie sabía con certeza lo que había pasado en esa camioneta.

Se la pasaba en la casa con un lápiz detrás de la oreja y una libreta de apuntes en el bolsillo, y cuando se le encendía el bombillo de las ideas, lo anotaba de inmediato, y luego, se metía un par de tragos dobles de aguardiente para celebrar la victoria y el alivio que le provocaba avanzar con su tarea. Las trabajadoras le atribuyeron el cambio en su personalidad al crecimiento de la barriga de Rosita y no les pareció sospechoso que en el transcurso de una semana visitaran el taller nuevos proveedores que traían costales llenos de productos que nunca habían visto y que Rogelio les prohibió tocar. Tampoco les pareció raro que Rogelio se reuniera en privado con gente que, por obvias razones, no estaba comprando pólvora.

Fue en esa Navidad sin sueño en la que Rogelio aceleró vertiginosamente su proceso de envejecimiento, el deterioro de su salud mental y la pérdida del pelo. A veces, cuando salía a comprar café y azúcar a la tienda de la esquina, parecía un loco recién escapado del manicomio. Con tufo, ojeras de perro San Bernardo viejo, ojos invadidos por vasos sanguíneos explotados, su bata de laboratorio sucia y llena de manchones, unas chanclas puestas al revés y tan lleno de pólvora negra hasta la frente, que cuando entraba a la tienda, los que estaban adentro fumando y tomando tinto se salían creyendo que el hombre lo que quería era suicidarse con un fósforo.

Un día, poco antes de terminar la temporada de diciembre, y en el que la mezcla de alcohol y café habían sustituido casi por completo el arroz, la carne y el huevo, de forma espontánea, el polvorero salió de la pieza directo a la cocina mostrando una sonrisa que ya se daba por extinta, allí le dijo a Rosita que preparara el mejor desayuno de su vida:

—¡Lo conseguí, Rosita, lo conseguí! Logré convertir y condensar el polvo en masa. ¡Quién se hubiera imaginado que una masa como la de esas arepas que usted está cocinando podría contener la pólvora de un barril entero!

La mujer no le prestó mucha atención porque en los últimos días solo hablaba incoherencias como esas, cosas de borrachos, como decía ella, y por ese motivo Rosita no pudo entender que en esa frase de la masa de las arepas estaba escondida la desgracia de sus vidas.

De la misma manera extraña como le habló a su amada en la cocina, entre frases que parecían acertijos, trabajando sin descanso y sumergido en la bebida, Rogelio logró terminar el mes y celebró con una botella en cada mano el entierro del año noventa y el nacimiento del noventa y uno. Año en que se inauguró oficialmente como alcohólico.

Al caer la tarde del quince de enero de ese nuevo año, las trabajadoras de la casa quedaron sorprendidas porque creyeron que Rogelio se había recuperado de su temporal locura o que por lo menos había dado un paso adelante para lograrlo, porque cuando estas empacaban sus bolsos para irse a la casa, pues la temporada se había vuelto más lenta, se quedaron mudas al verlo salir del baño sin su bata de laboratorio y sus chanclas. Estaba recién bañado, afeitado y bien perfumado. Sin embargo, todas las esperanzas salieron con él por la puerta cuando se puso el mismo saco y las zapatillas que usaba cuando se iba a beber a cántaros en la taberna El Chócolo. Pero esa noche su dirección no sería esa. Iba a cumplir la cita más importante de su vida en el Tíribi Tábara.

Bajo unas casi invisibles gotas de lluvia que le humedecieron los hombros, caminó por la avenida San Juan con su corazón bombeando a toda máquina. Podía sentirlo en el pecho trabajando a alta presión, en ocasiones tuvo que detenerse para tomar aire inclinando su torso, apoyando una mano en el muslo y la otra en la zona lumbar de los riñones, incluso disminuyó la cadencia de su paso a uno exageradamente lento para prolongar el tiempo sobre las siete cuadras que separaban Arrabal de la setenta, pero no hubo ningún remedio que lo ayudara, lo único que consiguió fue ponerse más nervioso mientras más atrasaba su encuentro con lo inevitable. Al escuchar el bullicio de la setenta comenzó a sudar y su rostro se puso brillante como el

asfalto mojado donde se reflejaban las luces de neón, los semáforos y las farolas de los carros. Al doblar la esquina que conecta San Juan con la setenta, vio un vendedor en su carro de comidas rápidas atizando las brasas con la tapa de una olla, el olor de las tripas de gallina fritas le revolvió el estómago y sintió ganas de vomitar y de cagar al mismo tiempo. Sin embargo, controlando la respiración y estrangulando los intestinos, logro pasar un casino, un banco, un restaurante, y un hotel, para finalmente pasar la calle y llegar al Tíbiri Tábara.

Antes de entrar al bar miró alrededor con mal disimulo y no vio ningún movimiento extraño. No había motos de alto cilindraje ni camionetas con vidrios negros parqueados sobre el pavimento, entonces su estómago capituló y él celebró la tregua sobándose con ambas manos mientras imaginaba el aguardiente con el que lo llenaría en un momento. Inmediatamente atravesó la puerta sus hombros se sacudieron involuntariamente al escuchar los timbales y tambores retumbando en el sótano. Al bajar la tercera escalera reconoció al Cantante de los Cantantes pidiendo al espíritu yoruba la limpieza del hogar: “Aguanile, Aguanile may may, Aguanile, Aguanile may may”. Al bajar a la quinta escalera sintió en su rostro el calor emanado por los cuerpos bailarines.

Ya al terminar de bajar las escaleras el pelambre interior de su nariz se movió con el olor mezclado de los ceniceros llenos de colillas, los pegotes de cerveza seca sobre las mesas y el del orinal que lograba evadir los hielos y la pastilla de ambientador para pasearse libre y a su antojo por el salón. El sitio era un rectángulo tridimensional y las escaleras de acceso se ubicaban en una de sus esquinas. Estaba iluminado por tres bombillos moribundos pegados de tres ventiladores de techo que causaban un efecto hipnótico a quien se percatara de su existencia. Las paredes amarillentas, que alguna vez fueron blancas, estaban adornadas con cuadros de cantantes famosos de salsa y tango, perros jugando billar, un hombre que terminó flaco y en la ruina por vender a crédito y otro gordo y millonario por vender al contado, advertencias de “hoy no fío, mañana sí”, y como

protagonistas principales del revoque y el estuco, las banderas de los equipos de fútbol locales y los respectivos afiches con las alineaciones titulares que ganaron los campeonatos. En uno de ellos la mayoría de los jugadores ya estaban muertos. El resto de las paredes vacías había sido llenado con cientos de fotos que ocultaban los efectos dañinos del humo y la humedad en la pintura. Dartañán, un viejo canoso y mal confeccionado, de bozo curtido como el mismo color de las paredes, sobrevivía vendiendo rosas a los enamorados, electrocutando valientes con su cajita de manivela y tomando fotos con su vieja Polaroid.

Él se había encargado de darle unos minutos de fama a los clientes colgando en las paredes los retratos que les tomaba por unos pesos. En el área inmediata a las escaleras cabían cómodamente ocho mesas de metal, cada una con cuatro sillas que publicitaban licor en su espaldar, luego había un espacio vacío que hacía de pista de baile y en lo más profundo de la figura geométrica había una tarima pequeña, en la cual los artistas debían tener cuidado con no dar un salto porque podrían romperse la cabeza con el concreto desnudo del techo. A un costado de las mesas estaban los dos baños y la barra principal donde solo cabía un tocadiscos, una consola, un refrigerador y el Indio, un albañil convertido en barman con una cara que explicaba su apodo, buen anfitrión este, con el poder casi sobrenatural de adivinar, según la cara, lo que iba a pedir cada cliente.

—¿Guaro? —le preguntó el indio a Rogelio cuando este apoyó sus manos en la barra.

—Sí, pero una botella que hoy no es una noche cualquiera.

Sentado en una de las cuatro butacas de la barra, Rogelio se tomó el primer trago doble y sintió que una bola de fuego le quemó el pecho y la garganta. Tomó agua para apagar el incendio, pero los ácidos estomacales mezclados con el anís ya le subían por el esófago convertidos en agriera. Entonces el malestar le recordó que el motivo por el cual estaba allí sentado no era precisamente algo agradable como bailar o buscar amores. El Polvorero volvió entonces a perder el control, sudó intensamente y notó que en su camisa tenía una mancha larga bajo las axilas. Su cuer-

po y las palmas de sus manos estaban frías. Bebió el segundo y el tercer trago, uno empujando el otro, creyendo que más alcohol iba a relajarlo, pero esa medicina auto recetada no le causó ningún efecto positivo. Tuvo la idea de que el patrón tal vez habría enviado a uno de sus lacayos encubiertos para estudiar el terreno, y analizó a los bailarines en la pista de baile buscando que algún sospechoso se delatara con su mirada, pero todos tenían una simple cara de universitarios revoltosos y mariguaneros. En las mesas solo vio los borrachines bohemios de siempre y en la oscuridad de los rincones a los señores de corbata con sus mozas jugando a ser adolescentes. Estudio cada personaje creyendo que inclusive el hombre peinado de lado podría estar camuflado entre los asistentes, pero del patrón todavía ni rastro. Pidió entonces al cristo colgado en la pared tras la barra que la transacción nunca ocurriera, porque a pesar de estar orgulloso de sí mismo por haber conseguido la fórmula, ya no quería recibir la plata.

Capítulo VII

Los arquitectos Elías Zapata y Apolinar Restrepo nunca imaginaron, como es habitual, que con sus planos meterían en tantos problemas a los ingenieros encargados de ejecutar su obra. Ingenieros que aplicando los teoremas de la geometría analítica lograron levantar en concreto y varilla corrugada una cadena de paraboloides hiperbólicas que la iglesia La Consolata, ubicada en el Barrio Laureles de Medellín, llevaría por techo. Pero mucho menos imaginaron Zapata y Restrepo que veinte años después, bajo esa extraña estructura que parecía más una carpa de circo que un templo, la distinguida señorita Margarita Mejía Botero pasaría de la felicidad a la tristeza más intensa de su vida en cuestión de minutos.

Márgara, como afectuosamente la llamaban sus padres y conocidos, no había podido dormir la noche anterior. En realidad llevaba más de una semana durmiendo mal. El vestido blanco, las flores, el cura, las mesas, las decoraciones, los votos, y muchos otros preparativos, incluyendo la pérdida de su virginidad, se habían encargado de ocuparle la mente a la hora de cerrar los ojos. Sin embargo no se trataba de un tormento. Por el contrario, ella acostada en su cama con una sonrisa bien dibujada, se ausentaba mirando la foto de su amado pegada sobre el espejo del tocador y quedaba encantada mientras imaginaba lo perfecta que sería la fábula de amor que protagonizaba.

La campanilla del reloj de cuerda sonó a las cinco de la mañana, y aunque la boda estaba planeada para las cuatro de la tarde, para el instante en que ella escuchó el ring-ring, ya estaba frente el espejo del baño buscándose imperfecciones en el rostro. Hacia las diez de la mañana su casa estaba llena de gente trabajando en los detalles, incluyendo un par de periodistas pagados por el padre, encargados de registrar cada momento del día y de hacerle a la hija del político una entrevista para las paginas sociales de El Colombiano. Llegado el mediodía, con su pelo recogido y rígido debido a las recargadas capas de laca con que fue moldeado, la comprometida salió al balcón con un té en la mano para ver cómo había quedado decorado el Lincoln K 1930 que su padre alquiló y que la llevaría primero a la iglesia para luego desplazarse al aeropuerto Olaya Herrera, otra estructura cubierta por parábolas e hiperboloides. Para llegar a la iglesia el vehículo no debía recorrer más de cinco cuadras, porque la casa de los Mejía Botero quedaba en el mismo barrio Laureles, a unas ocho cuadras de la setenta, pero en la dirección opuesta de Arrabal.

Desde su balcón saludó a los curiosos levantando las cejas. Al mirar hacia arriba para corroborar si el cielo estaba despejado, también vio a los vecinos del edificio del frente que atentamente estudiaban cada movimiento desde sus ventanas. En realidad, el barrio entero, que ya se había enterado del chisme, se paseó frente a la casa. Todos sabían que la hija de don Roberto Mejía, con seguridad próximo alcalde de la ciudad, se casaría esa tarde y nadie quería perderse semejante acontecimiento.

Don Roberto, doña Beatriz, y su única hija, Margarita, vivían en una reconocida casa que fue construida en la década de los sesenta, cuando la competencia por la opulencia era dura en el barrio Laureles. A don Roberto le gustaba y solía jactarse de la casa con la alta alcornia en el Club Medellín, pero quién pudiera imaginarse que fue Asdrúbal Jiménez, un lustrador de botas, el que se la vendió. De este arriero recolector de café que dejó su mula en el municipio de Fredonia para venirse a la ciudad a hacer brillar el cuero con betún y cepillo, se comentaba

que ejecutaba de una forma tan cuidadosa y perfecta su trabajo que un cliente alemán le regaló, solo por el cariño que le tenía, una fórmula química para que fabricara su propio betún. Pero el montañero vio una oportunidad tan grande de negocio, que al paso de unos años había demostrado su éxito construyendo esa vivienda conocida popularmente en la ciudad entera como la Casa del Millón, un lugar que se convertiría en recinto de eventos y finalmente en los escombros que representarían a la perfección la desgracia de los Mejía Botero. Pero eso vendría luego, porque para el día en que la señorita se tomaba su té en el balcón, luciendo su pelo tieso, la vivienda cumplía con todas las condiciones para elevar hacia el espacio la vanidad de don Roberto. Era inevitable no desviar la mirada cuando se cruzaba por la esquina completa que ocupaba esa casa e imaginar en su interior al lustrabotas en bata y pantuflas viviendo como un pachá. Los afortunados que habían visto el interior contaban y exageraban cada detalle cuando les daban la menor oportunidad. En el patio trasero, sobre una de las cuatro paredes blancas, sobresalía esculpida en bronce una cabeza de león rugiendo, y de su boca salía el agua que llenaba la piscina.

A un costado había una mesa redonda de hierro forjado atravesada por el vástago de una sombrilla, lugar donde don Roberto se reunía de manera informal con los colegas del Partido Conservador y más a menudo con el cura Eduardo, su confidente y consejero, también encargado de regentar la iglesia de La Consolata. Antes de salir al patio había una sala amplia con un escalón que elevaba la casa a una posición más alta que la de la piscina. En el interior tenía baldosas blancas con incrustaciones de diminutas piedras grises y negras que reflejaban la luz como un espejo. Los sillones que la ocupaban eran largos, cómodos y de cuero blanco. Decorando las paredes siempre había crucifijos, gruesas camándulas de madera, cuadros de la virgen o de Jesucristo, amenazando siempre con cruzar la delgada línea que separaba a la familia de la religión y el fanatismo. Al lado de la entrada principal, purificando las almas de todo aquel que entrara a la casa, había un atril de roble sosteniendo

una Biblia abierta en la página que correspondiera al salmo de ese domingo. Un cirio que consumía su parafina sin descanso y un pequeño recipiente cerámico con agua bendecida por el cura Eduardo.

Como un actor principal en el escenario de la sala aparecía iluminada e imponente una escalera de mármol en espiral que conducía al segundo piso. Su protagonismo exagerado podría atribuirse tal vez a la baranda dorada que con sus formas de arabescos barrocos protegía a quien subiera hacia las tres habitaciones o a los dos baños del segundo piso, lugar del cual pocos podían dar detalles y siempre terminaban decepcionando al público que los escuchaba atento en las reuniones. Continuo a la sala estaba el comedor, donde una mesa antigua de madera maciza, decorada con remaches de hierro y con sus gruesas patas talladas, evocaba los tiempos en los que los caballeros teutónicos se sentaban a llorar su derrota ante el Islam en Tierra Santa.

Pasando ese comedor estaba la cocina que parecía en sí misma otra casa más pequeña, dentro de ella había dos habitaciones donde vivían las dos sirvientas permanentes que se la pasaban sacándole brillo a las copas de bronce, candelabros y artículos de consagración que le traía a don Roberto el cura Eduardo cada vez que viajaba a Europa. Por fuera la fachada de la casa estaba adornada con pedazos de mármol gris y un balcón construido en piedra. El techo estaba forrado en teja de arcilla y sostenido por poderosas vigas de madera. Tenía ventanales gigantes al lado de la escalera que ocupaban desde el suelo hasta el techo, en la base de la estructura estaban los dos garajes dobles de puertas blancas que acompañaban la puerta principal, y en su antejardín se encontraba la escultura de bronce que evocaba a un guerrero romano en su carruaje, tirado por cuatro caballos que levantaban todas sus patas delanteras.

Entre la romería pública salió la novia de la Casa del Millón con su vestido blanco y porte de princesa. Su madre le recogía la cola del vestido mientras soportaba sus pasos en el brazo de su padre. Los tres se pararon bajo instrucciones del fotógrafo al lado del esbirro en su carruaje y se tomaron las fotos de rigor para el

álbum de la boda. Luego del preámbulo, de gritos y aplausos, la novia y su familia se montaron al antiguo Lincoln, después de que un chofer elegante les abriera las puertas. En la amplia silla trasera se sentaron los tres y cuando el carro arrancó, la felicidad infinita que transmitía la novia los dejó a todos conmovidos y suspirando. Algunas mujeres estuvieron a punto de reventar en llanto.

El vehículo clásico recorrió con paso de tortuga y seguido por una caravana las calles estrechas que separan la casa de La Consolata. Al llegar allí, el resto de la familia y otros curiosos más formaban un tumulto tras las rejas del jardín que bordeaban la iglesia. Todos estaban afuera, todos querían verla bajar del vehículo para poder por fin compartir en voz baja los aciertos y las decepciones.

Cuando la novia tocó con su primer tacón el suelo, la única en atreverse a darle la noticia fue su tía Amparo.

—El novio no ha llegado todavía, Mágina —le dijo al oído y en voz baja con su cara desconsolada—. Pero no te preocupes. Debe ser que tuvo algún inconveniente, tu suegra dice que viene en camino.

En ese momento los flashes de las cámaras disparando, y los ojos de la gente que la seguía atentamente en cada uno de sus pasos, se transformaron en cuchillos que punzaron todo su cuerpo. La sonrisa desapareció de su rostro inmediatamente y las lágrimas de felicidad que quiso soltar cuando arrancó el carro comenzaron a vinagrarse.

—No te preocupes, hija, ya aparecerá ese desgraciado —le comentó su padre entre dientes y fingiendo una sonrisa mientras ella continuaba caminando apoyada en su brazo.

La mujer atravesó la puerta de la iglesia y vio al cura Eduardo al fondo, esperándola en el altar con su cara de angustiado junto a los dos ramos gigantes de rosas blancas. Los invitados y los entrometidos, que no querían perderse el final del acto, fueron acomodándose en las bancas de la iglesia, todos buscando su mejor ángulo. La novia, que cargaba ya en su corazón un molesto vacío, lo iba ampliando con cada paso y seguía evitando pronunciar alguna palabra para no estallar en llanto. A su alrededor podía

escuchar cómo a medida que se acercaba al altar iba aumentando el volumen de los murmullos entre los invitados.

—Hija mía, tienes que ser fuerte y tener paciencia. Dios sabe cómo hace sus cosas. Él actúa de forma misteriosa —le dijo el cura Eduardo cuando esta finalmente se paró sola frente al altar con sus esperanzas hechas pedazos.

Pasaron los cuarenta y cinco minutos más incómodos en la vida de Margarita, quien no podía ocultar su desconcierto bajo el velo blanco. Y no fue más tiempo, porque afortunadamente la madre de su prometido se dignó a terminar con la vergüenza y el sufrimiento.

—Por fin pude comunicarme con mi hijo, y me dijo que no vendrá, lo siento.

Fue allí cuando la princesa no pudo contener más la presión y con un grito levantó el velo blanco que le tapaba la cara. El alarido que dio espantó a las palomas del techo, que salieron volando. Luego del estallido, Margarita dejó escapar el llanto, se quitó el velo y lo tiró al suelo, lo pisoteó con sus tacones para luego quitárselos, recoger la cola del vestido y poder salir corriendo en dirección al carro. Los invitados alimentaban su morbo viendo una dramática telenovela en vivo y en directo.

Capítulo VIII

En algún día no especificado del mes de septiembre del año ochenta y nueve, mientras el alumbrado público calentaba sus bombillos de mercurio para iluminar las calles de Medallo, John Jairo de la Cruz Mosquera comenzaba eufórico su caminata hacia la gloria. Bajo unas nubes grises que amenazaban con mojarlo, salió desde el parque de Berrío para dirigirse hasta la taberna Oro Sólido, ubicada en la setenta, muy cerca del estadio Atanasio Girardot.

Allí presentaría por primera vez su acto a ver si gustaba y le daban un contrato fijo, o por lo menos esa era la esperanza que le vendió su amigo Peluche, quien lo había recomendado con un amigo que a su vez era amigo del dueño de aquella taberna. Mosquera no solo tenía la esperanza de que por lo menos le dieran el trabajo que necesitaba con urgencia, si no que por fin alguien descubriera su talento de compositor, bailarín y cantante de salsa. El trabajo que fuera lo necesitaba con urgencia porque en el Parque Berrío, donde se rebuscaba unos pesos a diario, ya los habituales transeúntes se aburrían de su acto, pero sobre todo porque el sitio se había llenado de nuevos campesinos que con sus interpretaciones musicales se llevaban en sus sombreros las pocas monedas y escasos billetes que antes solían corresponderle al Niche.

El problema era que esos desplazados que le habían quitado el puesto cantándole al despecho acompañados del tiple y la gui-

tarra se seguían multiplicando como ratas. Eran viejos y viejas de caras y voces arrugadas que, con sus ponchos sucios y uñas largas, causaban más compasión que un negro con una muñeca de trapo bailando salsa. Por eso el Niche ya imaginándose parado sobre una tarima de una taberna iluminada por celofanes, caminaba por el centro dando pasos cargados de alegría y entusiasmo, inclusive arriesgaba su vida atravesando las calles de manera automática. Iba distraído sin mirar a los lados y sin esperar el cambio del semáforo que le mostrara la figura del hombrecito verde en posición de caminar. Eran las seis y media de la tarde y el Niche cargaba como de costumbre en una de sus manos un maletín de cuerina ya casi deshecho por el tiempo. Ese maletín era el hogar permanente de Canela, una de sus pertenencias más preciadas. En la otra mano, que siempre llevaba pegada al oído, cargaba su inseparable lorito donde sonaba

Como mi madre, no existe alguna,
mas quedan unas que si merecen que tu les dé,
la fortaleza, para esas luchas,
que con sus hijos día tras día debe ejercer.
Ellos se matan, ellos se roban
ya ni respetan la que es esposa del amigo fiel,
malditos vicios, que los ahogan,
se han vuelto roca, ¿por qué?, ¿por qué?

Él escuchaba y a la vez cantaba en voz alta. Al alejarse de las entrañas del centro caminando por Junín para tomar la calle San Juan y bajar directo hacia su destino, se fue mirando fijamente las montañas que se alzaban sobre la ciudad como colosos vigilantes del ladrillo y el cemento. Sin embargo, no eran esas montañas ni las nubes que cubrían sus cimas lo que lo distraía, más bien en los laberintos de su mente se movía la esperanza de que por fin conseguiría convertirse en un artista, tal y como se lo prometió a su madre, otra de sus pertenencias más preciadas y que también lo acompañaba en su maleta, metida en una lata de galletas.

Peluche, quien le guardaba en el cajón de su ventorrillo las cuatro pilas Varta, el walkman y el baffle con el que amplificaba el sonido, era un hombre con un color de piel extraño, parecido al del chocolate caliente, comparable solo con la piel que se produce en el país que jamás pudo hallar el genovés Colón. Su pelo permanecía parado y brillante todo el tiempo sin necesidad de gel. Parecía llevar siempre en su cabeza un gorro de cosaco. Su cuerpo era velludo por todas partes y su cara era perfectamente redonda gracias a sus cachetes rellenos. Era como una bestia, pero tierna.

Este personaje se había convertido en el único amigo del Niche porque desde el día en que este llegó a buscar fortuna trabajando su arte en el parque Berrío engañaba su hambre y su sed con los salpicones y el guanabanol que Peluche vendía en su carrito, bebida preparada en un tanque de acero inoxidable sobre un cajón de madera, a su vez conectado y soportado por una cercha soldada al manubrio y al marco de una bicicleta. Así que con los fiados diarios de las bebidas comenzaron conversando sobre el clima y con el tiempo terminaron contándose algunas de sus más profundas intimidades. A simple vista Peluche, tras su delantal blanco salpicado de papaya y banano, parecía un hombre bueno, o más bien un alma arrepentida de la cual el Niche nunca sospechaba porque su ingenuidad y su nobleza no se lo permitían.

—Le tengo buenas noticias Niche —le dijo Peluche esa mañana de septiembre mientras le estrechaba la mano para saludarlo.

—¡Cuenta a ver! —respondió el otro árido y desganado, creyendo que como siempre lo hacía Peluche solo estaba bromeando con un comentario relacionado con el fútbol.

—Pero deje esa cara hermano, ¿desayunó alacranes?

—Ojalá hubiera desayunado... Perdóneme Peluche pero es que aguantar hambre es muy verraco y a noticias buenas yo no estoy acostumbrado.

—Mire que ayer me encontré con un viejo amigo que no veía hace rato y me invitó a que nos tomáramos unos tragos. Es un hombre de negocios y está lleno de plata, por eso entre chorro y

chorro no perdí la oportunidad para hablarle de su situación y le pedí que le diera una mano.

—¿En serio? —a través de sus ojos se pudo ver que su alma se iluminó de inmediato— No Peluche, no se hubiera molestado, ¡qué vergüenza!

—Es muy probable que le dé trabajo. Cuando le conté que usted venía de Urabá, me dijo que parecía ser lo que estaba buscando.

—¿En serio? —respondió el Niche cogiéndose la parte trasera de la cabeza con ambas manos y mirando al cielo buscando entre las nubes a Dios para agradecerle—. ¿Y dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo se llama?

—Le dicen el Míster.

—¿Un gringo?

—No, cuál gringo...en el barrio le dicen así por misterioso, nadie sabe bien qué es lo que hace o dónde es que se mete.

—¿Cuándo? ¿Dónde?...

—Eso sí Niche, así me gusta verlo, sonriendo y mostrando esos dientes blancos. Esta misma noche quiere entrevistarlo en una taberna que se llama Oro Sólido. Mi amigo conoce bien a un amigo del dueño

—¿Se imagina que además del baile le interesen mis canciones? —respondió el Niche mientras sacaba de su maleta la caja de galletas para besarla con los ojos cerrados—. ¡Yo le dije maldrecita que iba a lograrlo! —se dijo a sí mismo.

—Yo no puedo prometerle que sea para que baile o que cante. Él solo me habló de darle un trabajo.

—¡Pues de ilusiones vive el hombre! ¿No? —dijo el negro y regresó a su sitio mordiéndose levemente la falange del dedo índice.

Ese día bailó hasta que con sus zapatillas le sacó fuego al cemento. Al final de la jornada terminó con su sombrero cubano y su camisa de seda emparamados como si hubiera trabajado bajo un aguacero, y mientras empacaba a Canela en la maleta descubrió que casi le saca el algodón de la cabeza. Poco o nada le importó que los ancianos del tiple y las alpargatas le quitaran

los clientes y que en sus bolsillos solo terminara con monedas y nada más que dos billetes. Mucho menos se inmutó por tener que caminar desde el centro hasta la taberna. Por el contrario, y animado por el buen semblante que se había apoderado de él, era mejor, porque quería sentir propias las calles de la ciudad que le daría la oportunidad de cumplir el sueño que lo obligó a salir del golfo.

Eran casi las siete de la noche y el Niche todavía tenía dibujada en su cara la brillante sonrisa blanca que le regalaba su dentadura perfecta. A esa hora, luego de recorrer media avenida San Juan cargando su maleta, llegó a la cruz que forma esta calle cuando atraviesa por el centro a la carrera setenta. En ese instante las nubes descargaron su primera amenaza con una llovizna que obligó al Niche a guardar el sombrero y el saco de paño. Caminó apresurado mientras se pegaba a las paredes de las edificaciones para no mojarse. Las instrucciones y el mapa dibujado en una servilleta que le había dado Peluche fueron fáciles de seguir. Junín con dirección a San Juan, San Juan con dirección a Barrio Triste, cruzar el puente de la Macarena que conecta el centro con Arrabal (en ese momento el Niche todavía no podía ver el nido de fantasmas que habitaban allí abajo, y menos imaginar que esa noche comenzaría a convertirse en uno de ellos), caminar recto y doblar a la derecha con dirección al Estadio en el cruce de San Juan con la Setenta; después cuatro o cinco cuadras, a mano derecha vería un letrero amarillo, grande y brillante. En caso de dudas siempre podría preguntarle a doña Patricia, le escribió Peluche, la mujer de pelo rojo y rostro destruido por el acné que sagradamente permanecía sentada junto a la entrada con su cajón verde vendiendo chance.

—Buenas noches. ¿Esta es la taberna Oro Solido? —preguntó el Niche a la chancera, cuidando que la lluvia no mojara la información escrita en la servilleta.

—Si señor, ¿no sabe leer? ¿No está viendo el letrero?

—Vengo para una entrevista de trabajo, recomendado por Peluche.

—¿Quién? Yo no conozco a ningún Pelu... ¿Quién?

—Estoy buscando al Gringo.

—¿A quién? ¿Cuál gringo? —por primera vez la chancera paro de escribir en su libreta, para mirar al Niche a la cara. Parecía ya enfadada.

—Al gringo no, quise decir al Míster. Perdona es que estoy un poco nervioso por la entrevista.

La chancera estudió al Niche de pies a cabeza y en silencio pensaba qué podría llevar semejante infeliz en esa extraña maleta. Finalmente, con un leve movimiento de cabeza y labios le indicó al Niche que pasara, se mojó las yemas de los dedos con la lengua, fijó su mirada en la libreta y comenzó a pasar las hojas nuevamente.

El Niche atravesó una puerta de garaje doble para sumergirse en una niebla de discoteca. Pudo sentir al instante cómo la música le entró por los oídos y le salió por los poros poniéndole la piel de gallina.

No siempre está satisfecho
el hombre con lo que tiene,
si muchos son los derechos
muchos también los deberes,
a veces lo más deseado
es una fruta podrida.
Ni poco ni demasiado
todo es cuestión de medida.

Era la canción que sonaba al instante en que Mosquera se sentó en la barra. Lo primero que lo sorprendió fue que el sitio ya estaba lleno a pesar de que la gente a esa hora debería estar llegando apenas a sus casas. Debe ser porque es quincena, pensó. Quincena que él no había recibido y que le provocó una envidia que le borro temporalmente su sonrisa. Lo primero que hizo fue cantar en voz alta para recuperarla, “ni poco ni demasiado, todo es cuestión de medida, ni poco ni demasiado todo es cuestión de medida...”. Con un pañuelo que siempre cargaba en su bolsillo

trasero se secó la humedad restante de sus hombros y el poco de agua que logró colarse entre su pelo casi impermeable. Descargó la maleta en el suelo y puso sus pies sobre ella, esculcó en sus bolsillos y solo encontró las monedas y los dos billetes refundidos entre papelititos que siempre le repartían en el centro publicitando brujos, chamanes y masajes sensuales.

—¿Si? —le preguntó el hombre tras la barra—. ¿Qué se le ofrece caballero?

—¿Podría regalarme un vaso de agua, por favor?

El hombre sacó un vaso desechable, lo llenó con agua de la canilla y se lo puso en la barra.

—Gracias, disculpe ¿Puedo preguntarle algo

—¿Si?

—Es que estoy buscando al Míster, tengo una entrevista de trabajo.

—¿Quién lo busca?

—Mi nombre es John Jairo de la Cruz Mosquera, pero me dicen el Niche. Él no me conoce, yo vengo recomendado por Peluche. Como le digo, es para una entrevista.

—Al Míster todavía no lo he visto pero debe estar que llega. Cuando lo vea yo le aviso. —El camarero se retiró porque en la barra se sentó otro cliente al que le dijo: —ni la mire viejo que esa es una de las mocitas del Pitufó.

El Niche al escuchar el comentario miró por curiosidad a la mujer que estaba sentada en la mesa, y efectivamente también quedó atrapado por su belleza. Entonces pidió dos copas del mejor whisky con hielo. Con ellas en las manos se paró de la barra, cuerpo recto y sacando pecho. Sin importarle el evidente olor a humedad de su ropa mezclada con sudor, se organizó bien la camisa de seda, abrió la maleta, tomó el saco de paño y el pañuelo que cargaba en el bolsillo trasero del pantalón para meterlo en el bolsillo frontal y darse un toque elegante. Se dirigió decidido hacia la mujer que sola se fumaba un cigarrillo mientras hacía un carrizo sensual.

—Discúlpeme señorita. ¿Le molesta si le hago compañía?
—dijo el Niche mientras descargaba sobre la mesa los dos vasos de whisky.

—Por supuesto que no —le contestó la mujer sonriendo y mirándolo a los ojos—. Me alegra que todavía existan caballeros.

—¿Bailamos?

El Niche, con una venia exagerada, casi teatral, se inclinó y le ofreció su mano izquierda a la dama mientras ponía la derecha tras su espalda, parecía que fuera a bailar un vals en el Hermitage y no una salsa en Oro Solido. La mujer vaciló un instante, pero finalmente sucumbió ante la sonrisa de labios gruesos. Los dos se fueron directo al medio de la pista donde el calor era más intenso, y bajo los bombillos y los láseres moribundos bailaron mientras él le cantaba al oído la canción que sonaba:

Que milagro verte aquí,
pensé que más nunca te iba ver
dijiste que había otros amores
que querrías conocer,
ya te habías ido por perdida,
ahora a mi lado quieres estar,
debes saber que aquellos errores
tú lo tienes que pagar.
No quiero causarte dolor
pero como yo tú lo tienes que sentir,
eso no se llama injusticia
eso sí se llama vivir...

El Niche se movía con toda confianza atrapado por el humo que envolvía la pista. Por primera vez, desde que llegó a la “ciudad de la eterna primavera”, bailaba con una hermosa mujer de carne y hueso y no con una muñeca de trapo, estopa y algodón. La bella mujer no podía dejar de reír mientras daba vueltas bajo los brazos del negro, y este, casi al finalizar la canción, supo que era la mejor oportunidad para cruzar la línea. La tomó por la cintura con ambas manos para apretarla fuertemente contra su cuerpo, el delicioso perfume que emanaba del cuello blanco de la mujer lo convirtió en un loco sin freno, y una agradable sensación le bajó desde la nariz hasta sus genitales, conectando

por medio del aroma los dos cuerpos. Quiso besarla apasionadamente para sentir la saliva de ella en su lengua y se acercó lentamente a sus labios, ella cerró los ojos aprobando el beso con ese gesto.

—Hey, caballero, hey, hey... ¡despierte! ¿Cómo me dijo que se llamaba? —el camarero tras la barra sacudió al Niche moviéndole el hombro.

—Perdón amigo, es que me quedé soñando despierto.

—Eso veo. Ya llegó el Míster. Es aquel que va con esas dos mujeres a sentarse en la mesa del medio. El de bigote delgado y chaqueta de cuero.

El Niche se levantó de la barra y metió los dedos al vaso con agua para luego limpiarse la cara, se miró la entrepierna y no vio ninguna señal extraña que lo delatara con lo del sueño, entonces recogió su maleta y rezando internamente una oración a la Virgen se fue a presentarse ante el Míster.

—Buenas noches, caballero. Qué pena interrumpirlo, discúlpeme, ¿es usted el Míster?

—¿Quién pregunta? —el Míster y las dos mujeres miraron al Niche como a un pedazo de mierda. Pero este con su ingenuidad interpretó las miradas como de sorpresa.

—Mi nombre es John Jairo de la Cruz Mosquera, pero me dicen el Niche, yo soy el amigo de Peluche.

El Míster sacó a las mujeres de la mesa con un movimiento de la mano y le indicó al Niche que se sentara.

—¿Guaro o cerveza?

—Cerveza, gracias.

El Míster atravesó la pista de baile con su mirada y alcanzó al camarero, quien estaba esperando atento la señal para atenderlo. Levantó su brazo y simuló que se lo cortaba de un golpe con su otra mano, lo cual indicaba que le trajeran media botella de aguardiente. —La cerveza es para mujeres —le dijo al Niche.

—¿Entonces usted es el que viene de Urabá? ¿Conoce bien la zona? ¿Sabe cómo moverse en la selva?

—Sí señor, yo conozco bien desde Acandí hasta Necoclí. En mis épocas de obrero y pescador me recorrí bien el golfo, pero

la selva no la conozco mucho, no le temo, pero sí le tengo mi respeto.

—¿Y por qué se vino de allá? ¿A qué se dedica?

—Yo soy bailarín, compositor y cantante de salsa. Tengo más de cien canciones escritas y toco varios instrumentos. Me vine buscando quién me dé una mano para grabar un disco. Pero por ahora sobrevivo con Canela, una muñeca de trapo con la que bailo en el centro y de vez en cuando en alguna feria que hacen en el Palacio de los Eventos.

—¿Y sabe dar bala? —preguntó el Míster mirándolo fijamente a los ojos.

Capítulo IX

A la mañana siguiente el hombre se despertó como nuevo. Luego de varias semanas de insomnio por fin había vuelto a dormir como un bebé. Miró bajo la almohada para comprobar que no había tenido un sueño extraño y efectivamente allí estaba el carriel con los benjamines. Esa mañana, aunque todavía asustado, se levantó de muy buen genio, motivado por la sensación de poder que le dio la cantidad de plata sobre la que había dormido. O quizás fue solo porque sentía que las toneladas de presión que cargó por más de un mes se habían convertido en granitos. Se fue al baño y se lavó la cara cantando una canción que se le quedó grabada desde la noche anterior, “por eso cuídate de las esquinas, no te distraigas cuando caminas que pa’ cuidarte yo solo tengo esta vida mía...” Luego fue a sentarse en la mesita que había en la cocina para esperar a que Rosita le sirviera el desayuno como lo hacía diariamente. Rogelio la vio de espaldas, estaba cocinando disciplinada, como era su costumbre. Ella lo saludó al escucharlo entrar. Con la mitad de su cara pasando sobre el hombro, lo miró con esos ojos enamorados que irradiaban una alegría contagiosa.

—Buenos días mi amor —dijo el polvorero mientras corría la silla plástica de la mesa.

Ella, confundida y con los ojos bien abiertos como si fueran los dos huevos fritos que se retorcían en la paila, le contestó fríamente buenos días...

—Sí amor mío. Ya lo he pensado mucho y me he decidido. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella sintió cómo aumentó la temperatura en su cuerpo, toda su cara se puso roja y comenzó a sudar.

—¿Qué le pasa Rogelio! ¿Amaneció más loco que de costumbre? ¿Todavía está borracho?

—Lo nuestro ya no es un misterio para nadie Rosita, y no tiene por qué seguirlo siendo... amor mío. Te amo.

—No se trata de eso, es que no me lo esperaba. Este no es el lugar ni el momento para hablar de esas cosas. ¿Qué le paso anoche? Usted está actuando muy raro, ¿está tirando vicio?

—Nada, no pasa nada. Es solo que cerré el negocio en el que he estado trabajando los dos últimos meses.

Rogelio estaba decidido a contarle todo, pero en ese instante lo interrumpió el timbre del teléfono.

—¿Aló? —contestó el polvorero y se fue a su taller para hablar en privado.

La conversación no tardó más de cinco minutos, pero fueron suficientes para que regresara a la cocina transformado, sin apetito y con un semblante negativo, parecía otra persona.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Rosita poniendo el plato sobre el mantel de plástico blanco y cuadrados rojos—. No, es solo que me hicieron otro pedido urgente, más de lo mismo, pero no se preocupe amorcito, ya me pongo a trabajar en eso, lo entregó y luego nos largamos de este puto mierdero, usted, Jesica y yo, como se lo he prometido —dijo golpeando la mesa con su puño, mostrando que estaba nervioso y bastante molesto. El pocillo dio un salto y un poco de café se derramó sobre el desayuno y sobre el piso.

El polvorero regresó a su cuarto y empujado por un impulso desconocido levantó la almohada para sacar nuevamente el carriel y sentir el olor de los billetes, sin saber que cada vez que levantaba la solapa seguía liberando la tragedia contenida adentro. Ya en su taller preparó todos los implementos para seguir trabajando en ese último pedido. Él sabía que era un trabajo bastante delicado y que requería toda su concentración, algo que no podía hacerse con la sangre hirviendo y con los músculos llenos de nervios como los tenía en ese momento. Sin

embargo, y cargando la tensión que recibió después de hablar por teléfono, comenzó a medir y a mezclar cada polvo, y fue entonces cuando en un insignificante descuido añadió la cantidad inadecuada de glicerina a destiempo y todo el taller se iluminó por dentro. Desde la sala, Rosita y las mujeres que empacaban los chorrillos y los voladores vieron cómo una luz azul escapó rabiosa bajo la puerta. Parecía como si alguien estuviera soldando un hierro allí adentro, luego escapó el humo y por último el olor a pólvora ardiendo.

Rosita se paró del sillón corriendo y cuando entró al taller vio a Rogelio cubriéndose con ambas manos los ojos y revolcándose en el suelo. Estaba gritando como loco: —¡salgan de la casa, salgan de la casa!— Y aunque las otras mujeres de inmediato le obedecieron, Rosita tomó al polvorero por debajo de los hombros como a un soldado herido y lo arrastró por el piso hasta llevarlo afuera. Allí el hombre intentó abrir los ojos, pero no pudo. Todavía sentía el dolor de su retina ardiendo, el calor intenso que desprendió el fogonazo lo seguía quemando como si un ácido le hubiera caído adentro. Nunca olvidaría lo que vio por última vez, la distorsionada silueta de Rosita que cubierta por una nebulosa se fue desvaneciendo. Luego de ese día, lo único que volvería a ver el polvorero sería la oscuridad y las imágenes que durante la vida le quedaron grabadas en su cerebro.

Era el 17 de febrero de 1991, y había pasado solo un mes desde aquel accidente en el que el polvorero se convirtió en el Ciego de Arrabal. Ese día a las seis y quince de la tarde el hombre estaba acostado en su cama aún con los ojos vendados y esperando a que Rosita le trajera algo de comer. Empanadas con café, por cierto, así le gustaba que lo consintieran. Era un día especial para los dos porque Jesica, la hija de Rosita, que estaba trabajando vendiendo mazorcas asadas a la salida de la Macarena, vendría a visitarlo como lo hacía cada sábado y domingo después de las corridas de toros o los partidos de fútbol en el Atanasio Girardot. Esa fecha el Ciego de Arrabal y Rosita habían decidido por fin decirle a su hija que iban a casarse, que

tendría una hermana y que con la plata del negocio que había cerrado Rogelio se irían a vivir a la finca con la que él siempre había soñado. Jessica podría irse a vivir con ellos si así lo quería, y no tendría que seguir respirando el humo del carbón que no le daba tregua a su asma. Podría dejar de cocinar a la intemperie en esa pesada parrilla de hierro. Pero cuando Rosita venía caminando por el pasillo de la casa con la bandeja ocurrió lo que sin piedad iba a terminar de devorarse el espíritu del Ciego. A las seis de la tarde en punto sintieron el espeluznante estruendo, que inclusive sacudió el polvo de los muros de tapia y movió la tierra en sus cimientos. Fue tal la magnitud de la explosión que el Ciego sintió cómo pequeños trozos de la pintura vieja del techo se desprendieron cayéndole en la cabeza y la cara. En ese mismo instante escuchó nítidamente cómo se quebraban al caer al suelo los platos que traía Rosita. Inicialmente pensó que toda la pólvora almacenada en el taller los había hecho volar por los cielos, pero no era nada de eso. Fue el terror y la muerte finalmente desatada por el carriel bajo su almohada.

A la mañana siguiente, luego de pasar la noche en vela, Rosita estuvo atrapada y sumergida en lo más profundo de esa pesadilla infinita. Seguía esperanzada en la llamada de la policía para que le confirmaran cómo estaba su hija. Mientras tanto, sentada al lado de la cama y con la voz destrozada por el llanto, le leyó la prensa del día al Ciego:

“Por lo menos siete agentes del F-2 y diez civiles murieron. Más de sesenta personas resultaron heridas ayer al explotar un carro bomba en cercanías de la plaza de toros La Macarena de Medellín. Unos 35 vehículos y diez casetas quedaron totalmente destruidos. La cifra de víctimas tiende a subir a medida que las autoridades continúan sus labores de remoción de escombros y se traslada a unos treinta heridos graves a las clínicas de la ciudad. El carro bomba explotó en la Autopista Sur, bajo el puente de la Avenida San Juan, sobre el río Medellín, a unos cincuenta metros de la plaza de toros. La explosión se registró a las 6:18 de la tarde, minutos después de terminar la octava corrida de la

Feria Taurina de Medellín. Muchas personas aún no habían acabado de evacuar los alrededores del recinto, otras departían en las casetas de licores y comidas instaladas en los alrededores. En una amplia área quedaron esparcidos los cadáveres, los heridos y los restos de los vehículos destruidos”. —“Aquí, en los alrededores de la plaza, se escuchaba la Orquesta Los Macondos. La gente tomaba sus tragos luego de la corrida, y en momentos en que me dieron una botella de aguardiente sentimos que se nos había ido el mundo. Mi caseta está a unos 25 metros del puente, y todo se destruyó” —dijo un hombre que caminaba como enloquecido y sin rumbo.

El conductor Carlos García, quien transitaba por el lugar, dijo también que la explosión fue tan fuerte que “me elevó varios metros. Yo me tiré para atrás y vi mucha gente ensangrentada, carros incendiados y candela por toda parte, yo me alejé”. “La onda explosiva fue tan violenta que voló las barandas del puente de San Juan. En el techo del puente y en las paredes formadas por sus columnas quedaron fragmentos de cadáveres y de vehículos. De acuerdo con el cráter dejado por el carro bomba, éste tenía por lo menos 150 kilos de dinamita reforzada con metralla, según la Dirección General de la Policía. Pero otras fuentes conformadas por expertos y consultadas por este diario, hablan de un explosivo casero, algo nuevo y desconocido que parece ser una concentración pesada de explosivos”.

—¿Entonces era este el negocio tan importante en el que usted trabajaba? ¿Así fue como consiguió toda esa plata? ¿Usted me creyó pendeja? Dígamele en la cara si es un hombre de verdad, Rogelio, dígame que lo que estoy pensando no es cierto. Dígame que usted no tiene nada que ver con esto y que usted no es el culpable de que mi hija posiblemente sea una de esas personas que quedaron regadas en pedazos por el suelo. Dígamele hijueputa, dígamele... —gritó ella con furia arrojándole el periódico al Ciego en la cara—. ¡Asco es lo que usted provoca, maldita porquería! ¡Usted mató a mi hija, usted mató los sueños!

Y aunque Rogelio no conocía bien los detalles, desde el instante en que estalló la bomba, supo que era culpable hasta el tuétano. Trató

de llorar con todas sus fuerzas a ver si con las lágrimas expulsaba la culpa que lo estaba pudriendo por dentro. Pero ahora que necesitaba derramar esas lágrimas, así como el mismo aire que necesitaba para seguir respirando, no lo consiguió porque el fogonazo también había cauterizado sus lagrimales. Sin embargo, no hubo necesidad de lágrimas, el silencio que guardó y que no pudo romper, ni siquiera con una palabra, confirmó lo que ya Rosita sospechaba. Para terminar con la cadena de desastres que intercambié por ese carriel lleno de dólares, escuché salir de su casa, para no volver a verla, a la última mujer que le diera su verdadero amor y afecto.

Capítulo X

Al caer la tarde del quince de enero del año 1991, don Roberto supo que eran exactamente las cinco en punto de la tarde. Porque como era sagrada costumbre a esa hora, María se encontraba en la sala de la casa tapando con una sábana curtida por el popó seco la jaula de Gardel y de Chispita, dos canarios que eran solo un par de tiernos pichoncitos cuando don Roberto se los regaló a su hija al cumplir los quince años, aunque para ese instante en que se disponían a dormir, ya se habían transformado en decrepitos cantores pidiendo en sus tristes melodías que la muerte los sacara de su eterno encierro.

Desde el patio de su casa, el viejo fijaba la mirada en aquella jaula con forma de ojiva, y esta obligaba a su mente a retroceder en el tiempo hasta la época en las que vio por primera vez a su hija con tacones y vestida de princesita. Don Roberto estaba sentado justo al lado de la piscina con su cuerpo torcido, tan distraído con los recuerdos que no había notado cómo su espinazo había tomado la forma curva de un cerillo incinerado. Descansaba su barbilla sobre el puño de la mano derecha y ambos codos los tenía apoyados en los muslos, era un *Le Penseur* apenas en su fase de arcilla. De repente su mente regresó de ese agradable letargo en el que ya se amañaba, cuando instintivamente intentó enderezarse para poder meter sus pies descalzos en el agua helada, pero poco le duro el engaño que le quiso hacer al tiempo, porque al volver a mirar la jaula recordó cuando compró esos pájaros en la Plaza Minorista hacía ya más de una

década. Habría pagado unos diez mil pesos por la parejita de recién emplumados, tan hermosos y buenos cantores desde pequeños, que prefirió privarlos de su libertad a cambio de contemplarlos todo el tiempo, creyendo ingenuamente que con un par de billetes se adueñaría también de su belleza.

Él bautizó como Gardel al macho y Margarita le puso Chispita a la hembra, nombres que, de solo pronunciarlos en voz baja, lo obligaron a continuar su periplo al pasado, pero esta vez se hundió aún más en sus remembranzas, hasta cuando su hija era apenas una pequeñísima criatura. Pudo verla sonriendo como si fuese ayer, y al igual que en aquellos días felices, se conmovió de alegría por fuera y por dentro cuando notó que le habían salido sus primeros dientes y que apenas se asomaban en las encías inferiores como dos granitos de arroz sueltos. Recordó el hoyuelo diminuto en la barbilla que heredó de su madre, el parpadeo lento de sus enormes ojos redondos, y cuando la pequeña apenas lograba comunicarse señalando todo con el dedo. Imágenes tan poderosas que de inmediato lo desplomaron. Y como si se tratara solo de monedas atascadas en una máquina de confites, tuvo que darse un par de inútiles golpes en la frente para ver si se sacaba de allí todo eso. Sin embargo, lo único que conseguía era que más se le atascaran y desear con más fuerza lo imposible, cargar de nuevo en sus brazos a la hija que solía entretenerse rascándole la barba, en vez de tener que sacarla de los problemas por donde ahora andaba y que con certeza la llevarían con dirección al hueco en la tierra. Normalmente don Roberto, o el Doctor Mejía, como habitualmente le decían por respeto, podía falsear y parecer sereno como todo hombre obligado por las artimañas de la política sabe hacerlo, pero ahora era demasiado evidente que no podía conseguir barrer bajo el tapete todas sus cavilaciones.

Fue en esa agridulce peregrinación por su memoria, sentado en el patio de su casa, que la tarde se fue desvaneciendo. Iban a ser ya las siete menos cuarto cuando el doctor ya cansado de forzar su intelecto se enderezó y se paró de la silla, pero solo para en un segundo volver a sentarse y recostar su cabeza sobre

la mesa de hierro redonda que adornaba el patio, una de esas que los clubes usan para exteriores y que por su peso y su orificio en el centro son capaces de sostener el asta de una sombrilla de colores abierta. Atravesando con su mirada los arabescos de la mesa vio cómo se empezaban a formar ondas sobre el agua de la piscina y se paró de ella nuevamente inquieto para darse cuenta cómo las nubes se aglutinaban en el cielo. Entonces se dirigió a la sala de la casa para escapar de la llovizna y entró dejando sus huellas húmedas estampadas en el suelo. Buscó entre su colección de acetatos al asesino del tango, y lo puso a sonar con buen volumen en la vitrola que conservaba como una de sus antigüedades más preciadas. Acariciado, comprendido y reconfortado por las notas del bandoneón, se quedó estático en el tiempo y con los ojos cerrados dejó escapar un suspiro lleno de alivio que le dio el ánimo para ir a destapar la botella de whisky que guardaba en su caja fuerte y con la cual regresó a la mesa de exteriores sin importarle la inminencia de un aguacero. Sin embargo, y aunque las nubes ya se habían convertido en una sola masa gris como las del final de los tiempos, parecían a gusto por seguir prolongando su amenaza de descargarse con furia.

Ya habían pasado las siete, y con el permiso que concede la llegada de la noche, se sirvió su primer whisky doble y se lo aventó a tres dedos a ver si con esa sacudida calmaba sus nervios, pero, sobre todo, lo hizo para bajar la rabia que le provocaba tener que esperar a alguien. Hacía más de dos horas que debería estar ahí el cura Eduardo y la hermana mayor de su esposa, la tía Amparo. El motivo de la reunión era definir de una vez por todas qué iban a hacer con el destino de Margarita, ya que después del desamor y la humillación pública a la que fue sometida bajo la iglesia de aquellos techos hiperboloides, había caído en una depresión nunca antes vista. Una circunstancia incomprendible para sus padres que venían del campo, en donde la palabra depresión nunca se había oído y menos se le había dado el título de enfermedad. Inclusive ahora, después de que hacía muchos años habían abandonado el pueblo, les era imposible entender que su hija, sin haber sido picada por un bicho, o

haber contraído un virus, tuviera una enfermedad que parecía incurable. Un insecto de ciudad tuvo que haberla mordido, seguían pensando tercamente.

Ya habían pasado más de seis meses en los que diariamente, encerrada en su habitación, se tomaba lo que encontrara en la casa. Al principio fueron desapareciendo las botellas de vino, aguardiente y ron. Pero cuando acabó con el bar ubicado al lado de la piscina siguió con el alcohol etílico del gabinete y todos los remedios que olieran fuerte. En sus noches de llantos y de mocos sueltos se ingirió hasta sus propios perfumes e hizo lo propio con los de sus padres. Para terminar de rebosar la taza, se robó el vino de la sacristía cuando fue a visitar al padre Eduardo para que este le prestara unos libros de Paulo Coelho. Solo así, borracha hasta vomitar, lograba escapar de lo insoportable que le resultaba su nuevo y desconocido mundo, ese que comenzó con las frases sacadas de un cajón y que con perfecta entonación le supo recitar un caballero. Pablaras que se aprovecharon de su ingenuidad y que rápidamente le hicieron creer en la existencia del amor eterno. Amor que más bien confundió con unos corrientazos nuevos que le recorrieron desde los pezones hasta los muslos, sensaciones que llegaron tardías y que nunca pudieron generarle el contacto con el dios del que tanto le hablaron en el colegio, o más bien, el convento donde estudió influenciada por su santa madre.

Finalmente, y para tranquilidad de don Roberto, el cura y la tía Amparo tocaron el timbre casi alcanzando las ocho de la noche. Fue personalmente Doña Beatriz, no la empleada María, quien les abrió la puerta con camándula en mano, mezclando su amabilidad con palabras cortadas e incoherencias. No tuvo que dar muchas explicaciones porque su pérdida de peso y los ojos envoltados eran bastante elocuentes. Abrió por educación más que por convicción, pues luego del saludo y unas bendiciones que más bien parecían los santos óleos, regresó a sus únicos deberes, rezarle devotamente a la llama de una vela estampada con la milagrosa que iluminaba su cuarto día y noche.

—Don Roberto, buenas noches. ¡Pero qué buena música! —dijo el de la sotana desde la sala, sabiendo que entrando con el tema de la música tal vez apaciguaría el mal genio que debía tener don Roberto.

—“Adiós Nonino”, la música de los arrabales —respondió el doctor en seco mientras le servía al cura un whisky como le gustaba, doble y en las rocas.

—No me diga que ya está borracho Roberto —dijo la tía Amparo a manera de reproche.

—Pues no estaría bebiendo desde las siete si ustedes hubieran llegado a tiempo... ¡María! —gritó el anfitrión acompañado de un par de palmadas.

María, una negra de trenzas, apachurrada y redonda que usaba un uniforme azul cielo y un delantal blanco, apareció casi al instante en la mesa con un café y unas galletas saladas acompañadas de una caja de mantequilla. Las dejó en la mesa y se retiró sin pronunciar palabra. Obviamente se sabía de memoria el procedimiento. Ya los invitados sentados frente a la mesa de hierro trataron de evadir el tema por unos minutos que parecieron eternos. Esperaban que a don Roberto se le pasara la rabia y a que las nubes decidieran de una vez si se retiraban o se descargaban por completo. La tensión en el ambiente era evidente, y con una actuación terrible de los tres hicieron comentarios sobre las lloviznas intermitentes, la música, política, futbol, la parroquia, y algunos chismes frescos traídos desde el confesionario.

—Mire don Roberto, voy a hablarle sin rodeos porque ya hemos perdido mucho tiempo. Yo sé lo importante que es para usted su hija y también su carrera política, más en este momento con las elecciones a la vuelta de la esquina —dijo el cura rompiendo el hielo—, pero para nadie es un secreto que puede perder la alcaldía debido a ese escándalo de Margarita. A usted se le ve débil y derrotado, en pocas palabras, incapaz de gobernar en estos momentos. Al menos eso es lo que se dice en voz baja, pero conociendo esta ciudad, es lo mismo que gritarlo a los cuatro vientos. Sin embargo, hijo mío, yo creo que podemos

aprovecharnos de la situación. Si sabemos manejar el asunto, esta calamidad puede voltearse completamente a su favor. No hay nada más efectivo que la fe para dominar la voluntad del pueblo.

—¿En qué está pensando, padre —incredó el doctor atento—. ¡Suéltelo!

—Todos sabemos la vocación de monja que siempre tuvo Margarita, sus ganas de ayudar al prójimo y al desposeído.

—Pero si a ella nunca le gustó ese colegio.

—Tranquilo don Roberto, usted sabe igual que yo que a la gente hay que decirle lo que quieren escuchar, no lo que es cierto. Por eso la política y la religión son lo mismo, ¿no? —las sonrisas maliciosas de ambos aparecieron al mismo tiempo.

—A ver, padre, deje las clases de filosofía para otro momento —interrumpió la tía Amparo soplando su tasa de café caliente y sumergiendo una galleta adentro.

—El plan es el siguiente: vamos a convencer a Margarita para que se meta a un grupo de misioneros —el cura hizo una pausa, se bebió su trago doble, y luego con la boca abierta y ardiendo intento capturar el viento fresco—, un grupo de evangélicos que ayudan a los más necesitados y que van llevando la palabra del Señor a los pueblos más remotos. Estuvimos haciendo unas llamas y averiguamos que muy pronto viajarán lejos.

—¿Que tan lejos estamos hablando...? —preguntó Roberto sobándose la cabeza con ambas manos.

—Haití —se adelantó a contestar Amparo sin dejar de terminar hablar a Roberto—. Yo sé, cuñado, que parece difícil y una locura completa con la que usted no va estar de acuerdo, pero a la niña hay que mandarla fuera de aquí un tiempo, y con la ayuda del Señor...

—¿Pero a Haití? ¿A quién se le puede ocurrir semejante idea? ¿Dónde queda eso? —el que interrumpió ahora fue don Roberto sin dejar terminar a Amparo su argumento.

—Yo lo entiendo doctor y esperaba su reacción —dijo el cura mirando a Amparo—, pero piense en su campaña política, ¿usted sabe lo que va decir la gente cuando sepan que su hija anda

por ahí evangelizando otros pueblos? Y para mayor impacto la posibilidad de que sea en Haití. Sinceramente, eso caerá como anillo al dedo.

—¿Pero por qué Haití? Si solo con pronunciar el nombre eso ya da miedo.

—Bueno, pues ese es el efecto que pretendemos, es un país con muchas necesidades y sobre todo una gente descarriada que con urgencia necesita escuchar la palabra del Señor. Es algo así como el paraíso de los misioneros.

—Pero...

—Pero por eso... Si ve lo que le digo, la publicidad tan grande y positiva que sería esto para usted. Además, y por supuesto, el cambio mental y el beneficio que puede traer este viaje para su hija. Es matar dos pájaros de un solo tiro.

—Piénselo bien, cuñado —intervino Amparo tirándole un bote salvavidas al cura—. Es lo mejor para la niña y para usted, este cura Eduardo lo que es es un genio, por eso nos demoramos en llegar, todo esto lo estábamos averiguando y discutiendo para traerle algo bien real y concreto.

—Ya subo por la niña y bajo para que lo hablemos —dijo el doctor después de pensarlo en silencio.

Capítulo XI

Una particularidad del Niche era que cuando la gente le hablaba este se distraía fácilmente. Parecía estar escuchando con atención porque no pronunciaba palabra, pero en realidad estaba sumándole instrumentos a la música que componía en su cabeza. Desde pequeño en la escuela aparentaba ser un estudiante bastante aplicado aunque perdiera todas las materias. Lo que ocurría en realidad era que se la pasaba soñando despierto cada vez que con su lápiz se ponía a inventar compases golpeando la tabla del pupitre y los tubos de metal que la silla tenía por patas. Entrado ya en su edad adulta, cuando esos sueños de ser bailarín y cantante de salsa lo obligaron a marcharse de su casa, siempre se imaginó regresando a su pueblo montado en un camión de bomberos desfilando por las calles polvorientas y llenas de gente mientras bailaba al compás de su propia música y repartía plata a las madres y a los hijos de los pescadores. Inclusive con esa condición de poseer una imaginación privilegiada, que casi siempre terminaba metiéndolo en problemas, lo que nunca en su vida se imaginó fue que el día en que regresaría a su tierra chocona lo hiciera con una capucha en la cabeza y portando un arma de fuego en su cintura.

El mismo día en que esto ocurrió salió temprano del aeropuerto Olaya Herrera sintiéndose culpable por cargar solo una mochilita al hombro y no el maletín grande donde guardaba a Canela. Tuvo algo de remordimiento y celos por dejarla sola con Peluche. A las diez de la mañana estaba navegando por las nubes

a bordo de una avioneta bimotor que le permitió ver desde el cielo las montañas antioqueñas, la selva y el río Atrato. La avioneta, que casi lo deja sordo, aterrizó en el aeropuerto del municipio de Acandí a eso de las once y media, si es que se le puede llamar aeropuerto a una carretera de tierra compactada al lado de un edificio de dos plantas parecido más a un restaurante de carretera que a una torre de control. De Acandí, su pueblo natal, le pagó al conductor de un Suzuki LJ80 sin ventanas para que lo llevara hasta Unguía, un caserío olvidado del también desamparado departamento del Chocó. Allí lo recibió un tal Yoban, el hombre que sin ningún escrúpulo y en mitad de la plaza le entregó al Niche un revolver que tenía grabado en su cache de marfil un caballo relinchando.

Luego de una espera eterna e incómoda por tratarse de un encuentro con quien podría ser la muerte disfrazada con botas y sombrero, sentados en una cantina del pueblo, entró la llamada telefónica que terminó con esa espera. Siguiendo las estrictas ordenes que Yoban recibió del otro lado de la bocina, a las siete de la noche ambos se montaron en dos mulas que a paso lento y programado los fueron sacando del pueblo para meterlos a la trocha desde donde no se veía luz eléctrica de ningún tipo. Allí Yoban le puso a su nuevo trabajador una capucha negra que olía a mierda.

—¡Mucho cuidado botás ese fierro pues marica que aquí cualquier error se paga con un tiro en la cabeza! —advirtió Yoban con su marcado acento paisa, antes de comenzar la travesía hacia la densa oscuridad de la selva.

Luego de un extenso trayecto que ya tenía al niche con dolor de espalda y las piernas encalambradas, calculó solo por darle esperanzas a la terminación de su dolor físico, que deberían ser las primeras horas de la madrugada. Porque cuando comenzaron la trocha debieron ser las diez de la noche y tal vez llevarían unas cinco horas más sobre el lomo de los semovientes. A pesar de esa hora adivinada que suponía generalmente una caída en la temperatura, el calor y la humedad de la selva eran insoportables, incluso para el Niche, cuya adolescencia transcurrió pescando

y pegando adobes bajo el inclemente sol de Apartadó y Mutatá. Era fácil perder el control de la mente, los vapores calientes emanados de su propio aliento se quedaban atrapados en la capucha y en un momento comenzaron a asfixiarlo y a enloquecerlo, al punto que desafió su vida tratando de quitársela, pero su sentido del oído lo salvó porque oyó a su espalda el martillo de la pistola retraerse —¡Quieto ahí, Niche, le advertí que nada de quitarse la capucha, o quítesela si quiere usar los ojos por última vez —dijo Yoban— Peluche nunca me dijo que me iba a mandar un mariquita. ¿No se supone que usted es pues de por acá? Tranquilícese que ya vamos a llegar.

El Niche seguía pensando en cuánta razón tenía su madre cuando le advertía que no hay atajo sin trabajo y que para una buena hambre no hay pan duro. A pesar de seguir recuperando y perdiendo la calma en ciclos, Yoban y el Niche pudieron continuar su marcha bajo el silencio aturdidor de la selva. Silencio mentiroso porque paradójicamente estaba compuesto por ruido como el que provocan las lluvias intermitentes azotando las hojas, los matorrales que parecían moverse a su paso y el crujido constante de los árboles gigantes. En la selva todo es gigante. El Niche mojado hasta los testículos y arrullado por el paso lento y constante de la mula no tuvo más alternativa que ir cediendo ante el ataque del sueño, y cuando estaba a punto de cerrar los ojos escuchó algo inusual que lo sacó del letargo. Era el canto de un pájaro extraño, un animal para él desconocido. Un canto que después de analizarlo bien y detenidamente parecía sacado del interior de una garganta humana y no de un pico. Entonces comprendió que ese sonido era el código que anunciaba la llegada al campamento. Finalmente, con el permiso que da el deber cumplido, pudo quedarse dormido.

Durmió tan profundamente que al despertarse creyó haber descansado un par de horas. Sin embargo, ni siquiera había amanecido. Lo despertó la voz de Yoban y el ruido característico de la lluvia golpeando las carpas de plástico. A través de los tejidos de la capucha pudo ver algo así como las llamas de unas velas haciendo un último esfuerzo por consumir el resto de parafina.

—Despierte que ya llegamos, negro chillón —le dijo Yoban mientras le quitaba la capucha.

Y aunque se sentía feliz por aun estar vivo, casi le hace honor a lo de “negro chillón” cuando un par de lágrimas lograron escaparse de sus ojos aguados, una manifestación física porque sin haber empezado el trabajo ya estaba arrepentido.

Lo primero que vio porque ya había amanecido, fueron los tanques plásticos azules de cincuenta y cinco galones arrumados en una esquina bajo la carpa y protegidos por un plástico lleno de pantano. Unas mesas hechas con palos rústicos y sogas, que a pesar de ser bastante primitivas parecían muy bien ensambladas, sin duda elaboradas por las manos de un indio, pensó el Niche, que de construcciones y de nativos algo conocía. Sobre la mesa vio la fila de hornos microondas, algunas herramientas básicas para medir peso y volumen, cucharas, recipientes de todo tipo, una prensa hidráulica, un generador viejo, y más artefactos que no pudo distinguir.

Con un movimiento simple de cabeza Yoban autorizó al Niche para bajarse de la mula. Al pisar el suelo firme le tomó unos minutos volver a controlar las piernas que ya las traía dormidas. Y por más que intentó disimular el dolor y el cansancio para no parecer un flojo desde el comienzo de su jornada laboral, un dolor agudo que le bajó desde la espina hasta las plantas de los pies lo dejó en ese pantanero cubierto de hojas que era el piso.

—¡Levántese Niche! ¿O es que pensó que iba a llegar a un hotel? —le dijo Yoban extendiéndole la mano y mostrándole una primera señal de compasión. ¡Wilson! Tráigale las botas aquí al nuevo —sí señor —contestó con la disciplina de un recluta la silueta de Wilson que el tibio sol traspasando el follaje de los árboles apenas dejaba ver.

Wilson, un hombre lleno de músculos pequeños pero marcados por todas partes, de cabeza rapada y baja estatura, apareció de repente de la nada como si fuera un duende. Traía una linterna en la boca, un menaje en sus brazos y un par de botas de caucho para caminar sobre el pantano

—Tome negro su dotación. Séquese bien los pies y póngase las botas, nunca se las quite, se lo recomiendo —le dijo Yoban mien-

tras prendía un cigarrillo—. La primera regla para sobrevivir en este lugar es mantener los pies secos y hacer lo que le digan. Y ahora sí, a descansar. —¡Wilson! ¡Muéstrela a la niña dónde es que va dormir! Más tarde le presentamos el paciente.

Camino a las carpas que llamaban dormitorio el Niche pudo distinguir lo que parecía ser todo un campamento. Al menos eso pensó cuando vio una docena de plásticos sostenidos por una cuerda y extendidos con forma de triángulos isósceles. Con la parte trasera de la linterna que luego le entregó al Niche, Wilson le señaló cuál era su vivienda.

—Ahora nos vemos —le dijo, dejándolo solo y desapareciendo entre la maleza.

El Niche investigó de cerca las condiciones del cambuche que estaba alejado del resto del campamento. Aunque adentro no había prácticamente nada, para ese momento cualquier refugio parecía un lujo. Consistía en una especie de carpa móvil fabricada para salir de ella y ser abandonada en pocos segundos. Un vivac como el que usan soldados y guerrilleros, sostenido por una cabuya amarrada de palo a palo y un plástico sobre ella tensionado por seis estacas clavadas en la tierra. Dentro de ese techo improvisado encontró un colchón húmedo y hecho de paja, cubierto con una sábana consumida por el mal de tierra, un botellón plástico con agua potable, un cepillo de dientes y un jabón de manos. Mosquera pensó en recostarse un momento para recuperarse del intenso calambre y del cansancio que sentía en su espalda, pero apenas tocó el colchón de cuerpo entero instantáneamente se quedó dormido escuchando el aullido lejano de los micos y el canto cercano de pájaros y grillos.

Durmió unas siete u ocho horas de seguido, hasta que lo despertó Wilson dándole una leve patada en las botas. Afuera estaba lloviendo como siempre. El Niche se levantó asustado sin reconocer por un instante dónde estaba. De inmediato flexionó su torso y quedó sentado dentro del plástico. Observó que Wilson no estaba solo.

—Mire negro, le presento a Emberá, su jefe directo —le dijo Wilson mientras sostenía un pocillo de peltre con algo caliente

adentro—. De ahora en adelante aquí no me habla con nadie, solo con él.

Emberá, un indio cuya familia venía huyendo por generaciones de las atrocidades cometidas por la Casa Arana, podía estar entre los sesenta y setenta años, adivinó el Niche por las marcas del tiempo sobre sus facciones. Usaba un sombrero llanero negro bastante deteriorado y atravesado por un par de plumas. Sus ojos eran rasgados como los de un oriental y sus párpados caídos sobre los rabillos, la piel café oscura como el Atrato en sus partes más profundas, los orificios de su nariz achatados, y el bigote incipiente solo le crecía en los extremos de los labios, como a Cantinflas. Cargaba sobre su hombro derecho un poncho con la bandera de Colombia y en su cuello un collar de chaquiras amarillas, azules y rojas, colores del pabellón nacional. Su camisa a cuadros desabotonada dejaba ver su pecho lampiño. Portaba un machete y lucía una pantaloneta corta de futbolista, además de las mismas botas pantaneras con que habían dotado al Niche.

Cuando Mosquera se incorporó completamente se rascó los ojos con sus puños.

—Muévase que Yoban quiere verlo —le dijo Emberá dándole la espalda para dejarlo solo. El Niche se apuró para alcanzarlo.

—Mucho Gusto, me llamo John Jairo de la Cruz Mosquera —dijo el Niche extendiéndole la mano.

—No sea pendejo. ¡Cómo se le ocurre darme su nombre completo! ¿Usted no se ha dado cuenta dónde estamos? —le respondió Emberá sin mirarlo—, si quiere me entrega la cedula.

Caminaron por una trocha angosta y resbaladiza. El Niche no vio más de cinco o seis personas todavía acostadas en sus carpas, ninguno lo saludó, se levantó a su paso o le dirigió siquiera la mirada.

El Niche pasó de nuevo frente a la construcción donde estaban los insumos y en esta ocasión vio los costales llenos de hojas verdes. Efectivamente comprobó que se trataba de una construcción hecha de palos amarrados con cabuya junto a un plástico azul que hacían de techo a una sola agua. Dentro de

la estructura estaban los hornos microondas con los numeritos verdes del reloj titilando y el Niche observó que en realidad eran las diez y media de la mañana. También vio un radio de telecomunicación custodiado por un centinela que apodaban “El Gordo”, por obvias razones, y gracias a la luz del día pudo leer los rótulos de los tanques azules: cemento, gasolina, amoniaco, ácido sulfúrico, acetona, éter y permanganato de potasio.

—Le advierto de una vez Mosquera —le dijo Emberá cuando lo vio concentrado leyendo lo que decían las canecas—. Le queda prohibido entrar a la cocina, como decían las madres.

Siguieron caminando hasta que se alejaron unos metros del cambuche designado como la cocina y encontraron a Yoban sentado en un balde limpiándose las uñas con un cuchillo.

—¿Ya le mostró el campamento y le explicó las reglas? —dijo Yoban sin despegarle la mirada al negro.

—Sí, patrón.

—Listo, entonces a lo que vino. Póngalo a trabajar de inmediato.

Era evidente que Mosquera estaba inquieto, y que se aproximaba a preguntar algo, pero un no rotundo que Emberá le sugirió con la cabeza lo hizo guardar silencio.

—Mire Mosquera, aquí se trabaja día y noche. Mejor dicho: aquí no hay horarios. Hay un generador que alimenta las maquinas cuando se usan, pero para no llamar mucho la atención se procura trabajar a la luz de las velas. Este es un campamento móvil, entonces no se asuste si en medio de la noche toca empaquetar, recoger y montar las bestias. No se habla con el que no se le ordena, no se mete donde no lo han llamado, y listo. Así de simples son las reglas. Ah, y lo más importante, que imagino que ya debe saberlo, los errores se pagan con la vida.

—Pero lo que yo iba a preguntar es que si no hay desayuno —dijo el Niche sobándose la panza y Emberá le regaló una primera sonrisa que parecía imposible.

A un lado de los cambuches estaba la cocina, la verdadera. O por lo menos había allí un par de ollas montadas sobre unas piedras y unos maderos humeantes. De las ollas se sirvieron un

poco de aguapanela, plátanos fritos, caldo de gallina, papas y arroz. Lo mismo que comerían al almuerzo y a la comida. Cada uno se sirvió un plato grande, y Mosquera, sentado sobre una piedra, fue recuperando su ímpetu cantando a capela por falta de su lorito:

Oh, qué será, qué será,
que anda suspirando por las alcobas,
que se oye susurrando en versos de trova,
que anda combinándonos preguntas locas,
que anda en las cabezas, anda en las bocas,
que anda ascendiendo por hartos huecos,
que están hablando alto en la bodega,
y grita en el mercado, ¿qué cosa es esa?
es la naturaleza, será, que será,
que no tiene certeza y nunca te da,
que no tiene concepto, y nunca tendrá,
que no tiene tamaño

—¿Sabe usted qué están preguntando en ese tema, Emberá?

—Déjese de maricadas, Niche. ¡¿A usted por qué le dio por eso?! ¡Yo no tengo cabeza para pensar en trabalenguas!

—¿Pero usted sí ha escuchado antes ese tema?

—¡Claro que sí, ni que estuviéramos en la selva! —contestó Emberá y los dos rieron.

—Es el amor Emberá, el amor, escuche bien la letra. ¿Usted tiene esposa, hijos? —dijo el Niche cuando vio que Emberá le entregaba otro plato extra de comida—. Escuche bien la letra que ya no hacen canciones de esas, ya la música se ha olvidado del arte.

—Déjese de maricadas le digo, y más bien traiga esa comida que le voy a presentar a su paciente.

Con las manos ocupadas por un plato y un pocillo, y con cuidado de no ir a derramar la aguapanela caliente, el Niche caminó siguiendo atentamente los pasos de Emberá hasta que se alejaron del campamento unos cien metros. Fue entonces cuando Mosquera vio a su paciente por primera vez, acostado

bajo el vivac mirando perdidamente el techo cubierto de matas. Como si se tratara de un perro castigado, estaba encadenado por ambas piernas a un árbol. Era un hombre que parecía ir dejando atrás sus cincuenta años, canoso, barbado, flacuchento y sucio de pies a cabeza.

—Buenos días Rodrigo, le trajimos su desayuno. Mire le presento a su nueva compañía, el nuevo dueño de su vida —dijo Emberá.

Pero Rodrigo no respondió nada, solo se sentó automáticamente para recibir el plato de comida. El Niche, que todavía tenía dificultades para creer lo que veía y en lo que se había metido, le entregó la comida con calma y luego, jalando de la camisa a Emberá, lo apartó de la escena para hablarle en privado.

—¿Qué está pasando aquí, hermano? No me diga que...

—Sí le digo. Ahí tiene el trabajo que tanto buscaba, cuidar este paciente las veinticuatro horas. Si se le escapa, o se le muere, ya sabe cómo pagar —dijo Emberá—. Aquí las cosas son así de sencillas.

—Pero a mí nadie me dijo nada de secuestrados, yo sabía que venía a trabajar a una cocina, pero nadie me...

—Pues si quiere quéjese con el sindicato. Pase una carta de renuncia, o no sé... eso le pasa a los malagradecidos siempre. Les dan trabajo y después se quejan —dijo Emberá mientras se reía—. Por ahora dele un baño al viejo que huele a porquería, cántele la canción de amor si quiere a ver si él sí le adivina... oh qué será, qué será...

Capítulo XII

Rogelio llegó a creer que perder la vista era la única forma de sumergirse en las tinieblas. Pero debido a su tragedia descubrió que para encontrar la lobreguez más severa no era necesaria la ausencia de luz. Nadie, aunque sea con un mínimo de visión, puede imaginarse lo que es salir y enfrentar la calle por primera vez después de perder el sentido de la vista. Si con los ojos bien abiertos y funcionando perfectamente atravesar Arrabal con un peso en el bolsillo es un peligro, y si cruzar San Juan o cualquier avenida en hora pico es una misión suicida, ahora imagínese usted hacerlo a tientas, le decía Rogelio a las paredes de la casa. Y eso lo hacía lleno de frustración cada vez que abría la puerta decidido a salir para perseguir y recuperar al amor de su vida. Las primeras dos veces que lo intentó, cuando daba el primer paso y tocaba la acera, de inmediato se devolvía porque era incapaz de aventarse pues se sentía que iba a saltar al vacío. Un día, ya vencido por la fuerza más poderosa que hay en la tierra, la misma que anda suspirando por las alcobas, y que se oye susurrando en versos de trova, dio ese primer paso y salió a la calle decidido a encontrar a su Rosita. Pero eso ocurriría más adelante, luego de la noche en que tuvo el sueño.

Ya llevaba más de dos meses revolcándose en su propia mierda, encerrado no solo en las paredes de la casa, sino en la prisión donde él mismo se había encargado de confinar su espíritu. Vivía perdido entre las borracheras, el vómito, las alucinaciones y una locura inminente. Se tomó todas las botellas de alcohol que

encontró y sobrevivió como una cucaracha comiendo pedazos de pan, galletas, huevos crudos, mantequilla, y todo lo que su tacto y olfato le autorizara meterse adentro. Lo único que hacía era sobrevivir por instinto el paso de las horas para conseguir por lo menos llegar hasta la noche y quedarse privado derrotado por el cansancio. Solo se paraba de su cama, del sillón o de donde se quedará dormido para buscar alcohol o comida, y seguir pensando mil cosas durante sus pocos minutos de sobriedad. En medio de las borracheras y los golpes que le daba a las paredes con su cabeza, pensó que su única salvación sería quemar el carriel con todos los billetes adentro y luego tomarse el veneno para ratas que mantenía bajo la poceta del patio. No dejaría ni uno de los malditos benjamines vivos.

Para él ya era obvio que su ambición le había comprado un boleto sin escala hacia las verdaderas tinieblas, que lo único que había adquirido con esos billetes fue una maldición, y que la justicia divina se estaba encargando de darle el castigo que se merecía. En ocasiones, ya cuando estaba convertido en otro fantasma harapiento y sucio de la Macarena, llegó a decirle al Niche y a la Loca del cochecito, bajo el palo de guayabas seco, que de todas formas nada distinto hubiera podido haber hecho, porque el patrón le había dado una orden y en aquellos tiempos, como ya era bien sabido, al patrón se le pagaba con la vida cuando se le desobedecía. ¿Entonces qué cosa distinta podría haber hecho cuando la costumbre hace ley? Que él solo fue una víctima a la cual el destino acorraló entre la espada y la pared. Pero se engañaba a sí mismo, porque él sí quería sentir el poder que da la plata y olvidó que más vale ser cabeza de ratón que cola de león. Solo que decía esas cosas de vez en cuando para, sin éxito, aplicarse algunos bálsamos en el alma.

Ningún cristiano de a pie puede si quiera imaginarse, decía también el Ciego de Arrabal entre el humo de las tertulias, lo que es echarse en un segundo más de veinte muertos encima, incluyendo en ellos la hija de la mujer amada. Después de semejante golpe uno solo puede sobrevivir si tiene algún tipo de demonio durmiendo adentro para que le colabore superando

ese trauma, pero si no lo tiene, el cargo de conciencia te fusila en cuestión de pocos días, el corazón se marchita en segundos y se arruga como una hoja de papel ardiendo. Pero como desafortunadamente el Ciego comprobaría más tarde, él no tenía ningún demonio en su interior para solucionar su problema, y como también era un cobarde, entonces tuvo que continuar viviendo a pesar de cargar con el constante deseo de querer estar muerto.

Nadie lo visitaba, nadie volvió siquiera a preguntar si tenía una paca de papeletas para la venta, nadie vino a ayudarlo cuando se arrastraba como un bebé por el suelo. Fue tanto su desespero que quiso que lo vinieran a buscar los jinetes de la muerte que solía mandar el patrón en su nombre a ver si estos le metían un plomazo en la cabeza. Esa sí que era una posibilidad real, porque como nunca entregó el segundo pedido que le hicieron por teléfono, pensaba que los verdugos tarde o temprano llegarían a ajusticiarlo. Sin embargo, estos nunca regresaron a tocarle la puerta. Tampoco volvieron a llamarlo, porque un ciego indefenso le causaba compasión y lastima hasta a esa gente que no tiene dios ni ley.

Una noche que se quedó dormido en el piso de la cocina soñó con el día en que le pidió la mano a Rosita en ese mismo sitio. En el sueño la recordó volteando la mirada hacia él con los cachetes rojos y una sonrisa de adolescente enamorada. Se vio en el futuro a su lado, sentados en el balcón de la finca que pensaban comprar, viendo la grama verde, las flores sembradas en macetas y colgadas de las vigas, los verdores de las montañas rodeadas por las nubes que bajan en la mañana, respirando el aire fresco de las seis, el olor a café, la boñiga, la vida. Y en esa mañana que despertó del sueño, por primera vez no peleó contra sí mismo ni contra el mundo. Se levantó entonces decidido a seguir viviendo. Trató con dificultad de bañarse y vestirse decentemente sin saber con certeza qué prendas estaba usando. Se paró frente al espejo a mirarse, y en la oscuridad se imaginó el rostro que vio la última vez antes de quedarse ciego, algo nada parecido a lo que se reflejaba realmente en ese momento. Ahora

tenía una barba que le crecía por pedazos, estaba curtido hasta las orejas, las cuencas de los ojos eran profundas y negras, los vellos sin control se le asomaban por las fosas nasales, tenía moretones y cortadas pequeñas en la cara y brazos, la camisa puesta al revés y las medias no le coincidían. Sin embargo, aceptó vagamente lo que estaba pretendiendo. Sacó un puñado de billetes del carriel y por fin atravesó la línea que lo separaba de la calle. Apenas estuvo sobre la acera, giró a la izquierda y, pegado como una araña a las fachadas vecinas, se dirigió a la tienda de don Javier en la esquina de la cuadra. La misma tienda donde a veces iba a tomar cerveza y a ver los partidos de fútbol. Su paso era demasiado lento, obviamente como el de un ciego novato que ni siquiera ha aprendido a usar bastón. Era difícil adivinar si se trataba de un borracho o de un verdadero invidente. Se sorprendió al notar cómo su sentido del oído se había agudizado. Le costó un poco acostumbrarse a escuchar los pitos, los motores de los carros y las motos zumbándole casi dentro del cerebro.

Calculaba distancias según el efecto Doppler causado por personas y vehículos en movimiento. Podía escuchar la música de los radios y los noticieros en los televisores sonando dentro de cada casa. Pero a pesar de la ayuda de su nuevo sentido, el Ciego sabía que tenía que aprender a caminar de nuevo, porque cuando trataba de hacerlo despegado de las paredes parecía un zombi tambaleándose hacia los lados con sus manos extendidas y rectas buscando palpar algo o alguien. Así, con ese método de aprendizaje fue que se estrelló con la señal que indicaba un pare en la esquina y supo que había llegado a la tienda de don Javier. Entró lentamente, pues había un par de escalones para subir, y al cruzar la puerta pudo sentir las miradas sobre él.

De inmediato hubo un silencio repentino, solo se oía el sonido emitido por el televisor. Un par de vecinos se pararon de sus mesas para ayudarlo, pero fue el Gato quien cogiéndolo de gancho se apresuró a sentarlo en la mesa donde a veces pasaba la noche tomando guaro.

El Gato era un joven blancuzco de ojos claros y rasgados,

traía un pelo rapado a ambos lados de la cabeza y un bulto de crespos que le cubrían desde la frente hasta la nuca.

—Lo siento mucho Rogelio, qué tragedia mi hermano —le dijo el joven mientras del brazo lo ayudó a sentarse —¿Quiere tomarse algo?

—No, muchas gracias, Gato —el polvorero lo reconoció por el timbre y el acento —ya he tomado suficiente.

—¿Le duele? —preguntó sin escrúpulos el Gato que volteó su silla para sentarse apoyando el pecho en el espaldar de esta ¿No puede abrir los parpados?

—Ya no me duele tanto, estoy sanando.

—Me dice si puedo ayudarlo en algo, Rogelio —hubo un silencio prolongado en el que el Gato se terminó de tomar su cerveza y luego fue directo al grano—. Por ahí se comenta que usted conoce bien al patrón.

—Mierda que inventa la gente, Gato. No les haga caso.

—Eso no es un secreto para nadie, Rogelio. Yo conozco bien a Patricia, una de sus trabajadoras, y bien, ¡sí que la conozco bien! —dijo dejando escapar una risa maliciosa.

—¿Qué quiere?

—Consígame trabajo —le dijo el Gato acercándose al oído y apretándole con su mano el antebrazo —Yo hago lo que sea por el patrón.

—No sea pendejo hermano. ¿Quiere terminar así como yo, ciego, solo y maldito?

—Tranquilo que no es para tanto, no se altere. Además de que se queja si por ahí dicen que usted quedó millonario.

Con un movimiento inesperado el polvorero se metió la mano al bolsillo, sacó un par de billetes y a tientas buscó el brazo del Gato. Cuando lo encontró le siguió el contorno con el tacto hasta encontrarle la palma de la mano. El otro entendió el gesto y cerró el puño. El polvorero le entregó dos billetes de cien dólares.

—Ayúdeme a encontrar a Rosita, estoy desesperado —le suplicó casi llorando.

El Gato abrió la palma de su mano para averiguar qué le había entregado, y al ver los billetes quedó anonadado.

—¿Entonces sí es verdad lo del patrón? ¿¡No viejo picarón!?

—volvió a preguntar acercándose lo suficiente al Ciego como para rociarle la cara con su aliento de cebada fétida—. ¿Hay que bajarse a Rosita o qué?

—¡Cuál bajársela ni que ocho cuartos! No sea pendejo. De eso hablamos luego, por ahora le estoy pagando para que me lleve a pasar el puente de San Juan, quiero saber qué se siente el estar ahí parado.

—¿Como así Rogelio? ¿Al puente que le acabaron de meter el bombazo? ¿Se volvió loco? ¿Qué tiene que ver Rosita con ese puente? No le entiendo llave.

—Lléveme que para eso le estoy pagando. Además si quiere también le pago para que deje de preguntar estupideces —finalizó Rogelio parándose y dejando un billete sobre el vidrio de la mesa.

El Gato buscó con la mirada a don Javier detrás del mostrador y ambos se miraron asombrados. Nunca habían visto billetes de cien dólares.

El polvorero y el Gato salieron de la tienda como una pareja de ancianos enamorados, tomándose de gancho, y así doblaron la esquina donde está la tienda. Caminaron a paso muy lento las dos cuadras llenas de talleres y casas viejas de ventanas de madera y puertas estrechas, y llegaron de frente a la avenida San Juan. Doblaron a la derecha y la base del puente los estaba allí esperando, caminaron otra cuadra abarrotada de carros que esperaban la actualización de sus parlantes viejos o que les instalaran un nuevo radio robado. Atravesaron una oreja que desvía los carros hacia la autopista y tuvieron que pasar al lado de las carretas y los costales que los pordioseros dejan acumulados al frente de la bodega de reciclaje ubicada justo antes de subir el puente. Cuando finalmente estaban sobre la estructura de concreto en el punto medio sobre el río, el Ciego le pidió a su nuevo trabajador que le narrara todo lo que viera.

—El río —comenzó a nárrale el Gato desganado— se mueve lentamente, porque como siempre es un asco, sobre las islas de cascajo hay bolsas de basura y varios gallinazos. Eso usted lo sabe, hermano. En realidad no hay nada extraño, solo que los dos carriles del puente que dan hacia la Macarena están cerrados. La explosión de la bomba fue tan fuerte que afectó la estructura, y en este momento la están arreglando. Eso sí, tenga cuidado con las barandas que todas las están cambiando, hay unas flojas, creo. Al otro lado del río en el lote baldío frente a la Macarena están ese enjambre de desechables que se mantienen ahí soplando. Nada distinto, usted sabe, como le digo, lo mismo de siempre.

El polvorero quiso seguir avanzando, pero tuvo un ataque de pánico al sentir la estructura vibrando cada que pasaban los carros. Las piernas comenzaron a temblarle y empezó a respirar más agitado cuando se imaginó la apocalíptica escena de muerte con la que él había colaborado.

—Hubo pedazos de gente que quedaron pegados en el techo del puente y a otros los encontraron en el río nadando —dijo tratando de mezclar el morbo con humor el inoportuno del Gato.

Todo el tiempo que tardaron en cruzar el resto del puente el Ciego permaneció callado, parecía estar meditando o tal vez tratando de sobrevivir a la tortura física y mental por la que estaba pasando. Parecía no estar oyendo las estupideces que seguía diciendo el muchacho de ojos azules. Estupideces como la invitación que le hizo para que se metieran a la cueva de Barrio Triste y se gastaran los dólares soplando.

—Necesito ayuda Gato. Es imposible vivir en este infierno. Pégueme un pepazo que yo le pago. ¿Quería trabajo? Bueno, entonces pégueme ya mismo un pepazo aquí —le dijo poniéndose el dedo índice y el del medio en la sien, como si fueran el cañón de una *Mágnam*—. Esto es demasiado, ya no puedo soportarlo —dijo tratándose de arrancar el pelo con las manos.

—Tranquilo Rogelio, tranquilo que le va a dar algo. Venga lo llevo a conseguir lo que necesita y salga de ese despecho tan verraco. Con razón dicen que dos tetas jalan más que dos carretas.

—Ojalá fuera solo un despecho por lo que estoy pasando.

Caminaron por las calles de Barrio Triste y el Ciego podía escuchar nítidamente la bulla que hacían los motores, los golpes de martillos, los tornos girando, las tronzadoras cortando, los compresores, las soldadoras, las pistolas neumáticas y los perros ladrando. También le causó náuseas el olor a sancocho que salía por la puerta de los restaurantes improvisados, mezclado con el olor a aceite industrial, metal fundido y llanta quemada.

Se metieron hasta al corazón de ese barrio donde los portadores se confundían con los mecánicos. De pronto caminaron más despacio hasta que sin previo aviso se detuvieron por completo.

—Llegamos —dijo el Gato.

El Ciego escuchó al joven tocar una puerta tres veces, parecía estar un poco agitado. Por el sonido seco de los golpes adivinó una puerta de madera robusta y vieja, luego escuchó el sonido de las bisagras chirriando.

—Dos papeletas de las grandes para fumar adentro en privado, la pieza de siempre, la cuatro si está disponible. Dígale a Loreta que soy el Gato —pidió con su voz impaciente que iba acelerándose.

—¿Qué está pasando, Gato? ¿Dónde estamos?

—Estamos en la cueva, no se asuste que aquí me conocen.

—¿Cómo que dos papeletas? ¿Usted qué está comprando?

—Ya va ver, hermano, que lo voy a mandar pa'l cielo sin necesidad de meterle su balazo. Usted me pidió que lo ayudara, pues lo estoy ayudando.

La puerta volvió a abrirse y la persona tras de ella les dijo: ¡Háganle pues pa' dentro que por ahí están los sapos rondando!

—¿Cómo que la pieza de siempre! ¡Explíqueme qué está pasando!

—Tranquilo, Rogelio, que plata tenemos. Cuando yo estoy en problemas me vengo para la cueva, me meto un par de bazucos, me olvido de todo el mundo y todo queda arreglado. ¿O usted qué creyó? ¿Que por ser zarco es que me dicen el Gato?

—¿Pero cómo que una pieza! ¿¡Para qué una pieza!?

—No me va a decir que usted esta pensando... ja, ja, ja. ¡Tranquilo que no es pa' eso! —contestó el Gato riéndose—. A mí me gustan las mujeres. Lo que pasa es que lo que usted va a probar hoy es mejor que lo haga con cuidado y en privado, porque usted ciego y bien loco se termina tirando de ese puente.

El Ciego escuchaba gente hablando por todos lados. Risas, llantos, discusiones, música, y unas mujeres gritando. Podía oler los aromas cambiantes, cigarrillo, mariguana, sangre seca, sangre fresca, pero sobre todo el olor a bazuco fue lo que le quedó impregnado.

—¿Cuánto? —preguntó la persona que los llevó hasta el cuarto.

—El día entero —contestó el Gato.

—El pago es por adelantado.

—A ver Ciego, pásame otro de esos verdes.

Al ver un billete de cien dólares el casero abrió la puerta y se comportó como el botones del hotel más sofisticado, invitándolos a pasar al cuarto con una venia. Luego le entregó de su puño una bolsa negra al Gato. En el cuarto había tres colchones apilados, las paredes de tapia y ladrillo estaban destrozadas, los ladrillos desnudos y desgastados como si se los hubieran comido las ratas. Había manchas de todo tipo. Los colchones estaban curtidos por ambos lados y las manchas de estos eran peores que las del cuarto. Solo había una ventana de madera, pero estaba sellada con clavos.

Ya dentro del cuarto y con la puerta cerrada, la bulla exterior disminuyó notablemente. El Gato abrió la bolsa negra y olió el contenido.

—Espéreme un rato Rogelio. Ya vengo que necesito entrar al baño.

La ansiedad y el olor a bazuco le revolviéron el estómago al muchacho. El Ciego permaneció entonces solo en el cuarto, se quedó palpando las paredes, gateando por el piso, tratando de abrir la ventana y separando los colchones. En un momento se preguntó hasta dónde había llegado, hasta dónde el desespero lo había empujado. Intentó escapar de allí, pero se dio cuenta que

estaba encerrado. La puerta tenía por fuera un candado. Esta vez, y como si ya no hubiera sufrido suficiente, la oscuridad le generó un nuevo pánico. Sintió muchísimo miedo porque sabía que en el momento en que quisiera escapar de la oscuridad se volvería completamente loco. Ese día despertaría en su interior la esquizofrenia y entonces no pudo contener el llanto. Se arrodilló y se orinó en los pantalones.

Transcurrieron no más de cuarenta minutos, pero el Ciego sintió que varias horas habían pasado. Encerrado en esa pieza perdió la noción del tiempo y del espacio, hasta que por fin sintió que abrieron el candado y luego la puerta. El Gato lo encontró en un estado vulnerable y tendido sobre un colchón.

—¿Qué pasa Rogelio? ¿Lo afectó el olor a bazuco?

Y riéndose de él, pero a la vez sintiendo lastima, se sentó a su lado como para consolarlo. Abrió la bolsa negra, sacó un polvo amarillento, raspó algo de ladrillo de las paredes, lo mezcló con algo de mariguana, y con un papel blanco armó un cigarro. Lo encendió con ojos cerrados de placer, fumo una bocanada profunda que mantuvo adentro y luego le pasó el cigarro al Ciego. Sin saberlo, con ese acto terminó por soltarle las cadenas al diablo.

Capítulo XIII

El siete de agosto de 1991 a la una de la tarde en punto, la señora de vestido azul y pañuelo rojo amarrado en la garganta encendió el micrófono detrás del mostrador, y dijo: “señores del grupo cuatro, vuelo American Airlines 933 con destino a Puerto Príncipe, favor abordar”. Margarita, tratando de mantenerse a flote sobre la profunda laguna de resignación que trataba de ahogarla, abrazó con las dos manos su mochila al igual que lo hace una niña con su osito de peluche. Se paró de la silla para hacer la fila con los otros tres misioneros que la acompañaban, a quienes apenas acababa de conocer en el aeropuerto de Miami. Luego de varios meses de gritos y discusiones fuertes en las que ella y sus padres se lanzaron maldiciones, finalmente había cedido y asimilado su derrota aceptando que su destino y el de su familia dependían solo de este viaje.

—¡Los haitianos parecen gente muy humilde pero a la vez muy simpática! —le dijo Margarita solo por romper el silencio al padre Ubaldo Collado, un misionero dominicano que dirigiría la travesía desde Pétion-Ville en Puerto Príncipe hasta Gonaïves, en Artibonite, un distrito ubicado al noroeste de la isla.

—Es cierto, hermana Margarita —contestó el padre mientras buscaba su pasaporte en la maleta de mano—. En general son gente buena y feliz a pesar de que han pasado por muchas calamidades. Desgraciadamente para ellos su tierra y su patria están consagradas al diablo.

Margarita quedó en silencio, pensativa a causa del comenta-

rio. No supo qué contestar en el momento porque no sabía muy bien hacia dónde se dirigía. Mientras seguía haciendo la fila para abordar miraba ahora con más atención a los pasajeros negros. Sus pieles tan brillantes reflejaban los neones del techo, caminaban con mansedumbre. En sus pupilas oscuras como la propia tez encontraba una mirada tan penetrante que llegó a asustarla, o tal vez solamente quedó sugestionada por el comentario del padre Collado. Los hombres, en su mayoría, usaban pantalones de dril con preses y tenis blancos o zapatillas cuidadosamente lustradas, chaquetas deportivas de colores llamativos y gorras alusivas a equipos de beisbol norteamericanos. Iban cargando cajas de cartón o bolsas de fique con rayas y agarraderas. Las señoras que viajaban con ellos, eran de una avanzada edad, o por lo menos evidenciaban el cansancio acumulado de una vida dura. Era fácil adivinarlo en sus piernas y pasos de flamenco. Usaban sombreros de terciopelo con copa alta y cintas de colores con forma de moños y flores, como si vestirse para ir a la iglesia o montarse en un avión estuvieran equiparados en elegancia.

Ya en el avión Margarita se sentó al lado del padre Ubaldo Collado, tal como lo indicaba el número en su boleto. Y aunque sabía que su posición en esa silla no era más que otra coartada fabricada con el dinero de su padre, sería el momento perfecto para indagar cuál sería su supuesto papel en las misiones, sobre las cuales solo se le había dicho que iba a ayudar al prójimo. Una vez despegó la aeronave y se elevó lo suficiente para poder pasar a un ángulo de cero grados en inclinación, Margarita dejó de agarrarse con sus uñas a los descansabrazos del asiento y nuevamente se decidió a romper el incómodo silencio

—¿Qué quiso decir con lo del diablo, padre? ¿Es una de esas metáforas de la Biblia?

—Nada de metáforas, hija mía. Haití es un país maldito, consagrado oficialmente a religiones y fuerzas oscuras lideradas por el mismísimo Lucifer. Es evidente que ese es el origen de sus desgracias. Está más que comprobado y usted misma podrá verlo. ¿O cómo se explica que el altísimo se ensañe siempre contra la misma gente?

—¿Cómo así padre? ¡Me está asustando!

—No hay por qué asustarse, hija mía. Nosotros vamos protegidos por el todopoderoso —el cura empuñó el crucifijo de madera que colgaba de su cuello y lo besó mientras apretaba los párpados—. Nuestra misión es la misma que la de los apóstoles: difundir la palabra de nuestro Señor sin importar a quién o en dónde. Cristianizar esos cuerpos malditos y hacerles entender que Dios solo hay uno, y es el nuestro. Eso garantiza que nada va a pasarnos.

—¿Y cómo?

—Convirtiéndolos al cristianismo como hicieron con nosotros, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

—Lo que da más tristeza hija mía es que físicamente la isla todavía es una belleza. Haití significa tierra de altas montañas. Podrás ver el por qué desde el avión cuando la sobrevolemos. Es verdaderamente majestuosa, es como volar sobre tu pueblo, pero esta vez bañado por un mar infinito. Esta igual que en su pasado más glorioso, cuando a La Española se le conocía como “La Perla de las Antillas”. Y así fue por años hasta que a un esclavizado rebelde llamado Makandal se le ocurrió envenenar a los dueños de las plantaciones. Después apareció Boukman, Toussaint Louverture, Jean-Jacques Dessalines, y así sucesivamente, hasta tener la escoria de dirigentes que llevaron al pueblo a la ruina. Para nadie es un secreto que luego de años de saqueos y robos hechos por todos esos gobernantes poseídos por el demonio, la isla quedó en el olvido y ahora nos toca a nosotros los dominicanos lidiar con esa peste. ¿Alguna vez usted ha visto niños bebiendo agua de las cunetas como los perros? Prepárese.

—Increíble que la miseria de tantos dependa de la voluntad y codicia de unos pocos —interrumpió Margarita en uno de esos segundos de lucidez que hacía tiempo le tenía secuestrada la bebida.

—Desde 1791 Haití se olvidó de Jesucristo y se consagró al demonio por 200 años, aceptando el vudú como su religión oficial. Dicen que eso les dio el valor para convertirse en el primer país americano en obtener la independencia. Escuche esto

hermana Margarita —el cura sacó unos recortes de periódico de una carpeta que llevaba en la maleta y comenzó a leer al pie de la letra: “De Gonaïves era Clervius Narcise. Ésta es mi tumba, aquí es donde me enterraron. Cuando fallecí me metieron en esta tumba. Yo morí el 3/5/1962 y fui enterrado al día siguiente. Me metieron aquí debajo y estuve más de dos días sepultado. Después vinieron a buscarme. Me llamaron. Oí que me decían ‘levántate’ y yo me levanté y salí de la tumba contestando a los que me llamaban. Estaba muy agitado. Me senté en la tumba y me amarraron los brazos con cuerdas. Después me tuvieron trabajando en una plantación durante dos años y nueve meses”. —Narcise es el zombi más famoso del mundo, y no es para menos. Un informe judicial del 26 de enero de 1980 identifica como Clervius Narcise al individuo que fue hallado el 18 de enero de ese año, vagando semidesnudo y en estado de shock, por las afueras de su pueblo natal. Sin embargo, el 3 de mayo de 1962 se había certificado su muerte en el hospital Albert Schweitzer, de Gonaïves. Gracias a una terapia, Narcise se recuperó parcialmente, lo que no ha ocurrido con casi ningún otro caso de zombificación, y pudo de esta forma aportar datos para una investigación posterior. Narcise contó en detalle cómo su alma había sido robada por un bokor, hechicero especialista en el uso de venenos y en separar el alma del cuerpo, según la creencia del vudú, y la manera en que su cuerpo paralizado había sido enterrado vivo. Este ‘muerto en vida’, un zombi en definitiva, detalló el terror de escuchar a los médicos certificando su muerte y su incapacidad de gritar que estaba vivo. Relató la agonía de permanecer encerrado bajo una tierra húmeda horas interminables, y cómo fue desenterrado por el bokor y sus ayudantes. Golpeado, atado y vendido como esclavo en una plantación, donde había otros zombis como él. Cuando el capataz de la plantación murió, los zombis comenzaron a vagar durante años por los caminos de Haití, hasta que la fortuna lo llevó nuevamente a su ciudad, donde fue reconocido por su familia. Narcise, casado y padre de un hijo, fallecería, esta vez para siempre, años después. Hasta ahora, no ha vuelto a levan-

tarse de su tumba. Una cosa es lo que creen los haitianos sobre el proceso de zombificación y otra muy distinta es cómo se fabrica científicamente. Muchas familias de Haití, ante el temor de que sus parientes muertos puedan ser desenterrados y convertidos en zombis, los hacen morir por segunda vez: les disparan un tiro en la cabeza o le inyectan al cadáver un poderoso veneno. Otros los estrangulan y hay algunos que han llegado a decapitarlos para impedir que los hechiceros puedan hacerlos resucitar. Para la ciencia, en cambio, un zombi no es otra cosa que un ser vivo narcotizado con un poderoso veneno conocido tetrodotoxina, sesenta mil veces más potente que la cocaína y quinientas más que el cianuro, extraído de algunas plantas, algas marinas o peces, empleado por los houngan a la perfección. Ciencia o magia negra, el temor a la zombificación ha sido utilizado siempre en Haití como mecanismo de control social y político.

—¡Pero Gonaïves es hacia donde nos dirigimos, padre!
—dijo Margarita cuando el sacerdote terminó la lectura y por fin ella pudo parpadear y cerrar la boca—. Necesito un trago, pensó.

—Efectivamente, hija mía. Por eso a lo que hacemos se le llama misión.

—¿Qué es el vudú?

—Son cosas de negros que se encargaron de poner los santos patas arriba. En esencia se basa en el premio y el castigo, el bien y el mal. Pero en Haití la gente lo ha usado en gran parte para conseguir más el castigo. Los haitianos creen que todo en sus vidas ocurre a través de los loas, los espíritus, y las desgracias son ocasionadas por la brujería, nunca por ellos mismos. Por asumir esto concluyen que no hay mucho que pueda hacerse para cambiar las cosas: todo está en manos del destino y los hechizos, de un houngan o un bokor. Los rituales por lo general son muy complejos, hay varias deidades, ocurren multitudinarias posesiones demoniacas, brutales orgías sexuales, sacrificios rituales con derramamiento de sangre de gallinas, cabras y hasta niños. Los tambores siempre acompañan los rituales, fuman y beben yerbas raras mezcladas con tabaco y ron. Esa combinación ge-

neralmente termina provocando un éxtasis, un estado mental que la gente confunde con espiritual. Por ejemplo, creen que los zombis y los espíritus de los muertos bailan con ellos, la gente tiene extrañas contorsiones y los ojos se les blanquean cuando el loa habla a través del danzante.

—Un momento, padre. ¿Dijo usted niños? —Margarita interrumpió, cerró los ojos y se los frotó con ambas manos. Parecía estar despertando de una pesadilla. Estaba confundida, descubriendo que se había montado en el avión equivocado sin opción de regresar.

—Los niños, a pesar de ser inocentes de los actos de los adultos, quedan esclavos de los espíritus malignos, inclusive he escuchado que los han quemado vivos o los han degollado, pero eso fue en el siglo pasado, parece que ahora no lo hacen, aunque en Haití de todo se ha visto.

—¿Y nosotros cómo vamos a convencerlos de la palabra del señor? —Yo no puedo hacer esto. La verdad es que yo estoy aquí porque mi padre y mi madre casi que me obligaron.

—*Good afternoon. Would you like any peanuts, cookies, orange juice, coffee, water?* —la azafata interrumpió la conversación y Margarita no volvió a pronunciar palabra hasta que aterrizó el vuelo.

Llegaron a Puerto Príncipe cuando comenzaba a caer la tarde, y aunque a través de la ventanilla del avión el día parecía fresco, inmediatamente abrieron la compuerta, Margarita comenzó a sudar debido a la humedad en el ambiente, también pudo ser el miedo que le causó pisar ese suelo maldecido, ese mismo por donde caminaron para poder entrar a un edificio descolorido, el aeropuerto Toussaint Louverture. Pasaron inmigración sin problema gracias a su condición de misioneros. Recogieron las maletas y salieron de aeropuerto que olía a humedad de tapete y de aire acondicionado viejo. Margarita no pudo saber si había sido por la conversación durante el vuelo o si en realidad estaba sintiendo que en la isla se podía respirar una especie de maldad invasora de la atmósfera. Afuera del aeropuerto, revuelto entre un tumulto de taxistas y oportunistas con uniforme y corbata

pescando clientes, resaltaba por su altura Lunis Hyacinthe, más conocido como Dudu, sosteniendo con ambas manos un cartel que decía: “Ubaldo Collado, *akeyi misyonè yo*”.

Dudu, conductor de una vieja camioneta color marrón que al parecer solía ser roja, dirigió a los misioneros a través del parqueadero haciendo un esfuerzo por alejar a todos los que se acercaban a tratar de vender algo u ofrecer toda clase de servicios. Le abrió caballerosamente la puerta a Margarita y subió al carro después de acomodar las maletas. Intentó un par de veces de encender el motor y a la tercera o cuarta vez lo consiguió, de inmediato el radio sonó el kompa, la música que se escuchaba en cada rincón de la isla.

—¿Que es lo que cuelga del retrovisor? —preguntó margarita a Dudu, que entendía y hablaba perfectamente el español.

—Es una banderita de Haití y la imagen de Ezili Dantor, nuestra virgen negra y madre loa.

—¿Y esas cosas amarillas con forma de espiral? —siguió preguntando Margarita luego de pasar saliva lentamente por la garganta.

—Son velas que me protegen de los malos espíritus.

Los misioneros rodearon y dejaron atrás la estatua del liberador postrada sobre la glorieta que sale del aeropuerto. Iban con las ventanillas de carro abiertas para ventilarse un poco, pero nada de eso funciona en una ciudad deforestada. Las espaldas y las nalgas las llevaban mojadas por el sudor. A los pocos minutos de viaje entraron en la autopista principal. Una arteria con trombosis, adornada en ambos costados por pedazos de muros viejos que se niegan a caer, devorados en sus bases por una maleza que nadie se explicaba cómo se alimenta de cemento Portland y bloque, los pedazos que permanecían de pie estaban todos pintados con publicidad hecha a mano por un artista empírico, puro pulso, brocha, regla, compás y transportador de pasta. En créole se leían avisos hechos con copias perfectas de Times, Arial, Helvética, todos siempre acompañados de caras de bebés asimétricas, repuestos de carros sin perspectiva, ollas sin fondo, bicicletas y motos bien detalladas. A simple vista,

dibujos feos pero hechos con amor y dedicación. Cualquier artículo o servicio existente en Haití había sido convertido en publicidad sobre esos muros. Este fue el paisaje que distrajo a Margarita por un instante, pues se quedó mirando cada dibujo con detenimiento.

Cuando ya se iban acostumbrando al paso somnoliento de la autopista, bajo el efecto arrullador del calor y los motores que vomitaban por sus mofles agónicas bocanadas de humo gris, desembocaron directamente donde hoy en día Dante podría haberse sentado a describir con inspiración su *Inferno*: el centro de Puerto Príncipe, lugar devorador de almas humanas.

Al salir del caos del centro en cuya descripción es mejor no entrar en detalle para no desanimarse, se comienza a subir unas empinadas lomas con dirección a Pétion-Ville, donde el ánimo tampoco mejora y, por el contrario, se sigue desvaneciendo a medida que el aire se va mezclando con olores de basura amontonada y de riachuelos negros que bajan por las laderas de las montañas. Antes de llegar a su destino los misioneros debieron seguir casi una hora trepando esa loma de laderas polvorientas donde improvisadas casas de invasión se aferran a las rocas como las mismas cabritas de las que sus habitantes se alimentan.

Para terminar el día, luego del panorama depresivo que dejó a los viajeros sin pronunciar palabra a la hora de bajar sus equipajes, entraron a la casa donde iban a hospedarse hasta el día siguiente. En horas de la mañana, y después de un merecido descanso, partirían con dirección a Gonaïves. Margarita estaba física y mentalmente exhausta, pero a pesar de eso y de que solo había pasado un día, ya no podía decidir si seguía arrepentida o interesada en la misión. Se recostó en su cama un rato y tuvo que hacer un esfuerzo que la puso a sudar tratando de controlar el deseo de tomarse un trago triple, o cuál trago, lo que quería era bogarse una botella sin despegársele del pico.

En medio de la pensadera y la ansiedad se paró al borde de la ventana para observar un puente y lo que parecía ser un antiguo riachuelo ya seco, pues de él solo quedaban las piedras pequeñas y redondas sobre las cuales unos cerdos desnutridos y unas ca-

bras negras se alimentaban de basura, también había un par de fogatas muertas que aun soltaban un hilillo de humo negro cuyo aroma alcanzaba a meterse por las celosías de la ventana. Viendo ese cuadro Margarita todavía no podía creer cómo la vida la había llevado de la Casa del Millón en su exclusivo barrio de Laureles hasta ese lugar en el que ya había percibido unas extrañas energías. A pesar de eso, y más por el convencimiento de sus padres, pensaba de igual manera que algo positivo hacía y eso le daba un poco de refugio. Ella sí se reconocía como una persona religiosa y buena, pero aceptaba que en gran parte lo era más por obligación que por convicción. En fin, supo que esa pelea la resolvería con el pasar de los días, y lo que sí tenía claro es que, como le dijo el cura Eduardo, las misiones la salvarían a ella y a su familia y que sobre todo aquel amor roto que la dejó perdida en un laberinto de tristezas sin salida, en unos cuantos meses no sería más que un mal recuerdo que desaparecería junto a su adolescencia. Luego de esto cayó dormida, derrotada por el cansancio.

A la mañana siguiente partieron según lo acordado. Margarita se veía un poco renovada luego de ocho horas continuas de sueño, sin embargo, seguía conteniendo un remolino de sentimientos por dentro, pues no había terminado de asimilar el golpe. Dudu, con la caballerosidad de siempre, montó las maletas al baúl del carro. Le abrió la puerta a la dama y luego de una corta oración que sermoneó el padre Ubaldo para buscar protección en el camino, tomaron la carretera para continuar el ascenso de las montañas que encierran a Puerto Príncipe. Después de una hora de recorrer las vías ya más amables por estar rodeadas de naturaleza, paisajes que quitan el aliento y un clima que se transformó de manera drástica, Margarita sintió estar en casa, le pareció estar subiendo a Santa Elena, las afueras orientales de su ciudad natal ubicadas a más de dos mil metros de altura. De vez en cuando se encontraban pequeñas y curiosas casas campesinas que se hacían interesantes porque conservaban la arquitectura caribeña pero adaptada al frío de la montaña, casas en su mayoría rodeadas de largos cultivos, gallinas, cabras y vacas.

Después de completar dos horas de camino, a petición del padre Ubaldo, Dudu desvió el carro hacia un pequeño pueblo conocido por tener un mercado de artesanías y venta de toda clase de plantas. Era una agradable sorpresa que les tenían guardada a los misioneros para distraerlos y para que, como se acostumbraba en ese viaje hacia Gonaïves, decía Dudu mientras estacionaba, los pasajeros estiraran las piernas.

Ya dentro del mercado era difícil apreciar el arte pues cuatro o cinco personas locales que al parecer controlaban la plaza seguían a los misioneros como guardaespaldas para hacerles todo tipo de recomendaciones y venderles cualquier clase de artículo y así cobrar su comisión. Entonces abriéndose espacio entre pedradas cabezas negras amontonadas alrededor de los ventorrillos, y atravesando con la mirada las secciones de toldillos armados con madera y tela, Margarita vio una puerta vieja y esbelta que parecía ser la entrada a la zona donde vendían todo lo relacionado con el vudú. Por un impulso desconocido se dirigió allí tomando de gancho a su guía Dudu.

Al atravesar aquella puerta doble, la línea que separa la realidad de la ficción se tornó difusa. La atmosfera se oscureció a pesar de la luz que se colaba por los arabescos de barro y los barrotes de las ventanas que adornaban las paredes blancas. Margarita inclusive sintió algo de temblor en las piernas. Por unos segundos consideró regresar y dejar su curiosidad viva, pero Dudu la convenció que con él estaría segura si quería seguir explorando.

Mientras recorrían los callejones, Dudu le seguía contado a Margarita la historia de su madre, quien había tenido una pelea de faldas con la amante de su padre. Aquella rivalidad terminó en una guerra entre familias, como suele ocurrir con frecuencia en la isla. La disputa que empezó con arengas callejeras se transformó en algo tan serio que la amante decidió acudir al vudú para sacar a su rival de la pelea. Desde ese momento, y sin ningún antecedente clínico de demencia, la mamá de Dudu enloqueció en el transcurso de pocos meses, hasta que un día, abrió la puerta de la casa y comenzó a caminar por las calles de Gonaïves rasgándose las vestiduras y hablando incoherencias.

Como era de esperarse, Wallax, el hermano mayor de Dudu, buscó ayuda en el vudú, y para poner final a la desesperada situación, bajo las recomendaciones del sacerdote, tuvieron que prenderle fuego a la casa con todas las posesiones de su madre adentro. La madre nunca se recuperó y terminó como una anciana loca viviendo y durmiendo en las calles de Puerto Príncipe. O por lo menos eso era lo que Dudu contaba mientras, cabizbajo, miraba el suelo de barro del lugar.

—Ven, quiero presentarte a alguien —dijo Dudu para cambiar de tema y llevó a Margarita hacia un toldo que parecía más un altar gracias a un cuadro gigante con la imagen descolorida de Ezili Danton colgado en el fondo.

En el ventorrillo había velas encendidas y cientos de botellas decoradas con lentejuelas que contenían toda clase de menjurjes. Había crucifijos, plantas, tambores, pinturas con los rostros de Jesús y la Virgen María. Al lado en las estanterías y regados por el piso, había hombrecitos de trapo, cráneos humanos y de cabras pegados a cuerpos cuya piel era un cuero de animal bien amarrado para evitar que sus intestinos y órganos hechos de paja y algodón se salieran, y sobre esos cuerpos había incrustados espejitos redondos en áreas específicas. Había muñecas de aquellas que toman tetero y hablan, pero estas, que parecían haber estado en la basura por años, portaban en una mano una espadita de juguete forrada en papel aluminio y un corazón sangrando hecho de papel con engrudo en la otra. Sus ojos estaban pintados de rojo, como si estuvieran llorando sangre.

—Imagine usted este accidente: una persona en la ciudad atropella una niña con su vehículo y escapa como alma que lleva el diablo adentro —comenzó hablando en español el sacerdote que atendía el altar, mientras miraba fijamente los ojos asustadizos de Margarita—. El conductor, consciente de lo que ocurrió, deja abandonada a la niña mientras ella pide ayuda antes de morir. La familia de la niña, desconsolada y llena de rabia, buscará hacer justicia, pues es lo único que creen que podrá apaciguar su dolor. Pero Haití es un pueblo sin nada de eso, sin justicia ni ley, abandonado a su suerte por sus gobernantes mezquinos.

Entonces pasa lo inevitable y la familia busca esa justicia por sus propios medios. El vudú tiene el poder de dar esa justicia que la gente busca, hija mía —el sacerdote negro de ojos muy blancos le puso a la pobre una mano en el hombro y el inclinó su cabeza hacia su pecho—. La familia —continuó— puede inclusive comprar el tipo de justicia que desea: que el culpable se enferme, pierda su pareja, quede en la ruina o sufra lentamente hasta morir. Pero esto sólo ocurrirá si la persona culpable lo merece, es decir, no se puede hacer el mal a alguien de manera deliberada si este no ha hecho nada malo ni tiene una deuda pendiente con las fuerzas oscuras de la naturaleza. Lo mismo ocurre de manera positiva. No puedes conseguir o regalar ninguna bendición: ni suerte, ni mujeres; la paz, salud o el dinero, si no lo mereces, o la otra persona a la que se lo quieres dar tampoco lo merece. Ahora, ¿se te ofrece algo? Dudu es mi amigo de infancia, te puedo dar un buen descuento.

Capítulo XIV

En la selva el tiempo se hace denso y adquiere peso. Los días se pierden no se sabe dónde y la vida del hombre se va extinguiendo en ese inmenso espacio de monotonía que solo saben soportar bien las plantas, los insectos y las bestias. Más o menos eso, pero con palabras más sencillas, le decía el Niche a la calavera con ojos que tenía por paciente. Mosquera no sabía si sus palabras expresaban el pesar que sentía por sí mismo o por ese esqueleto encadenado que tenía bajo custodia las veinticuatro horas del día. Ya ambos eran dueños de su propia monotonía. Hablaban un rato en la mañana, si es que se le puede llamar hablar a los quejidos del Niche y al otro solo moviendo la cabeza y a veces un dedo o una ceja. Luego desayunaban juntos, si es que puede llamársele desayunar al Niche tratando de convencer o, mejor, forzando a su paciente para que abriera la boca como un bebé de meses. Más tarde el Niche sacaba una roca pura de coca que no le dejaba cerrar el puño, recién cocinada y todavía tibia. La raspaba con un cuchillo, la mezclaba con tabaco o mariguana y, para soportar el martirio que solía llamar destino, se la fumaba desesperadamente. Al fin de cuentas ya era un adicto. Mosquera se drogaba cada día más para poder soportar la locura que lo estaba tentando mientras pasaba más y más días viviendo en la penumbra del sotobosque, rodeado por palmeras, caobas y epífitas. No podía soportar verse a sí mismo y a su paciente siendo devorados por la tierra, las hormigas, las tarántulas y los parásitos que jamás daban tregua.

Cuando Mosquera conoció al secuestrado por primera vez, el color de su piel y de sus ojos le dijeron que este era un hombre de buena familia. Luego descubrió que estaba en lo cierto y que este tenía esposa y dos hijas pequeñas. Era un empresario adinerado que llegó a ese cambuche con cachetes y barriga rellenos, pero ahora, de eso solo quedaban fotos. El hombre se había echado a la pena y anhelaba la muerte, tanto que llegó a pedirle al Niche que le metiera entre las sabanas una serpiente, un alacrán gigante o cualquier bicho que lo envenenara con su mordedura, pero el Niche sabía que así la idea pareciera buena, aquello también podría asegurarle un balazo en la cabeza.

Mosquera nunca imaginó que él, un hombre acostumbrado a dar la guerra y soportar las adversidades cotidianas con alegría, terminaría rendido ante un trabajo tan repugnante. Y que por ello, su constante deseo de bailar, más los sueños de componer canciones y hacer música, estuvieran desaparecido. Para poder soportar esa carga laboral, y aconsejado por Emberá, comenzó fumando marihuana para distraerse durante algunas horas y controlar de alguna manera su mente antes de que ella terminara por doblegarlo, pero fue inútil. La hierba lo adormecía y sus males aumentaban: tenía que luchar con su cuerpo para no quedarse dormido cuando estaba de centinela. El miedo de que su paciente en un parpadeo largo se le escapara era constante. Entonces, por recomendaciones nuevas de Emberá, comenzó a meterse la coca, y como en aquel trabajo la pasta se pesaba por toneladas como el tiempo, cada vez se metía una dosis más fuerte. Cuando estuvo completamente dominado por la adicción comenzó a improvisar, a veces hasta se metía cualquiera de los residuos químicos que encontraba.

Al caer la tarde de un día que no parecía ser cualquiera porque los monos aulladores habían agitado la selva con sus gritos, al Niche le llegó de imprevisto la noticia:

—Niche, apague de inmediato la candela y prepare al paciente que nos llegó información de que las tropas del ejército andan cerca —le dijo Emberá con la respiración agitada, pero conservando la calma—. Lo más probable es que en unas horas nos movamos de este cambuche.

El Niche ya lo tenía todo planeado en su cabeza, y había diseñado un plan para cuando llegara este día. Sabía que tendría que aprovechar una oportunidad como la que se le presentaba en ese único momento. En medio de la confusión, cuando todos estuvieran ocupados cargando las mulas, le soltaría las cadenas al secuestrado y juntos correrían hacia la espesura de la selva. El Niche volvería a la ciudad para escribir música y a trabajar bailando con Canela. Asumiría el riesgo de recibir un tiro de fusil o de ser despedazado a machete para no delatar las coordenadas. Le daba igual. Ya estaba comenzando a sospechar que de esa selva no volvería a salir vivo. Yoban no permitiría que una persona que ya lo reconocía se paseara por la ciudad como Pedro por su casa.

—Pronto llegará el día de mi suerte, sé que antes de mi muerte, te juro que mi suerte cambiará, ya lo verás —le dijo el Niche cantando y mirándole los ojos semiabiertos a Rodrigo—. ¿Está listo para volver a su casa y ver a sus hijas?

—¿De qué me habla, hombre Mosquera? —le respondió Rodrigo con las pocas energías que le quedaban— ¿Pagaron el rescate?

—Nada, pero esta noche nos largamos. Prepárese.

Eran las seis de la tarde y en la selva ya había oscurecido. Llovía fuertemente y los animales, que todo lo presienten, se movían impacientes. Al Niche ya le habían dado la orden de que sacara bien encadenado al paciente mientras el resto se encargaba de dismantelar y cargar la producción de la semana. Tuvo unas dos horas en las cuales pudo actuar con calma. Sin embargo, no fue sino hasta la última media hora que tuvo el valor de ejecutar su plan, luego de meterse dos bazucos bien cargados.

—Hágale pues, Rodrigo, que están distraídos cargando las mulas, corra, le dijo el Niche después de soltarle las cadenas. ¡Corra hijueputa, corra!

Los dos siguieron el mismo trayecto abriéndose el propio camino entre las plantas y los suelos que parecían manglares. Ambos eran hombres débiles y agotados, Rodrigo más que

Mosquera obviamente, pero les pudo más el deseo de ser libres. Trataban de controlar la respiración para no cansarse, pero era imposible. Se ahogaban constantemente con el agua que les bajaba por la cara, con la adrenalina activada y sin poder usar la linterna no se dieron cuenta de las cortadas que les provocaban las ramas puntiagudas y las espinas cortopunzantes. Tropezaban con raíces gigantes y a veces se atrancaban sumergidos en densos pantanos que los cubrían hasta el vientre. Sin embargo, solo miraron hacia atrás cuando a lo lejos escucharon los ladridos de Vicente, el perro pitbull de Yoban. —Ya se dieron cuenta —dijo el Niche— ¡y ese animal nos va a cazar!

No sabían si habían avanzado una distancia más o menos prudente, pues los ladridos se escuchaban lejanos. La oscuridad en el interior de la selva ya era completa, la luz de la luna no podía atravesar las nubes cargadas de agua ni el follaje de los árboles. Ambos sabían que estaban a completa merced de la naturaleza y sus caprichos. De repente Rodrigo cayó a una zanja profunda y se negó a seguir luchando por su derecho de ser libre.

—Descansemos aquí Niche —dijo— yo no puedo continuar. Se lo suplico. Las piernas no me responden, estoy lleno de cortadas y me duele todo, creo que me torcí un tobillo, o los dos, o me quebré los huesos. Esos grilletes ya me tenían jodido.

El Niche lo adivinó ahí en el suelo embadurnado de pantano hasta la cara, entonces lo confirmó tomando el riesgo de prender la linterna por un instante. Y cuando le levantó las piernas vio que, en efecto, esos tobillos parecían ya no pertenecerle. Los pies le colgaban como los de una marioneta sin pita y Rodrigo lanzó un grito de dolor profundo. Los ladridos de Vicente parecían acercarse cada vez más. Contra todo pronóstico el Niche siguió tratando de ayudarlo a ponerse de pie, pero Rodrigo se desplomaba de nuevo. Trató de cargarlo como a un bulto de papas pero no pudo avanzar más de diez pasos y tuvo que dejarlo de nuevo en el piso. Siguió intentándolo un par de veces más hasta que oyó los inconfundibles sonidos que producen los hombres en la selva, y tuvo que decidir si dejaba ahí abandonado al paciente.

—Es usted un buen hombre, Mosquera. Siga su camino, yo ya puedo ver la luz al final del túnel. Puedo ver las puertas del cielo que se me abren.

A regañadientes el Niche siguió su camino y al cabo de una media hora, tiempo en el que no se avanza mucho abriendo trocha, escuchó unos cuatro o cinco tiros. Supo entonces que la vida de Rodrigo había terminado en un pantano en medio de la selva, pensó en sus dos hijas, su madre, su esposa; en que nunca lo encontrarían, ni sabrían cómo murió; qué pensó en sus últimos minutos de vida, ni por qué nunca pudieron despedirse; en cómo su cuerpo se pudriría a la intemperie y se lo comerían a pedacitos los ocelotes, las iguanas, las hormigas... la misma tierra que también le dio la vida. Se imaginó a sí mismo tendido sobre el suelo igual que su paciente, sometido a su maldita suerte, esperando a que un indio y un miserable narcotraficante llegaran a meterle unos balazos en la frente.

Tuvo tanto miedo que pensó en empuñar su arma y terminar con esa pesadilla en ese mismo instante, dejar de sufrir, escaparse de una vez y para siempre, pero cuando se tocó la cintura notó que le faltaba el arma. El agua, eso fue lo que escuchó seguidamente, agua moviéndose, un río. Tal vez eso podría salvarlo. Sabía que seguir un río era la forma de salir de la selva. Tuvo entonces una pequeña luz de esperanza y siguió adelante, casi de rodillas, y por momentos hasta arrastrándose como una culebra, pero no contó con tanta suerte. Eso no era lo suyo, lo único que encontraba eran los pequeños riachuelos que se armaban por la lluvia, aquellos que la tierra era incapaz de contener. Entonces, encomendando su alma al altísimo, se tiró al piso y se tapó con unas ramas, cerró los ojos y se persignó: “ángel de la guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, hasta que me pongas en paz y alegría, con todos los santos Jesús, José y María. Padre, Hijo, Espíritu Santo, Amén”.

Tal vez le sirvió su plegaria, tal vez ese día sí fue el suyo porque tuvo suerte. Lo cierto es que el Niche sí volvió a abrir los ojos, y cuando lo hizo vio la luz del sol filtrándose entre la neblina y las ramas de los árboles. Sin mover un solo músculo observó el lugar, el resultado: lo mismo de siempre, palmeras, ramas gigantes, musgo, bromelias,

orquídeas, helechos, agua. Agua por todas partes. ¿Estaba vivo? Se preguntó antes de moverse. Volteó su cara a la izquierda y reconoció su cambuche. Miró a la derecha y vio las botas pantaneras de Emberá, botas que se movieron hacia adelante para empujarlo levemente.

—¿Usted qué mierda se metió anoche maldito Negro? —le preguntó el indio—. ¡Lárguese de aquí bazuquero hijueputa! Y agradezca que lo recomendó Peluche, sino ya se lo estuvieran comiendo los gusanos. ¡Lárguese a ver si es capaz de salir solo de aquí, maricón!

Capítulo XV

Cuando Rogelio comenzó a recuperar los sentidos, pensó que al abrir los ojos vería el cielorraso de su habitación, ese cuadrado blanco con un bombillo de sesenta vatios en el centro. Pero ese milagro no ocurrió, era solo que el polvorero había perdido la noción de la realidad gracias al efecto del bazuco que el Gato casi lo obligó a meterse. Tuvo que hacer un esfuerzo extra para finalmente poder discernir quién era, sin embargo, consciente de su condición, trató de seguir engañándose a sí mismo con la mentira de que estaba teniendo un mal sueño provocado por una de sus borracheras y que eso explicaba lo del Gato en la tienda, el cruce del puente de San Juan y terminar encerrado en una habitación de la cueva envenenando sus sentidos. Entonces se llenó de valor y al abrir los ojos nuevamente, momento que a propósito evitó lo que más pudo, lo vio todo negro, no vio como esperaba un cielo raso con un bombillo, y confirmó que la peor de sus sospechas era cierta.

No estaba soñando. De inmediato les llegó a sus fosas nasales un fuerte olor a excremento despedido por él mismo. Se metió la mano para tocarse la nalga y la sacó untada de su propia mierda ya medio seca. Al llevársela a la nariz para corroborar que se trataba de lo que se imaginaba, vomitó y se llenó de náuseas, la cabeza le comenzó a doler al punto que sentía el corazón palpítandole en el cerebro, tun, tun, tun, tun, sentía y escuchaba entre sus sienes. ¡Gato, Gato!, gritó lleno de pánico, pero ni esa vez, ni nunca más, recibió de ese hombre una respuesta.

Con un hambre feroz y con ganas de dejar su cuerpo defectuoso abandonado en esa pieza, se incorporó sin más remedio que seguir arrastrándolo. Tuvo que hacerlo en tres o cuatro tiempos. Ya de pie y con sus manos extendidas, palpó las superficies de las paredes hasta que siguiéndolas encontró la puerta, giró la chapa y salió de la pieza. No supo el Ciego si estaba de día o de noche, si habían pasado una, diez o veinte horas. Se metió la otra mano en los bolsillos y los encontró vacíos, el mismo vacío que se le metió al estómago cuando se percató de que no tenía las llaves de su casa, mucho menos su billetera. “¡Hijo de puta, Gato malnacido!”, dijo el Ciego reducido a casi nada, a un pedazo de carne intoxicada con un corazón calcinado y un alma destrozada. Nada quedaba de ese hombre que logró tener un efímero instante de poder, acaso de fama, el mismo hombre que un día el patrón de patronos bautizó como “El Artillero de la Mafia”.

El Ciego trató de seguir caminando en línea recta luego de atravesar el marco de la puerta. Recordó haber subido unas escalas y cuando se fue a buscarlas se topó contra una estructura de madera, una baranda que al golpearla chilló como una rata herida, y traqueó como el árbol que cae luego de ceder ante el hacha.

—¡Cuidado! —le advirtió una voz con acento chocono—. ¡Esa baranda esta suelta!

—Gracias —respondió el Ciego al dueño de la voz que lo salvó de caer al patio como una plasta.

Hubo un silencio y Rogelio pensó en explicar que era ciego, pero era evidente que el negro hacía rato se había dado cuenta.

—Mucho gusto. Me llamo John Jairo de la Cruz Mosquera, pero dígame Niche, más cortico y más sabroso.

—Rogelio León Montoya, mucho gusto —el Ciego estiró la mano, pero no recibió el apretón que esperaba, entonces pensó en la mierda.

—Nunca lo había visto acá en la cueva, ¿nuevo?

—Sí, es mi primera vez, por favor ayúdeme a encontrar la salida. Tengo que llegar urgente a mi casa.

Conmovido, el niche le sirvió de guía poniéndole una mano en la espalda, y la otra en el antebrazo, siempre con cuidado de no tocarle la mano abierta. Al bajar las escaleras lo llevó a la fuente que había en la mitad del patio, o mejor dicho, a los baldosines rotos que quedaban de ella. Allí siempre se estancaba un poco de agua que fluía desde una tubería vieja. Luego el Niche le dijo al Ciego que lo esperara un momento y se fue a su pieza, a la ocho, que quedaba también en el segundo piso, y volvió con prisa cargando un poco de jabón en polvo.

—Tenga lávese bien... eehhmmm...

—Rogelio —le recordó.

—¡Ah, sí, Rogelio! Lávese bien que huele muy maluco. Huele a lo que huelen los nuevos en esta cueva.

—¿A nuevo?

—Sí, tranquilo que a todos nos pasa, las primeras veces que uno se fuma un bazuco se pone así, fijo se caga. A mí también me pasó, la diferencia es que yo este vicio lo cogí en la selva.

—¿La selva? ¿Así le llaman a otra casa de estas? —preguntó el Ciego que volteó la cabeza buscando la voz del negro mientras se lavaba las manos de rodillas, así el Niche corroboró las sospechas de la completa ceguera de Rogelio.

—Es una historia larga. Y de casualidad, viejo Rogelio, ¿no le sobró algoito?

—¿Algoito? —el Ciego corrigió la dirección de la cabeza para encontrar la correcta ubicación del Niche.

—Sí, una patica, una papeletica, algo...

—No, no tengo nada, pero si me ayuda a llegar a la casa puedo pagarle bien. Espero que no sea demasiado tarde.

Entonces el Niche viendo en ese hombre la posibilidad de unas papeletas, sacó el lorito del bolsillo, lo prendió y sonaron el piano con las trompetas, luego entró la voz:

yo soy la muerte, yo soy la muerte,
la muerte soy
yo soy la muerte, yo soy la muerte,

Daniel B. Gallego

yo soy la muerte,
la muerte soy
tengo en mi alma una pena,
en mi vida una condena
que me lastima y me quema
el saber que estoy solo en el mundo y te digo...

El Ciego nunca había prestado mucha atención a esa letra, pero en ese instante sintió que El Gran Combo se la estaba cantando directamente a él.

—¿Le gusta el Gran Combo? —agregó el Niche al notar que el Ciego tarareaba la canción.

—No.

Comenzaron el camino de regreso a casa y al igual que con el Gato, el Ciego le iba explicando al Niche las direcciones mientras el otro lo guiaba. Atravesaron el puente de San Juan, y justo sobre río el Ciego sintió unas ganas tremendas de contarle al Niche que él había fabricado la pólvora que casi derribó semejante estructura. Que había encontrado la manera de condensar la mezcla, de hacerla más poderosa, que él en realidad era un científico, ¡cuál científico, un artista! Que era alguien, que aquel infeliz calvo sin vista y todo cagado había sido conocido en un instante como el Artillero de la Mafia.

Al bajar el puente atravesaron la avenida San Juan y llegaron a la esquina donde parquean las carretas de reciclaje, señal que determina el ingreso a Arrabal. Era casi la media noche, esa era la hora real según el Niche. Caminaron las mismas aceras que en el día permanecían invadidas por carros descompuestos, solo que a esa hora nada más quedaban allí otras carretas con sus dueños recicladores durmiendo sobre ellas, cubiertos con periódicos, plásticos o cartones. Inclusive algunos más cómodos usaban almohadas y cobijas. Toda una casa sobre ruedas.

Pasaron la primera cuadra del barrio y se encontraron bajo la luz de un poste que no sabía si apagarse o prenderse. Allí mismo vieron la Toyota Land Cruiser roja que siempre estaba parquea-

da en esa esquina cada noche, y en ella cuatro tipos que se encerraban a fumar bazuco escuchando la música de Veracruz Estéreo, 98.9 FM, la emisora local de rock y pop. Desde donde iban caminado el Ciego y el negro pudieron sentir el olor a reacciones químicas. El negro se puso ansioso e, increíblemente, luego de la mala experiencia, el Ciego también. Cuando se acercaron al vehículo lo suficiente escucharon la radio de la camioneta que decía: “Buenas noches, seguimos en Música para soñar despiertos. Jason, desde que te fuiste no he podido dejar de pensarte un solo instante, espero que regreses pronto, mi vida: la canción *In the Army Now*.”

*A vacation in the foreign land
Uncle Sam does the best he can
You're in the army now
Oh, oh you're in the army, now
Now you remember what the draft man said
Nothing to do all day but stay in bed
You're in the army now
Oh, oh you're in the army, now.*

—¿Es la camioneta roja? —preguntó el Ciego sabiendo la respuesta.

—Sí, es mejor que no pasemos por ahí Rogelio, esos amurados nos bajan de pinta.

—¿Y qué nos van a quitar? ¿¡Unos calzoncillos llenos de mierda!?

—No, pero el lorito... donde me bajen del lorito me mochan una pierna. Esos gatos se pegan de lo que sea.

—Gatos, eso es precisamente lo que estamos buscando.

Con la ayuda del Niche el Ciego se acercó a la camioneta y tocó la ventanilla. Tuvo que hacerlo fuerte para que lo escucharan. Cuando el copiloto bajó la ventanilla el golpe del humo les dio duro en la cara.

—¿Qué quiere Rogelio? —le preguntó el pasajero sin poder dejar quietos los dedos ni la lengua.

—¿Dónde esta el Gato? Lo estoy buscando urgentemente —el piloto y los otros dos pasajeros de la banca trasera se inclinaron para verle la cara al Ciego.

—¿Sabe qué Rogelio? ¡No pregunte tanta maricada, piérdase y no se busque más problemas! —le dijo el conductor amenazándolo con un gesto que el Ciego pudo adivinar.

—¿Gato, estas ahí metido hijueputa? —volvió a preguntar el Ciego— ¡Bajáte de ahí, ya sé lo que hiciste!

—¡Que te perdás de aquí ciego hijueputa, ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón! —le increpó el copiloto que lo tiró al piso al abrir la puerta de golpe.

Al verlo caer el Niche se apuró a levantarlo, lo tomó del brazo, se lo pasó sobre sus hombros y se lo llevó mientras el Ciego lloraba de la rabia.

—¡Gato hijueputa, te voy a matar, te voy a matar! —decía entrecortado por las lágrimas y por las risas que salían de la camioneta.

Así, entre rabia y llanto, acompañados por un par de perros callejeros que deambulaban las calles solitarias, el Ciego logró explicarle al Niche la ubicación de su casa, donde una vez parados al frente de la puerta Rogelio confirmó todas sus sospechas.

—La puerta esta medio abierta —dijo el Niche—. ¿Seguro esta es su casa?

El Ciego entró cayéndose y parándose en repetidas ocasiones. Se tropezó con el desorden que había esparcido por toda la casa, con el sillón de la sala que estaba patas arriba, la mesita de la cocina desbaratada, las sillas con la espuma afuera. Se golpeó contra las paredes hasta que por fin logró entrar a su pieza, se arrastró por el suelo como un sediento que busca agua en el desierto, y cuando tocó el colchón de su cama destendida se lanzó encima y levantó la almohada, pero como ya lo sospechaba no encontró nada. El carriel lleno de benjamines, al igual que el Gato, habían desaparecido para siempre.

El Niche, que con paciencia y desesperanza volteo el sillón de la sala, se sentó en él. Convencido de que no iba a recibir su paga, sacó del bolsillo su lorito y lo encendió para no escuchar

los gritos del Ciego que a golpes estaba destrozando hasta la cama. Sin embargo, como el volumen no era lo suficientemente alto para apaciguarlo, se lo pegó a la oreja mientras Fiol lo alegraba a medias con una de sus melodías:

Quiero matar un capricho
que tengo en el corazón
voy a coger un jalaò
con tremendo vacilón
búscame una cuchara
una botella y un cajón
pa' formar un parrandón
y así matar el capricho
que tengo en el corazón.
¡Borrachón!
sí soy borrachón
pero la plata que yo me tomo
la saco de mi sudor
si me pico a veces eso lo hago por sport.

Capítulo XVI

Habían pasado ya tres meses desde que Margarita tuvo aquella conversación en el mercado con ese sacerdote de mirada lunática. Los misioneros ya se habían asentado definitivamente en Gonaïves con el resto del grupo que ya llevaba tiempo viviendo allí. A pesar de las extrañas costumbres de los aldeanos y de las diferencias entre ellos mismos, vivir bajo el mismo techo y compartir tareas, los unían y hacían que comenzaran a sentir un leve calor de hogar. Vivían en una humilde pero amplia casa campestre ubicada a una media hora del pueblo en carro, subiendo por una carretera sin pavimentar. Desde allí se veía el mar entero que parecía delatar la curvatura de la tierra cuando alcanzaba la frontera del horizonte. En esa casa las mañanas y los atardeceres eran hermosos, al igual que los niños de la escuela a los que evangelizaban, le contaba Margarita a su madre en las pocas veces que se comunicaban por medio de cartas. Ella, a punto de ser considerada una ex alcohólica, comenzaba a pensar con más frecuencia que tal vez aquella idea de sus padres de alejarse de la bebida llevando el evangelio a la gente más necesitada estaba surtiendo el efecto deseado. Pero eso apenas lo descubrió esa noche, cuando por fin sentada y encorvada al borde de la cama cortándose las uñas de los pies, sintió que la herida de su corazón parecía estar suturada, y que el vacío incómodo que no la dejaba respirar estaba a punto de esfumarse.

Ahora podía recordar o suspirar sin temor a soltar una lágrima. Y de manera inexplicable sintió algo de pesar por des-

prenderse del despecho al que ya estaba acostumbrada. Entonces, interrumpiendo sus labores de pedicura y mirando fijo a la ventana se dijo a sí misma en voz baja: Dios mío, estoy curada.

Esa noche, como todas las anteriores desde que Margarita llegó a su nueva casa, eran de reflexión y recogimiento. Lo único que se escuchaba eran los sonidos de los insectos afuera y el traqueteo de la garganta de las lagartijas, que en una arista donde se encuentra el techo y las paredes movían las cabezas, solo para demostrarle a Margarita que no estaban petrificadas. Luego de somatizar sus males fue consciente de que el desengaño y el despecho que le había provocado un hombre no fueron más que niñerías de una hija mimada que no supo cómo defenderse de la primera sacudida real que le dio la vida. Experimentó una sensación de libertad absoluta, de poder supremo, lo cual le llenó el alma de euforia y de una alegría que ya extrañaba. Sintió unas ganas de vivir enormes y desafortunadamente eso le provocó un deseo incontrolable de tomarse un ron doble.

Con sus uñas ya cortadas, pero todavía llenas del polvillo blanco luego de ser limadas, se paró de la cama, se amarró bien la bata de dormir con un moño doble, se puso las sandalias y movió un par de veces los dedos de los pies dentro de ellas para acomodárselas. Salió con sigilo de su habitación oculta entre la oscuridad de la casa que se interrumpía a veces por la luz de los velones que proyectaban sombras bailarinas de crucifijos y vírgenes en las paredes. Llegó hasta la cocina donde abrió la alacena y todo lo que parecieran cajones que pudieran contener una botella, sin embargo, no encontró nada, ni siquiera ese vino de consagrar que era lo que en verdad creía podía encontrar en lugar de ron. Desilusionada, pero aún contenta por la adrenalina que le provocó la búsqueda, o más bien por comportarse nuevamente como una alcohólica después de estar retirada, regresó a su habitación no sin antes pasearse por la sala, donde sintió un olor a tabaco cubano que se filtraba por la ventana, un olor fuerte, capaz de derrotar el aroma del arroz con frijoles y cabra que siempre impregnaba el interior del lugar.

Guiada por su sentido del olfato terminó acercándose a la ventana que lindaba con uno de los corredores exteriores. Allí fue donde encontró la fuente del humo y, para su sorpresa, también oyó un par de voces. De inmediato reconoció la de Dudu y la del padre Ubaldo Collado que trataban de murmurar, pero el timbre de ambos era tan fuerte que podía entenderse bien lo que decían con solo acercarse un poco, algo que Margarita hizo sin pensarlo dos veces.

—¿Cómo se le ocurre padre? —dijo Dudu tratando de controlar la tos que le provocó el humo del tabaco atrancado en su garganta—. ¡Cómo vamos a llevar ahí a esta pobre gente! ¡No debemos involucrarlos en esto!

—¡Pues a eso vinimos, mamagüevo! Ese ha sido el plan desde el principio, si no los llevamos van a sospechar quiénes somos.

—Déjese de pendejadas Ubaldo, sabes mejor que nadie de lo que te estoy hablando, aquí hay rituales vudú para turistas, para los noticieros y hasta para los misioneros, pero algo muy diferente es meterse con los guerrilleros descendientes de los que pactaron con el demonio la aniquilación de los franceses. No podemos llevarlos a eso, ahí se ven cosas terribles.

—Déjese usted de sandeces que yo me hago responsable —dijo Collado haciendo un gesto para que Dudu le devolviera el tabaco que se apagaba—. Como dijo alguna vez Trujillo muy sabiamente, “muerto el perro se acabó la rabia”. Ahí es donde están los que verdaderamente hay que bajarse, es la única forma de atrapar y matar los cabecillas.

—Me va hacer perder el puesto Ubaldo, o hasta que me maten, yo no puedo darme esos lujos, aquí nadie puede.

—El gobierno dominicano le va pagar el doble, usted solo cierre la boca que más pronto cae un hablador que un cojo.

Margarita pegó el ojo a la rendija que la ventana dejaba al cerrarse. Y gracias a la llama que encendió el tabaco de Ubaldo, pudo corroborar la cara de Dudu. En su cabeza le quedó grabada esa imagen del haitiano con los ojos cerrados y asintiendo a todo lo que el cura decía. Como el silencio se prolongó más de lo prudente, Margarita dio un par de pasos hacia atrás sospe-

chando que tal vez había sido descubierta y se retiró tratando de no hacer ningún ruido, esquivando las tablas sueltas del piso, delatadas por la tenue luz de los velones. Inclusive se le quitaron las ganas de emborracharse. Llegó a su pieza confundida, haciendo conjeturas para tratar de entender el contexto de lo poco que había escuchado. Tal vez la adrenalina que sentía la había hecho escuchar mal y estaba solo inventando historias. Eso intentó creer sentada en una silla mecedora que tenía en la habitación, mientras recordaba al cura Eduardo cuando en misa decía que Judas antes de ser traidor fue apóstol y el diablo un ángel. ¿Pero por qué el padre Collado, un hombre que parecía intachable, hablaba de planes del gobierno a escondidas? ¿Cuáles cabecillas? ¿Cómo que ceremonias vudú para turistas o para creyentes? Así sucesivamente su cabeza le siguió dando vueltas hasta el día siguiente.

Cuando el grupo de misioneros se levantó a desayunar como lo hacía disciplinadamente, ella no pudo evitar ver a la gente con ojos diferentes. Calculaba cada palabra que escuchaba y su mirada llevaba la desconfianza donde quiera que la fijaba. Cuando todos estuvieron reunidos alrededor de la mesa, mientras le untaba mantequilla al pan, el padre Ubaldo Collado se puso de pie y dijo repentinamente mientras golpeaba su pocillo con una cucharita tres veces a manera de campana:

—Mis queridos hermanos, ha llegado el momento de cumplir nuestra misión más importante. Ya ha pasado un tiempo prudente y es hora de que lleguemos donde más nos necesitan. vamos a entrar en el corazón del monte a llevarle la palabra de Nuestro Señor a la gente más abandonada, a terminar con ese demonio que se ha aprovechado de tantos inocentes. Hoy reposaremos bien y nos prepararemos para mañana presenciar una ceremonia de ofrendas que se celebrará junto al río. Es una ceremonia colectiva y tradicional, presidida por un importante sacerdote involucrado con el vudú y la política de la isla, tal vez el más influyente de la zona. Saldremos a las seis de la tarde y nos adentraremos un par de horas de camino en el monte. Vamos a tener que ser fuertes porque allí es cuando finalmente

le veremos la cara al demonio, así que cuento con su apoyo para esta difícil tarea que nos ha encomendado el Señor, hijos míos. No hay nada que temer, contamos con nuestra arma más fuerte, la oración y la bendición del Todopoderoso.

No hubo preguntas. Los misioneros aparentaron seguir con su desayuno normalmente, pero luego de que el padre Collado terminara de tomarse su café y se retirara de la mesa, los murmullos comenzaron a escucharse.

—Hey, Aaron, ¿habrá algo de qué asustarse? —preguntó Margarita un poco inquieta al gringo más antiguo de las misiones.

—No hay de qué preocuparse, por el contrario hermana, esas ceremonias son bastante interesantes. La gente es muy pacífica, mientras unos bailan al compás de los tambores, los demás están concentrados rezándole a sus dioses.

—Eso no es lo que yo he escuchado —se entrometió Graciela Sandoval, una chilena de pelo azabache que siempre andaba dando gratis sus opiniones.

—¿Y qué has escuchado vos? —preguntó Margarita.

—Que esas ceremonias son muy diferentes a las de las ciudades. En el campo sí cumplen con todas las tradiciones. Orgías, drogas, alcohol, trance, rezos y hasta sangre.

—Esas no son más que leyendas del campo, Graciela —respondió el gringo de forma contundente.

—Amanecerá y veremos, po —dijo la chilena recogiendo sus platos para retirarse de la mesa.

En el transcurso de las siguientes horas la tensión encerrada dentro de la casa podía casi probarse con la punta de la lengua, sin embargo, lograron esconderla tras una tranquilidad aparente. De vez en cuando, en algún rincón de una habitación o en la cocina, se escuchaba a un par de misioneros hablando en voz baja, y cuando alguien se acercaba a ellos, disimulaban con una puesta en escena terrible. Margarita tuvo miedo de verdad y quería irse a casa, inclusive pensó en hablar con el padre para retirarse, pero en el fondo quería saber qué ocurriría, de igual forma ya era demasiado tarde.

Luego de esa espera en la que las horas parecían extenderse, finalmente salieron en la camioneta tal como Ubaldo les había dicho. A las seis de la tarde todos confundidos sin saber si iban excitados o asustados por el viaje, mucho se había especulado en los pasillos de la casa: que el viaje era una prueba para ver quién se iba o se quedaba definitivamente en las misiones, que la ceremonia sería no más que otro fraude circense, y cosas tan dementes como que el padre Ubaldo era un paramilitar dominicano que venían buscando las cabezas de algunos grupos de haitianos disidentes. A pesar de todos esos chismes se montaron a la camioneta en orden. Durante el camino, en la parte de adelante, el Padre y Dudu no cruzaron muchas palabras, no hubo nada de advertencias o explicaciones adicionales, solo un par de instrucciones contundentes y algunas miradas extrañas lanzadas a los misioneros a través de los retrovisores.

El viaje por carretera destapada fue extenuante, hasta que finalmente encontraron un letrero de madera clavado en un árbol que indicaba la dirección que debían tomar para encontrar el borde del riachuelo que buscaban. Al doblar, la carretera comenzó a hacerse tan angosta que debieron dejar la camioneta en el camino para seguir su recorrido a pie, algunos lo hicieron con Biblia en mano. Luego de casi otra hora resbalando por un terreno pantanoso rodeado por árboles gigantes y una vegetación tan abundante como los mosquitos, comenzaron a escuchar el sonido leve de los tambores, un golpeteo que fue aumentando con cada paso que daban hacia el frente.

Cuando avistaron la rivera eran más o menos las nueve de la noche y Margarita percibió el olor del humo que desprende el petróleo al arder, un olor que le hizo recordar las noches de diciembre cuando en familia elevaban globos y su padre sumergía la mecha en un tarro lleno de ese combustible. ¿Cómo no recordar cuánta felicidad le despertaba ese olor? Ver el papel de colores tomar forma de rombo tridimensional, y lleno de un humo caliente observarlo despegar hacia el cielo movido por la magia invisible del Niño Dios, como le explicaba el fenómeno físico con ternura su padre.

Lo primero que los misioneros lograron distinguir con claridad fueron las antorchas encendidas. Eso podía adivinarse incluso a través de los matorrales. Y cuando finalmente el sonido de los tambores subió a sus máximos niveles, entendieron que habían llegado al sitio indicado. El viento sopló frío y fuerte cuando encontraron un área despejada y vieron sobre el río el reflejo del fuego. El agua se movía lentamente y el olor a noche se mezcló con el del aceite y el de la madera ardiendo. Los misioneros se detuvieron, para que primero fuera Dudu a hablar con dos haitianos que parecían ser los sacerdotes y por lo tanto las autoridades del ritual. Margarita, que estaba al lado del padre Ubaldo, vio cómo este con disimulo sacaba una cámara para tomar algunas fotos, no sin antes percatarse de quitarle el flash para no ser descubierto. Alrededor de los sacerdotes había unas veinte o treinta personas, mujeres en ropa interior y hombres que usaban solo pantalones remangados.

Dudu les indicó a todos con una seña que ya podían cruzar el río. Cuando estuvieron cerca, este les explicó que la ceremonia apenas estaba por comenzar y que debían en todo momento mantenerse al margen. Luego de esa explicación tan simple y breve, casi obvia, algunos ayudantes de los sacerdotes alimentaron con combustible la fogata cuya llamarada se levantó varios metros y le calentó la cara a todos los asistentes. A la orilla del río había unas poncheras plásticas de colores, y en ellas algunas mujeres revolvían ron con hierbas y raíces al compás de los tambores que tocaban cuatro hombres. En los árboles había trapos de colores colgados y sobre la cabeza de los sacerdotes había extendida una bandera de Haití. A un lado de la fogata que ardía sobre el cascajo de la orilla había varias piedras más grandes que la estatura de un hombre promedio. Unas de esas prehistóricas reliquias que han permanecido allí desde el principio de los siglos, pero esa noche casi todas estaban decoradas con símbolos y palabras pintadas con carbón.

Margarita notó que había una piedra especial porque su parte superior era plana y sobre ella había flores, botellas cubiertas de lentejuelas, un par de calaveras humanas y otras cuantas de

cabras u otros animales no tan fáciles de distinguir. También ardían velas de todos los colores, muñecos de trapo y hasta un crucifijo. Por lo menos eso fue lo que alcanzó a ver Margarita y lo que le dio a entender que se trataba del altar. Los misioneros se mantuvieron alejados estrictamente como observadores mientras los dos sacerdotes comenzaron a hacer sus oraciones y sus feligreses a responderles con cánticos y bailes. Nunca paraban de sonar los tambores que poco a poco iban conduciendo a la gente a un trance. Después de cada rezo largo, acompañado por el humo del tabaco y movimientos en que los haitianos imitaban a las aves y los jaguares, bebían de una ponchera y se dejaban derramar el líquido por el cuello y el pecho para terminar embadurnándose todo el cuerpo.

Pasada aproximadamente una hora comenzaron a encender una gran cantidad de velas que alumbraron la orilla entera del río y el altar. Después los sacerdotes empezaron a tocar con la palma de su mano la frente de los asistentes con un gesto que parecía ser una bendición de los loas, o una transferencia de poderes. Para esto todos se habían concentrado alrededor del altar. Al terminar ese acto solo los dos sacerdotes se subieron al altar y comenzaron a rezar mientras la gente se metió al río que los tapaba solo hasta las cinturas. Allí sumergían las cabezas y salían del agua como si se hubieran lavado los pecados. Margarita llegó a pensar que la ceremonia tenía algo de folklore hogareño. Comenzó a sentirse a gusto con lo que veía, pero luego, sin saber si era a causa del ron o de lo que fumaban, algunos hombres y mujeres comenzaron a lacerarse con látigos en las espaldas y el vientre. Otros, sin ningún sentido aparente, se besaban, y si no fuera por la confusión de las sombras en la noche, podía asegurar la misionera que lo de una pequeña orgía, como le dijo la chilena, sí parecía consumarse. La ceremonia estaba alcanzando su punto más efervescente. Quienes participaban activamente parecían enloquecerse y los que comenzaron bailando de forma organizada terminaron haciéndolo como gallinas sin cabeza, moviéndose de un lado a otro sin sentido y golpeándose entre ellos bruscamente mientras que se aceleraba la cadencia de los tambores. Entonces ocurrió lo que acabaría de destrozar a Margarita para siempre.

El Sacerdote levantó las manos al cielo mientras estaba sobre la piedra y se quedó mirando al crucifijo de frente mientras hablaba en una lengua africana. Se volteó hacia la multitud, sacó unas ramas de romero untadas de algunos aceites y recibió a un niño de unos cuantos meses al cual levantó tomándolo por las piernitas y exhibiéndolo ante la gente como si hubiese capturado un pez de buen tamaño. Luego de embadurnarlo con los aceites tomó un cuchillo afilado y, como si se tratara de un cordero, degolló a la criatura.

Capítulo XVII

Mi primer recuerdo de Barrio Triste se remonta a la década de los noventa. El noventa y tres para ser más exacto. Lo recuerdo bien porque el cuatro de octubre de ese año cumplí mis dieciocho años, y según se jactaba mi tío Mario cuando estaba borracho en los billares de San Juan, esa noche, gracias a su inolvidable regalo de cumpleaños, dejé de ser un párvulo cachucho. Esa fecha, más o menos a las diez de la noche, pasé por las mugrosas calles de aquel barrio acompañado de mi tío. Él me guiaba envolviendo mi nuca con su brazo mientras buscábamos el putiadero La Manzana de Adán, lugar donde más tarde entré bastante asustado y con las piernas temblorosas, pero lo hice con la frente en alto porque sabía que finalmente probaría las dulces mieles del amor que tanto deseaba, y lo haría bajo la supervisión cuidadosa de Jenny, la prostituta que me quitó la virginidad y de la cual quedé profundamente enamorado.

De esa extraña noche recuerdo que cuando iba cruzando Barrio Triste sentí el peligro constante que provoca un cuchillo carnicero empuñado por la mano de un delincuente. Me repugnó la mugre mezclada con el olor a mierda humana y aceite de motor quemado concentrados en las cómplices esquinas de las cafeterías y talleres. Me distrajo el caos de las paredes saturadas de anuncios, me deprimió el aroma a pobreza y resentimiento, y todo eso en conjunto me impactó lo suficiente como para poder narrarlo en estas páginas. Y eso que en esa época de sobacos amargos y bellos púbcos creciendo vertiginosamente yo toda-

vía no tenía la capacidad de ver fantasmas con claridad. Solamente lograba, como máximo, distinguir manchas en el aire con la silueta de cuerpos humanos. Lo que sí debo confesar es que en aquel momento nunca me imaginé que más tarde yo también me convertiría en una de esas manchas que contaminan la vista y atmósfera de la ciudad.

Antes de salir de Barrio Triste para meternos a Guayaquil, barrio aledaño un poco distinto ya que sus aceras no estaban atiborradas de repuestos y bazuqueros, sino de prostitutas y travestis, paramos en la cafetería Fontibón, donde se alimentan los choferes. Ahí tendría que comer bien para poder rendir toda la noche, mínimo dos o tres polvos para librar los cincuenta mil pesos invertidos, decía mi tío con la mano empuñada frente a su rostro. Nos sentamos en dos sillas de plástico blancas al lado de una mesa metálica redonda, estampada con la publicidad de pilas Tronex, mientras varias moscas patrullaban a nuestro alrededor. De ese anuncio todavía tengo en la mente la imagen de un diablito rojo cabalgando un relámpago amarillo. Mientras comíamos papa rellena, empanadas con ají y salchichón con quesito y limón, se nos acercó uno de esos muertos vivientes, una mancha de las que andan por ahí pidiendo limosna. Yo me percaté de su presencia solo porque sentí su vaho putrefacto, sin embargo, por más retahíla que disparó, y a pesar de ver su mano extendida mostrando las callosidades de su palma, ni mi tío, ni yo, ni el resto de la gente en las mesas pudimos verlo claramente. Eso es todo lo que recordaría por largo tiempo de Barrio Triste, antes de convertirme en un habitante permanente de sus calles quince años más tarde.

Paradójicamente la tragedia de mi vida comenzó con el mejor de los deseos, que era nunca convertirme en lo que fue el fracasado de mi padre, quien luego de andar enamorando putas en burdeles y cantinas de Junín, terminó sosteniendo dos familias aparte de la nuestra e involucrado en una demanda judicial que lo obligó a emigrar hacia otras ciudades, o por lo menos eso fue lo que él dijo. Aunque todos sabíamos que estuvo metido en la cárcel. Y aunque volvió a la casa y logró conservar su título

de abogado, pasó de tener una oficina lujosa y de legislar en las cortes a redactar minutas y cartas jurídicas a los peatones que transitaban por la Alpujarra, aquellos infelices que no tenían la menor idea de cómo enfrentar los atolladeros burocráticos y las sabandijas del Estado. Su nueva oficina era la calle. Un espacio pequeño al lado de la reja principal por donde se ingresa a los juzgados, donde tenía que pagar un impuesto diario por su ubicación a una oficina clandestina de seguridad ciudadana, a cambio de no ser apuñalado al final del turno. Allí ponía una sombrilla de balneario, una mesita de madera y su única herramienta, una máquina de escribir, mobiliario que luego de su jornada laboral guardaba en un parqueadero público del frente. Gracias a esa imagen decadente de mi padre, que me acompañaría el resto de mis días, siempre quise convertirme en alguien diferente, en un hombre triunfador, conquistador de sueños inalcanzables o, por lo menos, en una persona sin vergüenzas ni lamentaciones. Un hombre que se juró a sí mismo no hacer sufrir a su esposa, así como mi padre hizo sufrir a mi madre.

De todo eso recuerdo en los recreos del colegio a los más viejos del salón bromeando, a esos tres que habían repetido ya dos años y les crecían cuatro pelos de bigote, diciendo que mi padre no había vuelto después de haber salido a comprar la leche. Tengo viva en mi memoria la cara de mi madre con sus ojos aguados, cuando yo llegaba a casa y le preguntaba con inocencia por qué mi padre se había demorado tanto para comprar unas bolsas de leche si la tienda quedaba en la esquina de la cuadra. Entonces cuando tuve la edad suficiente para comprender el chiste y sumado a mi gusto desde niño por desarmar juguetes, se me aferró a la cabeza la idea de ser un ingeniero, un profesional hecho y derecho como mi madre decía que era mi padre. Pero a pesar de mis buenas intenciones, con los años la vida me fue enseñando a punta de latigazos que uno termina convirtiéndose de manera inevitable en lo que son sus padres. Y de eso a nadie lo salvan ni las once mil vírgenes, porque una cosa muy diferente es creer en dios y otra ser amigo del cura.

Si bien es cierto que más tarde y gracias al Estado logré graduarme con mi título de ingeniero, también lo es que adquirí con ese monstruo fiscal una deuda de billete imperdonable. Paradójicamente fue desde el momento en que me entregaron el diploma que comenzó mi verdadera remada contra la corriente. Lo que parecía ser un papel importante con un valor equivalente a seis años de mi vida, y con el cual aseguraría un trabajo decente, terminó siendo nada más que un adorno en la pared de mi cuarto, que a duras penas lograba hacer feliz solo a mi madre, con la que a propósito tuve que vivir hasta que paré en Barrio Triste. Luego de aquel día en que lancé mi birrete por los aires, estuve buscando trabajo con amigos y familiares poco o nada influyentes. Pasé más de un año sin suerte alguna, nada me dio resultado y tuve que comenzar a imprimir hojas de vida y visitar puerta a puerta empresas y talleres. Fue así como volví después de varios años a visitar las calles del Sagrado Corazón, como se le conoce oficialmente a Barrio Triste.

Al principio comencé ofreciendo mis conocimientos a las empresas más grandes e importantes de la ciudad. Llevaba mi currículo personalmente y se lo dejaba al gerente sobre el escritorio de su secretaria en una bandeja de plástico. Pero luego de varios meses y de no recibir ni una sola llamada que me diera aliento, continúe haciendo lo mismo en empresas más pequeñas donde yo mismo decía que si trabajaba para ellos debería entonces rebajarme, pero luego de cargar con esa pesada cruz de la deuda, ya refinanciada un par de veces y que antes de comenzar mi vida laboral me había destruido financieramente, tuve que atragantarme con mis propias palabras y bajar al sótano de mi orgullo para comenzar repartir mi dignidad caminando por el centro de la ciudad, vestido de traje, corbata, y una mochila al hombro llena de hojas de vida grapadas en carpetas de papel Kimberly.

Caminé por todo el centro y alrededores, incluyendo obviamente Barrio Triste, donde algún familiar me recomendó visitar varios talleres. Entregaba mis carpetas grises como un perro hambriento frente a un plato de carne y cada que dejaba

una mi vida se parecía más a la de mi padre. Y así me la pasaba mendigando un trabajo de ingeniero mientras que trabajaba estampando camisetas piratas y repartiéndolas en mi moto de domicilios donde también tenía que montar a mi novia, la pobre Monita que vivía engañándose a sí misma creyendo que en algún momento yo sería alguien en la vida. Mientras tanto ella, siempre de parrillera, aguantándose la lluvia y respirando el humo venenoso de las volquetas y los buses, repetía en voz alta, para que yo la escuchara, el cliché que se aprendió de memoria y que creyó real cuando tenía fresquitos los sueños de adolescente: que a ella no le importaba la plata, que si cuando nos casáramos y tuviésemos un hijo seguíamos siendo pobres, el amor todo podría solucionarlo, tratando de ignorar que cuando la pobreza entra por la puerta el amor sale por la ventana. Pero lo peor de todo y por lo cual me considero una basura, es que no solo por mi fracaso monetario hice sufrir a la pobre, sino porque yo en realidad era alguien que predicaba la moral en calzoncillos cuando se trataba de hablar tan mal de mi padre, pues si algo heredé de él con gusto, fue el deseo insaciable y casi enfermizo por el vicio y las mujeres.

Avanzando cronológicamente, hasta una tarde en la que vi a Brasil vencer a Alemania en la final del mundial de fútbol, fue que recibí la llamada telefónica que ya no esperaba. Al otro lado de la línea me hablaba Beatriz, la secretaria y encargada de recursos humanos del taller National Truck Service, ubicado en Barrio Triste. Les había gustado mi hoja de vida porque no tenía nada de experiencia y así podrían ofrecerme un salario de practicante, así me lo dijo, sin pelos en la lengua, como parecía acostumbrada a hacerlo. Pero a mí poco o nada me importó ese detalle, porque yo escuché esa voz chillona e indolente saliendo de la bocina, como si fueran las trompetas de mil ángeles celestiales.

Para finales de ese año de la rata según el horóscopo chino, yo ya estaba con mi uniforme negro y mi apellido bordado con hilo amarillo al lado de mi pecho trabajando para NTS, parado tras un exhibidor lleno de filtros de aceite, maquillando mi posi-

ción de vendedor tras el alias de asesor comercial especializado en inyección diesel, pomposo y rimbombante nombre si se considera que lo único que hacía era vender por comisión inyectores reparados. Muy de vez en cuando salía alguna venta buena y eso gracias a que en mi moto semiautomática de 80 centímetros cúbicos me dedicaba a visitar otros talleres. Sin embargo, todo iba a salir bien, pensaba yo con mi cartón de ingeniero ya amarillento, documento archivado en un cajón del tocador en la casa de mi madre, repleto de manchas que parecían ser hongos.

En esa época de esperanza viva sentía que los sueños que trasportaba conmigo desde adolescente y en los cuales iba pensando cuando manejaba mi moto por las calles de Medellín, los mismos sueños que parecían ya sentenciados a muerte, comenzaban a recuperar su vitalidad como nunca antes. Especialmente dos que ya había fusilado hace un tiempo y que resucitaron como aquel zombi haitiano llamado Narcise.

El primero era mi deseo de convertirme en escritor, y el segundo se trataba de irme lejos algún día, acompañado solo por la personalidad bohemia y gitana que ocultaba bien tras mi fachada. La Mona nunca lo sospechó porque siempre supe cómo esconderlo, pero así nuestros amores fueran sinceros y ella una mujer increíble, yo siempre quise largarme lejos y sin un plan fijo, sin un mapa, solo con un pasaje de ida y sin retorno, llevando tal vez una maleta pequeña y la plata suficiente que me permitiera alcanzar por tierra el Medio Oriente. En resumen, mi sueño consistía en recorrer la antigua Ruta de la Seda, y en cada país de la travesía amanecer en la cama con una mujer de una civilización diferente.

Pero a ese sueño exótico, erótico y demente, que ni supe de dónde provino, aunque sospecho que fue por los libros de historia que tanto me gustaba leer cuando estaba en el colegio, no tuve más opción que aplicarle los santos oleos, cuando una mañana de domingo la Mona, que dormía conmigo a veces en la casa de mi madre, entró muy temprano al baño de forma sospechosa y regresó a la pieza mostrándome en su mano una prueba de embarazo que sacudía como un abanico. Estaba marcada con

dos líneas negras paralelas a las cuales me demoré unos cuantos segundos en comprender su alcance, pero apenas lo logré sentí “el ruido que hace una carambola a las dos de la mañana”.

—Sí, sí es lo que estás pensando mi amor —me dijo la Mona sonriente y con ojos fulminantes llenos de sueños y esperanzas—. Vas a ser padre.

—*Requiescat in Pace* —le dije definitivamente a mis sueños que esperaban atentamente una respuesta en mi mente—. *Requiem Aeternam Dona ei Domine.*

El resto de mi vida, por lo menos desde ese día en que supe que sería padre y que con seguridad iba a casarme, hasta el día en que probé el sabor del demonio en un cigarrillo de bazuco, es bastante intrascendente y predecible. Ni siquiera vale la pena guardarla en los anaqueles de mi insípida historia, basta con decir que, para poder cumplir mi promesa de no parecerme al abogado callejero, traté con todas mis fuerzas de ser un buen esposo y un padre responsable. Y no es que esa época haya sido desabrida para mí. Disfruté mucho siendo padre, pero lo digo porque desde el punto de vista de mi otro sueño, el de ser escritor, ¿a qué lector le interesaría leer un libro que hable sobre qué ocurre cuando se es un padre común y corriente?

Durante ese tiempo familiar viví como un opulento hombre cuyas únicas riquezas son el tiempo y el amor. Como lo tenía todo, pasé los días y los años no más que vendiendo repuestos tras el mismo mostrador, tomando tinto y fumando cigarrillo mientras veía los partidos cada domingo en la tribuna, recibiendo y dando ternura a mi esposa y a mi niña mientras jugábamos en los columpios del parque. Uno que otro fin de año aumentaba mi deuda para pasar con ellas unas vacaciones en las playas de Coveñas y sumergiéndonos en el volcán de lodo de Arboletes. Así que con esa letra repetida compuse las estrofas y el coro de mi vida hasta el año en que Zinedine Zidane le metió un cabezazo a Marco Materazzi en la final del mundial con sede en Alemania. Ese año comencé una nueva época, y todo porque no pude soportar más la canción trillada de mi vida por buena que fuera.

El día en que cumplí mis treinta y un años se rebeló el animal que llevaba mucho tiempo amaestrando por dentro, o tal vez se desató el verdadero hombre en mi interior, es decir, la viva copia de mi padre. No pude contener más ese deseo reprimido y constante por acostarme con otras mujeres. Mandé mi compromiso de ser decente y correcto para la mierda, y un viernes que salí del trabajo le mentí a mi esposa y a mi hija para irme a buscar a Jenny. Desafortunadamente para esa época no comprendía bien que todas las satisfacciones humanas terminan convirtiéndose en una carga. Ese fue uno de los latigazos que me dio la vida.

Todavía tenía vivo el recuerdo de aquel pasado cumpleaños en la Manzana de Adán, cuando yo era apenas un cachucho que soñaba con viajar por el Medio Oriente en un futuro cercano. En mi caminata hacia Guayaco recordé cómo estaba vestida Jenny aquella noche, o más bien la recordé cuando se desvestía. Tenía unas tangas transparentes que me permitían ver sus labios y un brasier de encajes que me permitía verle los pezones, esa tentación en mi imaginación me hizo acelerar el paso cuando sentí un corrientazo que me despertó los genitales.

Quien haya bautizado a ese putiadero ha de haber sido un genio, pensé. Yo había vuelto a ver el local un par de veces, cuando pasaba por allí en la moto y recordaba mis años púberes, la tentación me acariciaba suavemente, sin embargo, hasta esa noche, por el amor profundo que tenía hacia mi familia, me prometí que nunca volvería a entrar a un sitio tan decadente. Pero esta vez, consumido por el deseo reprimido y tal vez por el cansancio que produce ser un buen hombre, todo se fue al garete y comprendí por primera vez a mi padre. Entonces, aceptándole sus errores más lo odié por haberme construido con sus mismos genes. Al fin y al cabo ya me estaba convenciendo que nadie sale de esta vida sin algún sufrimiento. Y que si el destino no te lo envía gratis, uno mismo sale y lo compra.

En la Manzana de Adán me atendieron como a un rey, o por lo menos así me sentí, pues puedo declararme un fracasado en el arte de atraer mujeres. Todas esas artimañas y frases de cajón que recitan las trabajadoras sexuales conmigo funcionaban

bastante bien. Me sentía el hombre más atractivo del mundo, a veces pienso que uno va a esos putiaderos no solo por el sexo, si no para sentir la autoestima volando por los cielos. Eran como las nueve de la noche y tenía mi quincena intacta, y si bien sabía que ya nunca podría amanecer con mujeres de nariz aguileña y ojos negros penetrantes en la antigua Babilonia o Mesopotamia, por lo menos sí podría pagar un par de mujeres en la Manzana de Adán como si fuera todo un jeque de esas tierras lejanas, pero debo decir que nunca pude encontrar a Jenny, porque según me informó la prensa, es decir, la mesera, la habían echado porque nunca había atraído muchos clientes ni tuvo plata para operarse y mejorar el servicio. Después de otro par de tragos me fui al cuarto con dos mujeres jóvenes y hermosas según mis estándares. Las habitaciones no habían cambiado nada desde que estuve allí aquel cuatro de octubre del noventa y tres.

Una cama doble con los mismos cobertores rojos, dos toallas de mano sobre la cama bien dobladas y encima dos jabones de hotel pequeños, un tapete café lleno de pelones como un perro sarnoso, dos nocheros, uno a cada lado de la cama y cada uno con una lámpara de bombillo rojo, más una Biblia protestante en los cajones. Un espejo y un tocador antiguos, iguales a los que custodiaban mi diploma en casa de mi madre, un baño con una ducha de calentamiento eléctrica a la cual se le veían por fuera los cables, una cortina de plástico estampada con flores, un sanitario forrado de peluche rojo y un lavamanos cuyas canillas lloraban lágrimas de oxido.

El acto sexual que tanto había imaginando por años fue todo un desastre porque, aunque logré comportarme como me enseñó mi tío Mario y cumplir así con mis deberes de macho, nunca pude dejar de pensar en mis dos grandes amores esperándome en casa. Eso me dio a entender que, después de todo, yo sí servía para ser el buen hombre que soñaba. Entonces el animal que llevaba adentro comenzó de nuevo a apaciguarse y a volver solito a encerrarse tras las rejas de mi carne. Ya con mi mente un poco más clara, después de eyacular sin ganas un par de veces, me sentí terrible y lo único que quería era irme a casa para dormir

con mis dos mujeres preferidas. Pero fue cuando ya estaba por pararme de ese lecho lujurioso que una de las dos meretrices me detuvo con sus dulces palabras y caricias y me dijo que si le compraba uno de sus más grandes placeres, y como yo solo quería escaparme, acepté casi de forma inconsciente.

Ella levantó un teléfono, marcó solo el número nueve y se comunicó directamente con la recepción. En un par de minutos alguien vino a tocar la puerta, ella saltó de la cama como un resorte y con varios de los billetes adicionales que yo le había dado pagó por la entrega de una pequeña bolsita negra. Excitada y ansiosa, Dayana se sentó frente al espejo del tocador y abrió un par de papeletas que contenían solo polvo, uno blanco y otro amarilloso. Los esparció con cariño sobre el vidrio que servía de protección a la madera. La segunda mujer se le acercó como una hiena que acechaba atraída por los olores. Las dos sacaron uno de los mismos billetes con los que yo les había pagado, lo enrollaron y comenzaron a inhalar el polvo blanco, se lo untaron en los dientes de conejo y lo cataron con la lengua, cosa que también yo hice al pie de la letra sin saber por qué. El polvo amarillo de la otra papeleta no pude reconocerlo, pero sospeché que se trataba de bazuco, tampoco es que fuera un niño inocente. Dayana abrió la ventana de la pieza por donde se podía ver un par de fantasmas durmiendo en las jardineras del parque. Yo asomé la cabeza para tomar algo de aire contaminado y fue allí cuando por primera vez comencé a verlos de forma más clara. Desde ese día dejaron de ser invisibles para mí las Ánimas del Purgatorio que andan arrastrándose por las calles. Esa noche descubrí una de las caras que la ciudad oculta bajo su máscara.

La mujer semidesnuda, solo cubierta a medias con una sábana, sacó de su bolso un paquete arrugado de cigarrillos Piel Roja, desarmó un cigarro moviéndolo como a un molinillo para batir chocolate y así logró sacarle el tabaco. Luego lo mezcló con el bazuco, y con ayuda de su saliva armó con una técnica artesanal perfecta otro cigarrillo bien cargado, el cual encendió de manera desesperada al lado mío para sacar el humo por la ventana.

Fue entonces cuando empezó a envolverme la cabeza el humo y comprendí que se trataba efectivamente de bazuco, nunca lo había tenido tan cerca, y luego de esa noche su olor se me quedó impregnado en las fosas nasales y en el cerebro para siempre. Ella fumó unas tres o cuatro veces. Ni siquiera tosió, por el contrario, parecía estar sanándose. Yo vi cómo, no sus ojos, sino su mirada, se transformó inmediatamente. Todo su cuerpo se tensionó y ella sin ninguna razón aparente parecía estar siempre alerta, acto seguido me pasó el cigarrillo y se dejó caer en la cama con sus senos flácidos expuesto y extendiendo sus brazos como si fueran a crucificarla. Miraba la habitación de un lado a otro solo moviendo la cabeza y luego se levantó de forma inesperada y violenta para prender un televisor en cuya pantalla solo había puntos blancos y negros moviéndose de forma aleatoria y produciendo estática. Después se fue a mirar por el ojo mágico que permitía ver el corredor y empezó a decir entre sus muelas apretadas que la policía iba a llegar para derribar la puerta. Yo me asusté mucho, tanto que alcancé a verme prisionero en una cárcel, exacto, cada vez más parecido al destino de mi padre. Entonces, con bazuco en mano y fumando bocanadas grandes, me cercioré por cuenta propia y hasta abrí la puerta un par de veces, pero allí no había nadie, solo el vacío del corredor iluminado por las luces de salida de emergencia.

Permanecí un rato inmóvil y en silencio al lado de la ventana, mirando las calles bañadas por el alumbrado público. A medida que más me circulaba ese humo por los pulmones más dejaban de ser invisibles esos fantasmas que deambulaban con un costal al hombro, espectros que empujaban una carreta o simplemente caminaban de a un lado a otro como insectos extraviados por la falta de antenas. La segunda mujer que me había brindado sus amores no quiso tragarse ese humo, pero sí se los llenó de polvo blanco, no sin antes advertirme que no me metiera con el diablo. Desafortunadamente ya era demasiado tarde. Sabía que la nostalgia que sentía con cada bocanada que inhalaba se debía a que mi vida, como la conocía hasta ese día, podía darla por terminada. Eso es lo mejor que puedo describir sobre lo que ocurrió

esa noche en que terminé solo y tendido sobre la cama. Cuando volví a mi estado normal me di cuenta que eran las siete de la mañana. Lo primero que pensé luego de ver la luz del sol entrando por la ventana, fue obviamente en mi esposa y en mi niña, que ya para esa época cuando me veía llegar a casa siempre me decía, extendiendo sus brazos: ¡papi, papi, te quiero papito!...

Lo que ocurrió con mi vida después de fumarme un cigarrillo de bazuco casi entero en una ventana de la Manzana de Adán fue solo una tragedia más que anunciada. Las estrofas con las que compuse esa otra parte de mi vida podrían ser una mezcla de un réquiem y una canción de salsa. Composición que comenzó en serio cuando descubrí que la cueva, esa casa que quedaba apenas dos cuadras debajo de donde yo trabajaba, era el mayor expendio de bazuco de la ciudad. Todo se puso peor cuando entré a ella luego de empeñar mi argolla de matrimonio para comprarme veinte papeletas de bazuco y metérmelas todas mientras me hospedaba ahí mismo. Lo que siguió de allí en adelante fue mi ingreso oficial al mundo de las Ánimas del Purgatorio.

Capítulo XVIII

Luego de trabajar más de cuatro años en el corazón de un barrio del cual solo con mencionar su nombre caía deprimido, llegué a creer que en sus calles lo había visto todo, que había conocido los especímenes más extraños que pudieran habitar la selva metropolitana. Pensé que entendía aquella ciudad que la mayoría de los mortales vemos diariamente cuando vamos para el trabajo, y esa otra ciudad que despierta mientras los demás duermen. Cuando finalmente acepté que mi adicción al bazuco me había derrotado y decidí abandonar a mi familia para internarme de tiempo completo en la cueva, descubrí que la ciudad, tal como la vemos a diario, es solo una máscara que oculta tres o cuatro caras que muy pocos llegan a conocer en toda su vida. A propósito, y entre paréntesis, fue debido a esa decisión, que me gané el primer puesto en la competencia del fracasado mayor, logrando bajar del podio a mi padre.

La primera noche que amanecí en la cueva lo hice acurrucado en una esquina de sus fríos corredores, calentándome con varios pliegos de periódico y usando por colchón unos cartones. Preferí dormir a la intemperie y correr el riesgo de una violación o un atraco, a cambio de meterme más y más humo en los pulmones. Desde esa noche comencé a conocer los especímenes de los que hablo: Minisigüí, Calimocho, Zapuca, Cementerio, Gabeto, Caliche, Lllamarada, El Mocho, Cruguer, y sobre todo a los que en un futuro serían mis compañeros de cuarto: el Niche, el Ciego de Arrabal y la Loca del cochecito.

Personas con unas historias tan inverosímiles que pensé en apostarle nuevamente a mi sueño de ser escritor, pero ojalá hubiera tenido la voluntad y la capacidad de redactar por lo menos una hoja de cuaderno sin desconcentrarme o sucumbir a las ganas de fumarme un cigarrillo envenenado. Claro que, si en realidad llegara a ser un escritor serio, correría el riesgo de que los lectores interpretaran mi libro como pura ficción.

En la noche la cueva siempre me recordaba los sietes de diciembre porque había velas prendidas por todas partes. Podría pensarse que sus llamas estaban siendo usadas como iluminación de las piezas y los corredores, pero al momento de acercarse a ellas se notaba que eran la fuente con que la gente calentaba las cucharas y las pipas de papel aluminio. Alrededor de cada vela generalmente se reunían grupos de cuatro o seis personas, de lejos parecían solo estudiantes inofensivos con guitarra en mano y fogata haciendo sus retiros espirituales. Pero al acercarse se encontraba siempre en el centro a quien llamaban El Alquimista, un trabajador de confianza de Loreta Cuevas y encargado de hacer las preparaciones de la droga.

Él mismo iba vendiendo al menudeo las dosis ya listas para fumar o inyectarse. Funcionaba como un negocio de comidas rápidas donde cada uno se drogaba, pagaba sus porciones y se iba a buscar más plata para regresar por más bazuco. Sentado frente a una de esas velas fumándome un cigarro gigante, estaba Calimocho, ex futbolista de mediana fama, originario de Cali, que andaba mendigándome unos pesos desde que me vio entrar por la puerta. Al principio creí que estaba viendo visiones, pero luego corroboré que el hombre cargaba como mascota en una cajita de cartón pequeña una lagartija blanca, de esas casi transparentes, a las que se les puede ver el sistema circulatorio, pero lo más extraño no era eso, si no que cada que abría la caja lo hacía para alimentar el animal con los mocos que sacaba de su nariz y que convertía en bolitas comestibles.

A mi otro lado estaba sentado Zapuca, un mecánico reconocido en Barrio Triste que a veces tenía sus recaídas. Este sostenía el bazuco con sus dientes y en el extremo de sus labios

mientras andaba lubricando un tornillo con la cera del oído para que entrara suavemente en el mecanismo que reparaba. Y así podría continuar hablando por horas y horas de cada una de esas estrellas apagadas que habitaban la cueva.

Al quinto día de estar durmiendo en los corredores, se me acercó la Loca del cochecito con su cara de lástima para decirme que tenía un lugar disponible en la pieza número ocho. Me explicó que, así como todas las otras piezas de la cueva, esa estaba compartida con más huéspedes para poder pagar juntos el arriendo. Con ella vivían el Niche, el Ciego de Arrabal y el Mocho, pero según ella ese último personaje había salido sin sus pertenencias hacía más de un mes y nunca había regresado a buscarlas. Evento que no era extraño, al contrario, era habitual que los fantasmas se desvanecieran sin previo aviso y para siempre. Sobre todo cuando estaba por allí merodeando con más frecuencia la furgoneta de la limpieza. Entonces los de la ocho, cortos de plata por la ausencia de un cuarto huésped, se habían puesto de acuerdo en dejarme dormir allí siempre y cuando pagara mi cuota sin atrasos. Yo, que había pasado de una cama confortable y calientica a las baldosas y las aceras de los garajes, acepté de inmediato.

Todavía tenía algo de plata que me había quedado después del empeño de aquella joya preciosa que le pertenecía a mi esposa, porque del anillo de compromiso que llevé a la prendería no había sido solo el mío, también había empeñado el que le robé a ella cuando en un descuido lo dejó en la mesita de noche. Es solo que siempre me cuesta trabajo confesarlo. Entonces pagué una semana por adelantado y le quité el lugar al Mocho, ya seguramente difunto, que le dio por salir precisamente cuando estaban por ahí rondando los que ya sabemos. Lo primero que vi cuando entré por primera vez a la ocho fue a Chatarra, el noble chandoso de taller y codos pelados que vivía de gratis en la pieza y que se había convertido en amigo inseparable del Niche, quien también se encontraba ahí tendido en su colchón escuchando la radio.

La pieza no tenía nada por dentro, excepto los cuatro colchones en el piso y las pertenencias de cada uno de sus dueños guardadas en bolsas y costales acomodadas a su lado. La única decoración de las paredes y el suelo eran las grietas, los agujeros y las manchas de todo tipo que ponían a volar la imaginación de quien se interesara por ellas. El Niche, que usaba solo calzoncillos, al verme entrar se levantó del colchón y me dio la mano de una manera cordial, parecía una persona bastante viva a pesar de ser todo un esqueleto.

Al darme la mano Chatarra se acercó para olfatearme por todas partes, dándome con un par de ladridos desganados la aprobación para tomar el lugar del Mocho. La Loca del cochecito me indicó con la palma de su mano cual era mi lugar y yo pasé a tenderme de inmediato sobre ese colchón pelado, al cual, como mínimo, y gracias a mis malas costumbres de vivir con mi madre, me lo había imaginado cubierto con una sábana limpia. La pieza olía a perro mojado, a rancios fluidos de todo tipo, a oscuridad, a fracaso, a humedad, a muerte y sobre todo a bazuco concentrado. Apenas dejé caer mi cuerpo agotado sobre el colchón quedé profundo de inmediato.

No supe cuánto tiempo pasé dormido, pero descansé mis huesos aporreados. Me despertó el Ciego de Arrabal quien entró a la pieza golpeando el piso con su bastón y regalando una sonrisa amplia, contando como si se hubiera ganado la lotería, que en el semáforo de la setenta unos buenos samaritanos le habían dado un puñado de billetes de dos mil y una caja con trozos de pollo carnudo. Billetes que nadie vio porque ya se habían transformado en papeletas y que en cuestión de descargar su bastón y sentarse en el colchón comenzó a convertir en puchos venenosos.

—Bienvenido, compañero —me dijo—. No puedo verlo, pero puedo reconocer que no es el aroma del Mocho. Luego del rápido saludo de introducción y un cuarto de hora escuchando solo el radiecito del Niche tronar los timbales, todos los inquilinos de la pieza estábamos pegados de ese bazuco que armó el Ciego con ahínco. Entre el olor a pollo frito y humo atrapa-

do en esa pieza, cada uno de los inquilinos me fue contando cómo hace años ellos también fueron gente, y cómo terminaron convirtiéndose en vagabundas Ánimas del Purgatorio. Concluí fácilmente que el Niche y El Ciego de Arrabal eran dos hombres solitarios, cuya única forma de recibir cariño y afecto sería pagándole a putas.

Su única compañía permanente era la droga, la música y sus recuerdos. También era evidente que el amor hacía tiempo se había olvidado de ellos y ellos de él. Me reclamaron en mitad de la tertulia que armamos, cómo yo, un hombre tan afortunado con una familia tan hermosa, había escogido el vicio. La Loca del cochecito era un caso diferente. A ella de vez en cuando todavía la buscaba su padre por las calles escoltado por una patrulla. Para mí era imposible creer que aquella mujer sin dientes delanteros, con ojeras profundas y arrugas prematuras, fuera la hija de quien alguna vez casi se convirtió en alcalde. Pero con el tiempo en la cueva ninguna de esas historias terminó por sorprenderme, todos los personajes tenían biografías complejas e increíbles. Detrás de cada cara descompuesta había un universo lleno de profundos sentimientos, solo que las personas comunes y corrientes solo veían manchas.

Yo llevaba casi dos años. ¿O serían tres? ¿Cuatro? No lo sé muy bien porque cuando me convertí en un inquilino permanente de la cueva fui perdiendo la cuenta gradualmente. Al final solo recordaría más o menos los mundiales de fútbol y con eso me ubicaba cronológicamente. Cuando me fumaba mis bazucos y me intoxicaba con venenos cada vez más fuertes, se me dificultaba discernir entre la realidad y la ficción de mi vida, del mundo, porque mi única preocupación y en lo que gastaba mis energías era en conseguir más dinero para pagar la ocho y encerrarme a fumar con mis compañeros.

En el transcurso de esos años internado en el expendio, y a pesar de que sabía con seguridad que sería lo contrario, le había prometido una y otra vez a mi esposa y a mi hija que volvería a ser aquel hombre decente, que no sería más un desechable, que dejaría de ser un fantasma y nuevamente en las calles la gente

me reconocería como un hombre de familia. Y ellas, confundidas entre lágrimas llenas de desconfianza y palabras de aliento, sonreían llenas de falsas esperanzas. Pero lo que más me destruía el corazón era que todavía mi hija se ilusionaba con tener un padre al cual podría abrazar y amar por siempre.

Una de esas repetidas noches en que se armaban extensas tertulias en la ocho ocurrió algo que finalmente me transformó. Es preciso decir que no fue una noche de tertulia cualquiera, porque ese diecisiete de junio se celebraba el día del padre, y en la cueva, cuando se celebraba una fecha como esa, siempre ocurría algo extraño gracias a que las ánimas se tornaban sensibles. Era peculiar pero las más feroces se transformaban en dóciles ratoncitos de laboratorio que hasta lloraban a moco tendido, y los más sentimentales podían llegar a degollar a alguien con la tapa de una lata de atún.

Sería como la media noche y el Niche estaba decaído porque fue el treinta y uno de diciembre pasado que apenas le habían quemado a Canela y él todavía no había podido recuperarse de aquel duro golpe. Estaba tendido sobre su colchón boca arriba mirando fijamente los cables rojo, blanco y verde que salían del hueco en el techo donde nunca hubo un plafón. Tenía la parte trasera de su cabeza apoyada en sus manos que con sus dedos entrelazados formaban un soporte ergonómico, sus codos los tenía doblados y extendidos sobre la almohada. Chatarra estaba acostado al lado de las piernas de su amo, descansando mientras con su cuerpo formaba una especie de número seis. Roncaba y de vez en cuando levantaba una ceja o sacudía la cola para espantar una que otra mosca. Al lado del colchón, en el radio de lucecita roja, estaba sonando a todo volumen:

Son las doce, se abre el panteón
Un hombre que iba por un camino
que quizá a su casa le conducía
llevaba consigo una pala
y al final del camino
y al final del camino

Ánimas del Purgatorio

y al final del camino
Un hoyo abrió
Yo que por allí caminaba,
vi cuando algo enterrar disimulaba
Me le acerqué y le pregunté
Qué entierra usted
Y el me contestó
Entierro el amor
que le tenía a la ingrata aquella
de Amanda María
que cuando yo me iba con otro se veía.

La Loca del cochecito estaba parada al lado de la ventana y miraba las luces de la ciudad perdidamente a través de las tablas pegadas con clavos al estuco que cubrían la ventana. Ella parecía querer encontrar a su papá en ese enjambre de bombillos donde su casa del barrio Laureles ya había sido demolida. A la vez que miraba hacia afuera se sobaba la barriga con movimientos circulares, como si extrañara el embarazo de una criatura que jamás había tenido en su vientre. Otras veces ponía una mano sobre la barra del cochecito y lo movía hacia atrás y hacia adelante como si quisiera arrullar los cigarrillos y chicles que allí tenía.

El Ciego, que a pesar de su limitación ya lograba conseguirlo con una precisión casi quirúrgica, armaba los bazucos que nos fumábamos sin descanso y otros cuantos que también vendía de manera clandestina en el semáforo. Esas historias de cajas de pollo con sobrados y billetes de dos mil que le daban de vez en cuando los buenos samaritanos no eran más que mentiras conocidas por todos nosotros. Sabíamos de su condición de jíbaro.

Todo este lúgubre panorama ya se había convertido en algo bastante monótono para mí, aunque todavía era capaz de soportarlo porque en él estaba involucrada mi más preciada medicina. A esos bazuqueros profesionales de la pieza ocho los podía observar gracias a la luz que nos daban los velones que

los feligreses dejaban para alumbrar a los santos de su devoción en la iglesia, y que con pericia el Niche se robaba del altar cada que entraba a hacer sus oraciones ficticias.

—Recuerdo a ese hombre cuando trabajé en la selva —dijo el fantasma de John Jairo de la Cruz Mosquera. Tal vez fue la letra de la canción que lo obligó a esculcar en su memoria—. El pobre estaba delirando al borde de la muerte, diciendo que después de todo su sufrimiento se sentía tranquilo porque pronto vería la luz al final del túnel. Nunca se me olvida su cara llena de esperanza, pensando que esa luz serían las puertas del cielo abriéndose. Pero se equivocaba el muy optimista, porque en realidad ese resplandor no serían más que sus recuerdos. ¡Cuáles puertas abriéndose! ¡No, qué va! Esa imagen es la que él y todos nosotros vimos el día que nacimos. Lo que ocurre es que cuando la Parca nos llama a lista, nos regala un último suspiro para que podamos ver un resumen completo de nuestra vida, y eso incluye retroceder hasta el día en que dejamos la oscuridad del útero. Yo lo comprobé, mi querido Chatarra, el día que me metí ese trabuco en la boca y jalé del gatillo para reunirme con mi adorada madre.

—Ja, ja, ja —contestó con una mueca que mostraba, sin dientes delanteros, el fantasma de Margarita Mejía Botero—. A este Negro sí se le perdió la última tuerca que le quedaba. ¡No Chatarra! Yo estoy segura que vivir consiste en ir cambiando de cuerpo como de traje viejo. Y tengo pruebas. Fue la noche antes de irme a las misiones cuando mi madre se sentó a un lado de mi cama para despedirse y me contó con nostalgia y lágrimas que mientras me tuvo en su vientre comenzó a tener sueños muy extraños. Sueños en los que veía gente que nunca había conocido y lugares en los que nunca había estado. Me dijo que para ella todo había sido tan real que aseguraba no ser un engaño de la mente. Estaba convencida de que yo era la que le estaba transmitiendo esas imágenes a través del cordón umbilical. Luego, cuando me quedé sola en mi cuarto y recosté la cabeza en la almohada, todavía anestesiada y dolorida por el efecto del perfume que me había tomado, entendí que nuestros cuerpos

son solo vehículos que sirven para transportarnos y que uno ya lo pilotea desde que es un feticio, y si no, ¿por qué entonces la memoria no siempre depende de su dueño? Porque a veces lo abandona antes de tiempo para ir a meterse en otro cuerpo nuevecito.

—¡Pero mire quién habla! Definitivamente la desgracia más grande de un loco sí es dar con otro loco. ¡Qué va Chatarra! No le coma cuentos a este par. Cuando nos morimos nos morimos bien muertecitos y punto. Eso es todo, el resto son inventos de los curas o de viejas esotéricas como esta, para vender biblias o toda clase de ungüentos. A la muerte no hay que echarle tanta mente ni tenerle miedo porque igual no tiene remedio. Eso sí, su importancia es inmensa para la vida, porque sirve para darle sentido a todo lo que hacemos. ¿Usted se imagina qué ocurriría si no nos muriéramos como le pasó a Peraltica el del cuento, que mandó a la Parca a vivir en un palo de aguacates? ¿Cómo quedarían de devaluados el amor y el tiempo? —Eso agregaba, manteniendo su mirada ausente, el fantasma de Rogelio León Montoya.

Era normal que todos le hablaran al perro en las tertulias, porque entre ellos mismos casi nunca se escuchaban, o simplemente cuando daban su opinión no querían que nadie más les contestara, entonces las conversaciones generalmente pagaban un peaje pasando por Chatarra. Pobre perrito, gracias a dios no podía hablar, si no con seguridad estaría más loco que su amo. Ya me disponía yo a exponerle mi posición a Chatarra sobre aquel debate metafísico y teológico cuando golpearon la puerta con fuerza y entonces perdí el impulso. Todos nos tensionamos en la pieza, empezando por Chatarra que comenzó a ladrar como loco hasta que el Niche tuvo que darle una patada para que se callara. No era común que a esa hora alguien golpeará la puerta, y menos de esa manera tan desesperada. Entonces nos observamos unos a otros y hablamos solo con nuestras miradas aterrorizadas, estuvimos de acuerdo en que esos golpes no podían tener una explicación diferente al asunto que desde hace meses venía advirtiendo en el patio la dueña de la casa.

Tendría que ser la policía que venía bien armada a desalojar la cueva por la fuerza. Venían, como le había dicho el coronel al Niche al lado del río, a exterminar las cucarachas. Nadie se movió para abrir la puerta, por el contrario, y después de habernos metido tanto bazuco en la cabeza, entramos en un pánico severo. Nos acurrucamos como dentro de un huevo en una esquina de la pieza, el único que hizo algo fue Chatarra, quien sí se paró en sus cuatro patas bien alerta, se erizó y subió la cola en señal de defender el territorio. Pasaron unos minutos que parecieron eternos porque nadie dijo nada ni afuera ni adentro de la pieza. Luego otra vez sonaron unos golpes fuertes, Chatarra siguió ladrando y fue cuando escuché unas llaves entrando en la chapa. Después fue girando lentamente como en una película de terror gringa y se fue abriendo la puerta en suspenso. Yo pude ver bajo el marco algunas siluetas alumbradas débilmente por los velones. Chatarra, que era un animal inofensivo, en lugar de defendernos de la ley se dejó acariciar de Loreta Cuevas a la cual reconocí allí parada con las llaves en la mano. Fue ella la primera que entró para calmar a Chatarra con un pedazo de empanada, luego me pareció ver entrar cuatro policías detrás de ella. Yo me pare del piso y salí de la esquina con las manos en alto mostrando que no quería nada de violencia. Y cuando estaba dispuesto a ser esposado por la ley, los policías se separaron y detrás de ellos pude ver a mi padre y a mis amores iluminadas por las velas.

—Ven aquí, hijo mío —me dijo, ofreciéndome con sus brazos extendidos una manta que yo usaba cuando era niño—. No importa lo que pase, yo siempre seré tu padre, es hora de volver a casa.

Luego de arroparme y abrazarme con fuerza se acercó mi esposa que traía de la mano a mi pequeña hijita.

—Hola papi —me dijo la pequeña que en sus bracitos traía su juguete favorito, un dinosaurio de peluche, el cual me ofreció como regalo—. ¡Feliz día del padre!

Yo me agaché para levantarla y abrazarla, le vi los mismos ojitos brillantes llenos del amor que siempre me había dado,

mientras la Mona, con sus manos calienticas que olían siempre a flores, me abrazó a mí y a nuestra hija con todas las fuerzas, un abrazo que extrañaba desde hace mucho.

—Vámonos pa' la casa mi amor, ya es suficiente sufrimiento —me dijo la Mona al oído mientras me besaba en la mejilla—. Te lo ruego por nuestra hija, que me pidió traerla para verte.

Yo me quebré en pedazos y agradecí el infinito amor que todavía tenía intacto por dentro y que en ese momento sentía con toda mi alma. Sin pensarlo dos veces me dispuse a recoger mis pertenencias y fue cuando sentí un golpe descomunal, un fuerte bolillazo que me reventó la cabeza y me hizo sangrar.

—¡Que se identifique le he dicho ya diez veces, gonorra! —Me gritó un policía con el bolillo en la mano untado de mi sangre— ¡Obedezca desechable de mierda, gamín hijueputa!

—¿Dónde está mi papá? ¿Dónde están mi esposa y mi hija? —respondí tirado en el piso con un fuerte dolor en la cabeza y limpiándome con la camisa la sangre que corrió hacia uno de mis ojos desde la ceja izquierda.

—¡Cédula, le estoy diciendo! ¡Cuál padre y esposa, maldito loco, aquí no hay nadie! —me dijo uno de los policías mientras me volteaba boca abajo contra el piso y me esposaba las manos tras la espalda—. ¡Cómo será la traba de este que no sabe ni cómo se llama!

—¿Y Margarita? ¿Y Rogelio? ¿Y Mosquera? ¿Qué hicieron con ellos?

—¡Cuántas veces hay que repetirle que aquí no hay nadie! ¡Solo esa puta chanda y usted!

El policía apuntó con el bolillo a Chatarra que estaba inmóvil en una esquina.

—¿Qué hicieron con mis compañeros de pieza?

—¡Que cuáles compañeros! ¡Si Loreta nos dijo que acá siempre ha estado usted solo maldito loco! —respondió otro policía que reía de manera irónica.

—Mijo, por favor reaccione, trate de comportarse que se lo van a llevar —me dijo Loreta Cuevas mientras me ayudaba a levantarme.

—Entréguele este libro a mi hija por favor, Loreta. En la parte de atrás está la dirección, el teléfono y su nombre. Dígale que este libro no trata sobre la muerte, sino que es una celebración de la vida. Es importante que ella lo entienda.

La mujer cogió el cuaderno de notas que le entregué, y empezó a leer en voz alta.

—Ánimas del Purgatorio —dijo cuando leyó lo que había impreso en la portada, luego abrió el cuaderno y siguió leyendo lo que decía al pie de la primera página—. “Con amor para mi hija: te concedo el poder de ver fantasmas”.

—¡Quemen toda esa basura! —dijo el capitán—. Yo me quedo con el radiecito. ¡Móntenlo en el camión de la limpieza para que este desechable vea lo que son fantasmas!

Fin

Ánimas del Purgatorio, novela
de Daniel B. Gallego, se im-
primió en los talleres de Suinte-
graf S.A. Se utilizó la fuente Min-
ion Pro de 9, 10, 11 y 12 puntos.

La diagramación y
edición estuvieron al cuidado de
Sebastián Gómez G.

Rubén Darío Molina revisó la
primera versión del manuscrito.

Medellín, Colombia

MMXVIII